

Amalia Domingo Soler

Memorias

50055

de un Espíritu

¡TE PERDONO!



Rambla de Cataluña, 118

MEMORIAS DE UN ESPÍRITU

ITE PERDONO!

012732
Casa editorial de Carbonell y Esteva S. en C.

MEMORIAS DE UN ESPÍRITU

¡TE PERDONO!

Comunicaciones obtenidas
por el médium parlante del Centro Espiritista
«La Buena Nueva» de la ex-villa de Gracia
copiadas y anotadas

POR

Amalia Domingo Soler



TOMO PRIMERO.



BARCELONA

Imprenta y Librería de Carbonell y Esteva S. en C.
Rambla de Cataluña, 118

1904

© Biblioteca Nacional de España



Prólogo



ENTRE *las muchas comunicaciones que se han obtenido en el Centro Espiritista La Buena Nueva, figuran en primera línea las MEMORIAS DE UN ESPÍRITU, relato histórico verdaderamente interesante, que aunque tiene sus defectos, no son éstos hijos del espíritu que dió las comunicaciones que comenzaron en los primeros días del año 97 del pasado siglo y concluyeron á mediados del 99. En tan largo plazo sufrieron algunas interrupciones por causas diversas, así es que, la obra en conjunto, tuvo que resentirse de falta de hilación en algunos capítulos, en los que, las principales figuras*

aparecen borrosas, con poco relieve, desligados los acontecimientos unos de otros, pero como hemos querido que dichas MEMORIAS conservasen, en todo lo posible, su sabor especial, ó sea el estilo peculiar del espíritu que de tan buen grado nos contó una parte de sus penas, dándonos enseñanzas verdaderamente evangélicas, é instrucciones morales de tal valía, que son, se puede decir, un tratado perfecto de moral filosófica social.

En las MEMORIAS DE UN ESPÍRITU, hay que saber leer entre líneas, no hay que fijarse únicamente en la letra, hay que buscar el espíritu que dá vida á aquellas frases hiperbólicas.

El médium parlante daba la comunicación, y aunque hablaba muy despacio, y yo trataba de escribir muy deprisa, para no perder ninguna de sus palabras, en estas dos transmisiones, la comunicación perdía una gran parte de su valor intrínseco,

pero no disponiendo de ningún taquígrafo, había que valerse de los medios que poseíamos, que aunque muy deficientes, eran los únicos de que disponíamos, teniendo únicamente á nuestro favor, la gran voluntad que nos animaba, tanto al médium como á mí, que los dos hubiéramos querido ser tan fieles intérpretes del espíritu, que éste, hubiera podido extenderse en consideraciones filosóficas, dando á la escuela espiritista una obra de estudio, una obra de consulta, una obra verdaderamente inmortal, porque el espíritu que dictó sus MEMORIAS podía muy bien legar á la humanidad un recuerdo imperecedero de su paso por la tierra si hubiese escogido otros transmisores de sus pensamientos. Mas no lo hizo, prefirió valerse (Dios sabe porqué) de dos seres de buena voluntad, que pusieron á su disposición sus buenos, sus vehementísimos deseos de interpretar fielmente sus elevados pensamientos; por eso la obra aparece con al-

gunos defectos, que en manera alguna, he querido corregir, no estando ya en este mundo el médium que la obtuvo. Me parecería una profanación, hacer la más leve corrección en el original.

Muchos espiritistas han pedido á los Editores Carbonell y Esteva S. en C., la publicación del ¡TE PERDONO!, que es como le llaman vulgarmente á las MEMORIAS DE UN ESPÍRITU. Dichos señores, atendiendo más á complacer á sus hermanos en creencias, que no á sus propios intereses, van á publicar una obra que merece ser leída y estudiada detenidamente. ¡Cuán cierto es que la buena voluntad es el lazo divino que une á los obreros del progreso! Ayer Eudaldo y yo, recogimos anhelantes las comunicaciones de Iris; hoy se han unido á nosotros Carbonell y Esteva, para dar mayor publicidad á las MEMORIAS DE UN ESPÍRITU, junirse para hacer el bien! junirse para difundir la luz! junirse para demostrar la

grandeza de la única religión!... ¡qué unión tan hermosa!...

¡Qué bueno es comenzar una gran obra! Comenzamos Eudaldo y yo, nos siguieron después Carbonell y Esteva y centenares de espiritistas que envían su óbolo para ayudar á la reimpresión de mis obras.

¡Espiritistas! A todos os saludo, á todos os envío la expresión de mi gratitud; digamos todos juntos: ¡Bendita sea la verdad! ¡porque la verdad, es la primogénita de Dios!

Amalia Domingo Soler.

Gracia 5 Enero 1904.





I

ENTRE los muchos espíritus que se comunican en el centro de *La Buena Nueva*, hace algún tiempo que se comunica uno que viene contando una serie de sus borrascosas existencias, á cual más interesantes y terribles todas ellas; demostrando vivos deseos de que yo escriba algo sobre su agitada y novelesca vida; no precisamente que escriba la historia de cada una de sus encarnaciones, sino un conjunto de todas ellas, en particular las que ha tenido perteneciendo al sexo femenino, que han sido muchas y consecutivas.

Dicho espíritu quiere demostrar, que dado el primer paso, se desciende rápidamente por la pendiente del vicio y del crimen, y que cuando es más rápido el descendimiento, más á fondo se llega de la profunda sima de la perversidad, y más penosa es después la ascensión, hasta llegar á la superficie plana donde crecen las aromáticas virtudes; que debe evitarse la caída por las funestas consecuencias que

siguen al primer paso, por que, aunque el tiempo es eterno y el pasado es un átomo comparado con el infinito del porvenir, con todo, el espíritu pensador se impresiona profundamente, cuando contempla sus hechos de muchas existencias, en las cuales, no ha cometido más que actos punibles; y cuando considera que sus actividades y sus energías, y su poderosa voluntad, empleadas en el bien le hubieran dado días de gloria, goces purísimos, delicias inefables, adelanto asombroso, y por haberlas empleado en el mal, se encuentra postergado, envilecido, sumergido en el hondo abismo de la degradación, ¡cuánto sufre el espíritu que comienza á pensar y comprende su triste y humillante situación!

Esto le acontece al espíritu que nos va contando algunos episodios de su turbulenta historia, se conoce que está triste, muy triste, y evoca sus amargos recuerdos como si con ellos quisiera dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, él mismo se acusa y se defiende, y en sus acusaciones, manifiesta que no quiere sincerarse, quiere al contrario, quemar con el fuego de sus recuerdos la honda herida de su remordimiento; más escuchemos al espíritu, que cuando dió su primer caída se llamaba Iris.



II

EN la noche de los tiempos, en una época muy lejana, y en uno de los pueblos más florecientes de la tierra, donde las artes desplegaban sus creaciones maravillosas, donde el comercio enriquecía á fecundas comarcas, donde la industria producía telas preciosísimas y objetos bellísimos, donde una civilización exuberante de vida y de riqueza llevaba el bienestar y la abundancia lo mismo á los palacios que á las casas humildes, bajo un cielo de luz y de colores, donde todo hablaba á los sentidos, donde el alma sentía la influencia del arte y del amor, allí, bajo un pabellón de verde follaje y de rosas hermosísimas, dí mis primeros pasos en la senda de mi vida terrena, pues si bien ya contaba mi espíritu muchas encarnaciones terrenales, en ninguna de ellas había hecho nada de notable, ni en la sublimidad de la virtud, ni en la abyección del vicio; mi alma dormía, ¡por qué no fué mi sueño eterno!...

¡Ay!, porque ningún espíritu duerme eternamente, porque todo se mueve, porque todo se agita, porque todo evoluciona; porque la evolución es la ley de la vida universal, desde el átomo, hasta el mundo más voluminoso, todo gira dentro de su órbita de rotación, y mi espíritu no podía eximirse de cumplir la ley; lo que pudo evitar fué su caída, por que nadie nos empuja, ni nos impulsa á caer; cuando el espíritu no *quiere*, no cae, cuando se deja llevar de la corriente y escucha sin rechazar los malos consejos, es por que siente simpatía, por que le atrae lo malo, lo pernicioso, lo abyecto, lo miserable. Se dice, que sin el conocimiento del mal no se puede apreciar el bien, que es necesario caer, para conocer el goce divino de la ascensión; todo eso son palabras para disfrazar la verdad, por que si es preciso caer para sentir el deseo de subir á los cielos, bastará una caída, pero aquellos que caen y se encuentran *bien* en el fondo del abismo, y en lugar de mirar hácia arriba, miran hácia abajo, y en vez de atraerles la luz, les atrae la sombra, y descienden buscando más horrores, y hieren y matan y siguen descendiendo como á mí me sucedió, es por que el espíritu en uso de su libertad, hace *mal uso* de su libre albedrío

como lo hice yo. ¡Cuántos siglos he perdido!... ¡cuántos!... Es verdad que el tiempo no tiene fin, por que el tiempo es el símbolo de Dios. Desaparecen los pueblos, se hunden las ciudades más populosas, los monumentos que levantan las civilizaciones caen bajo la pesadumbre de los siglos, las convulsiones de la tierra sumergen en el fondo de los mares montañas gigantes, islas preparadas ya por la naturaleza para ofrecer albergue á tribus nómadas; se abren negros abismos y en ellos se precipitan torres, murallas, centenares y centenares de casas con sus habitantes, donde ayer frondosos bosques ofrecían su tienda hospitalaria, hoy solo se encuentran rocas diseminadas y agua salobre, pero sobre todas las desolaciones, sobre todos los hundimientos, sobre todas las catástrofes, hay el sol con sus rayos vivificantes, la noche con su sombra, la luna con su plateada luz, la aurora con sus esperanzas luminosas, el crepúsculo vespertino con sus sombríos presentimientos, la vida en fin, vida sin término, vida infinita, esa es la vida de los espíritus, esa vida es la mía, pero... ¡qué amarga!... ¡cuántos recuerdos... y ninguno bueno! quiero huir de mí misma y es imposible, ¡cómo desprenderme de mi historia, si mi historia es mi vida! Yo

soy aquella que nació *bajo un pabellón de verde follaje y de rosas hermosísimas*, en una de las ciudades más florecientes de la tierra, *donde las artes desplegaban sus creaciones maravillosas, donde el comercio enriquecía á fecundas comarcas, bajo un cielo de luz y de colores, donde todo hablaba á los sentidos, donde el alma sentía la influencia del arte y del amor*, allí di mis primeros pasos en la senda del crimen, en la senda de la más horrible traición. ¡Parece mentira que mi espíritu no sintiera aquella influencia divina de tantos y tantos genios como florecían en torno mío!, donde una generación de espíritus adelantadísimos le daban vida á las piedras, rivalizaban con sus cantos con las aves cuyas melodías contaban historias de amor, hombres eminentes anunciaban una época de redención, y hablaban en las academias, en las plazas públicas, en todas partes donde las multitudes detenían sus pasos. Se vivía la vida del arte, del estudio, del invento, todo lo que me rodeaba era grande, sublime, ¡maravilloso!... vivía en la luz... en la plena luz que difundían los artistas, los poetas, los sabios, los hombres admirables, cuyas obras habían de servir de base á otras civilizaciones. Yo asistí al despertar de un pueblo, que despertó para

el bien, para el adelanto, para la más grandiosa de las civilizaciones que registran los fastos de la historia, pero mi alma se despertó en sentido contrario. ¿Por qué? no puedo explicármelo, y esta impotencia de mi razón, á veces me desespera, deseo hablar mucho, mucho, quisiera encontrar muchos médiums á quienes comunicar mis pesares, ¡son tantos!... ¡me reconozco tan culpable! yo tuve á mi alcance la felicidad, sí, la dicha suprema, por que fuí amada por el más noble, por el más grande, por el sabio más eminente que ha encarnado en la tierra. Como he dicho antes, nací en una de las ciudades más hermosas de ese mundo, rodeada de espíritus adelantadísimos, y aunque con ninguno me unían los lazos de la carne, llegaba hasta mí el efluvio de sus ideas, eran astros cuyo calor vivificante reanimaba al pueblo en masa, y á esa masa pertenecía yo; mis padres honrados hijos del trabajo, me vieron crecer admirando como todos mi espléndida hermosura, me llamaban Iris, y mi madre decía que yo era el iris de la mañana. Muchos artistas le habían pedido á mi padre que me dejase servir de modelo para crear sus diosas y trasladarlas al lienzo y al mármol, pero mi padre nunca quiso acceder á sus artísticas pretensiones.

¿Por qué se negó á dejarme en los brazos de la luz, y accedió cómplacido á entregarme al gran sacerdote de la religión que, en aquel pueblo de artistas, quería imponer su voluntad? ¡No lo sé!, pero es lo cierto, que al cumplir yo quince inviernos, se celebraron grandes fiestas en mi ciudad natal, para celebrar la victoria que habían obtenido los bravos combatientes que, meses antes, habían ido á conquistar un pedazo de tierra habitado por héroes; entre los artísticos festejos, se organizó una procesión de las cuatro estaciones; el otoño, el invierno y el verano, las simbolizaban tres gallardos mancebos, vestidos con la mayor propiedad, y la primavera la representé yo; el gran sacerdote le pidió á mi padre su cooperación, y el autor de mis días, gozoso y satisfecho, me llevó al templo, donde las sacerdotisas me abrazaron diciendo:— ¡Qué hermosa eres!...

»Cubrieron mi cuerpo con una ámplia y larga túnica de una tela preciosísima que llevaba mi nombre, por que se llamaba *Iris*, y efectivamente era un tejido maravilloso que tenía todos los colores del arco luminoso; mi cabellera, que era abundantísima, me cubrió con su manto y en mis ondulantes rizos sembraron rosas hermosísimas; en mi diestra colocaron una copa

de oro con piedras preciosas, llena de rosas de embriagador perfume; aquella copa simbolizaba la vida, y mi cuerpo engalanado la primavera: más de doscientas jóvenes vestidas de blanco, y coronadas de flores me rodeaban, y yo entre todas ellas, era, ¡la más hermosa!, la más hermosa de cuerpo, ¿por qué no lo fuí de alma?

»Se puso en marcha la procesión y una inmensa muchedumbre invadió las calles y las plazas para ver las *cuatro estaciones*, un murmullo de admiración llegaba hasta mí, todos decían: ¡es Iris!, ¡qué hermosa es!... Llegamos á una gran plaza donde los artistas, los poetas y los sabios, ocupaban estrados lujosísimos, en medio de todos aquellos príncipes del talento, destacaba un hombre de edad mediana, vestido sencillamente; su noble figura atraía todas las miradas, era el rey de la ciencia, el sabio de los sabios, el profeta, el enviado, el precursor, el astrónomo, el hombre que poseía todos los conocimientos humanos, el mentor de aquella juventud adelantadísima, el fundador de una escuela filosófica, que amenazaba derribar los altares de los dioses y derrumbar los templos de la idolatría; era Antulio, el casto Antulio, que sin pronunciar votos, ni vivir ascéticamente en ningún desierto, estaba tan

consagrado á sus estudios y á sus observaciones astronómicas, que ninguna mujer, ninguna, había hecho latir su corazón; la ciencia era su amada, su inseparable compañera, para ella habían sido las mejores horas de su juventud y los primeros días de su segunda edad; á las mujeres y á los niños los compadecía, diciendo que vivían sin vivir, por que todo el tiempo que se está en la tierra sin relacionarse con la ciencia, se vive á semejanza del bruto. La pureza de sus costumbres, su dulzura y su sencillez le habían captado la simpatía de todas las clases sociales, solo una le odiaba, la casta sacerdotal; los sacerdotes juraron perderle, juraron hacerle caer de su pedestal, y yo fuí la elegida para llevar á cabo tan inícuo obra; por eso me engalanaron, por eso me escogieron entre todas las jóvenes de la ciudad, por que yo era la más hermosa, por eso al llegar ante el estrado que ocupaban los artistas, los sabios y los poetas, recibí orden de detenerme, más aún, me dirigí á Antulio y le alargué la copa de la vida para que se dignara coger una rosa; el sabio, al ver mi ademán, se acercó á mí, y quedó deslumbrado; escogieron los sacerdotes la hora más oportuna para mi presentación, los últimos rayos del sol poniente daban más belleza á mi traje sim-

bólico, mi rostro iluminado con los resplandores de la juventud y de la vanidad satisfecha, tenía todas las seducciones. Antulio, aunque sabio, ¡era hombre!, y al verme, lanzó un grito de admiración, diciendo:— ¡Qué hermosa eres!... ¿Cómo te llamas?—Iris.—Nombre merecido; porque eres, por tu espléndida hermosura, iris de la vida;— y volviéndose á sus discípulos, exclamó:—Hijos míos, acercaos, admirad á esa mujer, que es la obra más perfecta del escultor universal; en sus ojos está la promesa divina de todos los placeres, su cuerpo reúne todas las perfecciones, Dios, al modelar esta figura, hizo la estatua de la belleza humana, es una maravilla del arte divino, admirad conmigo esta obra de Dios, ¡obra única!, hija de la luz, yo me postro ante tí, por que tu hermosura, la corrección de tus formas, me dice que existe Dios; por que solo Dios pudo crearte tan hermosa.

»Las palabras de Antulio fueron escuchadas con religioso silencio; yo no sabía lo que me pasaba, ignoraba entonces el papel que yo representaba, únicamente mi vanidad quedó satisfecha, porque Antulio era venerado como un Dios, y al verle ante mí, se despertó la niña, sonrió la mu-

jer y creyó que era justo el homenaje del sabio ante su belleza.

»El primer paso estaba dado, ya no volví á casa de mis padres; las sacerdotisas y el gran sacerdote se encargaron de mi educación. Antulio en tanto, me buscó por todas partes y al no encontrarme se entristeció; ya los libros no tuvieron para él tantos atractivos, ya las estrellas no atrajeron por completo su atención, ya las ciencias exactas no las encontró tan exactas, faltaba una unidad entre tantos guarismos, había un hueco que no lo llenaba ninguna cantidad, á veces escribía mi nombre, sonriendo con amargura, así se pasó más de un año. Una mañana, cuando estaba dando lección á sus numerosos discípulos, me presenté en su academia acompañada de mi padre, el cual le pidió que terminara mi educación, pues demostraba disposición para los estudios superiores. Antulio, como si viera un abismo abierto á sus piés, como si presintiera un peligro desconocido, como si escuchara una voz que le dijera: sálvate, se quedó algunos momentos mirando á mi padre sin darle contestación, pero al fijar sus ojos en mí, yo que estaba muy bien aleccionada, le miré de un modo que el hombre, antes que sabio, fué hombre, y cogiendo mi dies-

tra, me dijo con voz temblorosa: si es tu alma tan hermosa como tu cuerpo, á no creer yo que Dios es único, diría que tu eres una fracción de su ser.

»Desde aquel día, Antulio se encargó de instruirme y yo de perderle; fué un trabajo muy laborioso el mío, por que como Antulio era tan sabio y conocía tan á fondo á la humanidad, á veces me miraba y decía: —En la tierra la perfección no existe, tu eres hermosísima, llevas en tus ojos las promesas de todos los placeres, hay en tu boca el néctar de la vida; tu voz es acariciadora, tus hombros, tu cuello, tu talle, tus manos, tus piés, todo es perfecto; los escultores, al mirarte, rompen sus estátuas por que las encuentran deformes, los pintores rasgan sus lienzos, porque sus ninfas y sus diosas son figuras vulgares y groseras comparadas contigo, tienes inteligencia suficiente para ser la primera entre mis discípulos, ¿dónde escondes la imperfección humana? ¿dónde?

»Yo me sonreía y le acariciaba con la mayor ternura, y lentamente, sin que él conociera el abismo en que caía, fuí apoderándome de su voluntad, hasta hacerle completamente mío; halagándome muchísimo al ver á aquel grande hombre rendido á mis plantas, mofándome de su sabiduría,

que sabía leer en las estrellas y no sabía deletrear en mi corazón. Le hice mi juguete, quise que conspirara y conspiró, quise que ambicionara y ambicionó; sin embargo, á lo mejor me miraba con profunda tristeza y me decía: —¿Por qué te habré conocido? yo era feliz antes de conocerte, la ciencia llenaba mi vida, hoy... ¡ya no la llena! necesito de tí, ¡de tí! ¡de tu hermosura! tu eres la vida, pero ¡ay! también eres el dolor, porque me empujas, porque me precipitas y me arrojas en una senda que no es la mía. Yo no quiero honores, yo no quiero riquezas, me basta con el producto de mi trabajo. ¿Por qué no te contentas con mi medianía? ¡Seríamos tan felices!... Mas yo aconsejada por el gran sacerdote y satisfecha al mismo tiempo mi vanidad de hacer de aquel sabio mi juguete, no perdoné medio alguno para perderle.

»El gran sacerdote y sus secuaces prepararon hábilmente una emboscada, y Antulio, el sabio astrónomo, el enviado, el fundador de la primera escuela filosófica del mundo, el adorador del Dios único, fué acusado de traidor á su patria, apareció como jefe de una terrible conspiración, se probó que tenía hecho pacto sacrílego con los genios del mal, se le acusó de pervers-

sión de menores, y cuando se le hizo comparecer ante el tribunal que debía condenarle á muerte, yo me presenté para dirigirle las más horribles acusaciones.

»Al verme Antulio, el dolor y el asombro se pintó en su semblante, y al escuchar mis calumniosas acusaciones se sonrió con amargura, diciendo:—Aunque tarde, ya sé donde escondes la imperfección humana, lo que no puedo comprender es como á un cuerpo tan hermoso puede estar unida un alma tan perversa. ¡Oh ciencia! ¡qué poco enseñas! ¡Oh sabiduría! ¡qué poco vales!... Y volviéndose á sus jueces les dijo:—No os canseis en acusarme, ya sé que en mí no quereis matar al hombre, queréis matar la idea filosófica que en mí se anida y que ha formado escuela; pensais que muerto el jefe, mis adeptos, mis discípulos, sentirán miedo y para no morir como su maestro, enmudecerán, se diseminarán para no encontrarse y caer en la tentación de propagar mis ideales; todo esto esperais y esperais fundadamente, más no por esto será vuestra la victoria, porque yo no muero, no; destruireis mi cuerpo, me dareis á beber el tósigo que helará mi sangre y petrificará mi corazón, mi carne, mis huesos los reducireis á polvo, pero mi alma, mi espíritu es inmortal, ese volverá

á su centro de acción y desde allí ordenará su nuevo plan de batalla y volverá á la tierra para decir y probar que no hay más que un solo Dios, que el espíritu vive eternamente, habitando, según su progreso, en los mundos que contemplamos durante las horas de la noche. Abreviad la acusación, dictad la sentencia, no perdaís tiempo, aprovechadlo en algo más útil que en condenar á un inocente.

»Después, mirándome dulcemente me dijo con ternura: —Y tú, ¡pobre Iris! vé á ocultar tu oprobio donde nadie te conozca, prepárate á sufrir y á seguir mis huellas. Yo seré tu cielo y tu infierno á la vez. Yo te he amado sobre todas las cosas de la tierra, yo te he brindado un hogar tranquilo y una vida honrada, yo he querido que tu alma fuera tan hermosa como tu cuerpo, instruyéndote, elevándote, acercándote á Dios por medio de la ciencia. Y no cejo en mi propósito, cuando vuelvas á mí, seré para tí lo que ya he sido, te amaré y te acercaré á Dios por medio del amor y de la ciencia; pero antes que yo reanude mis tareas cerca de tí, pasarán muchos siglos, tienes que llorar mucho, tienes que ir juntando, átomo tras átomo, el mundo de felicidad que hoy tu infamia ha destruído. ¡Pobre Iris!... ¡tan hermosa! ¡tan amada!

dueña de un corazón que solo por tí latía... ¡infeliz!... ¡cuánto te compadezco!... porque, antes de recobrar lo que hoy pierdes... ¡cuántas espinas herirán tu corazón! Adios Iris, ¡te perdono! te perdono porque te amo, y como siempre te amaré, siempre resonará en tus oídos la última palabra que pronunciaré al dejar la tierra. ¡Te perdono!

»Los jueces estaban emocionados, pero era necesario matar á Antulio, porque sin él, podrían dominar más tiempo y el sabio llegó al martirio tranquilo y sonriente; rodeado de sus discípulos apuró la copa del veneno que debía privarle de la vida, y al caer la última gota sobre sus labios dijo á su discípulo más querido: —Ve y dile á Iris ¡que la perdono!»





III

EL gran sacerdote inmediatamente me hizo acompañar muy lejos de la población, porque, con el entierro de Antulio, se promovió una verdadera revolución, pero varios de sus discípulos fueron presos y los otros, como predijo su maestro, se ocultaron y á los pocos días quedó el orden restablecido y la casta sacerdotal quedó tranquila, dueña del campo para mucho tiempo.

»A mí me llevaron lejos, muy lejos del teatro de mi infamia, me dejaron lo indispensable para que no sintiera las angustias del hambre, prohibiéndome terminantemente que dejara aquel triste lugar. Aunque tarde, conocí entonces mi torpeza y mi infamia. Yo creía que el gran sacerdote, satisfecho de mi proceder, seguiría protegiéndome, haciéndome brillar en la sociedad, mas no fué así; me apartó de su lado como si yo llevara en mí el gérmen

de la peste ó la influencia maligna, y sola, completamente sola, porque mis padres habían muerto, me encontré en la ciudad donde me desterraron; y aunque nadie sabía mi historia, los habitantes de aquel lugar me miraban con desconfianza, con recelo, con prevención; todos convenían en que yo era muy hermosa, pero que parecía que llevaba una sombra conmigo; y no se engañaban, no; llevaba la sombra de mi remordimiento, porque, cada día que pasaba, veía más claro mi crimen; recordando al sabio Antulio, tan bueno, tan dulce, tan sencillo, tan amante, tan confiado, comparaba su sencillez con mi astucia, su lealtad con mi traición; recordaba sus lecciones, cuando mirando al cielo en las templadas noche del estío, me hablaba de Dios, de los mundos habitados por otras humanidades más perfectas, del porvenir sin límites que tenemos las almas progresando eternamente. ¡Cuánto echaba de menos aquellos ratos, aquellas instrucciones! aquella sociedad selecta de los discípulos del sabio, aquel enjambre de artistas y poetas que zumbaba en torno mío diciéndome todos ¡qué hermosa eres!... bien dice el maestro, eres ¡la obra única! no hay más que tú, eres el prototipo de la belleza humana!

»¡Qué cambio! ¡qué transición tan violenta! aquella vida tan monótona se me hacía insorpotable, irresistible, y huyendo de la soledad, me uní á un hombre que no le amaba, primero por no estar sola, segundo por satisfacer mi vanidad; mi esposo se unió á mí seducido por mi hermosura, aunque soldado rudo no pudo resistir á la seducción de mis encantos, le atrajo la hembra, el instinto brutal, la necesidad imperiosa que sienten todos los seres irracionales y los que parecen racionales á unirse los dos sexos; él buscó mi cuerpo, yo busqué... lo que no encontré. Tuve dos hijos y los recibí sin alegría, porque eran hijos de aquel hombre que mientras más lo trataba más antipático se me hacía; pensaba en Antulio y me desesperaba, recordaba sus últimas frases, cuando me dijo:—¡Pobre Iris! ve á ocultar tu oprobio donde nadie te conozca, prepárate á sufrir y á seguir mis huellas. Yo seré tu cielo y tu infierno á la vez. Yo te he amado sobre todas las cosas de la tierra, yo te he brindado un hogar tranquilo y una vida honrada, yo he querido que tu alma fuera tan hermosa como tu cuerpo, instruyéndote, elevándote, acercándote á Dios por medio de la ciencia. Y no cejo en mi propósito, cuando vuelvas á mí, seré para tí lo que ya he sido.

te amaré, y te acercaré á Dios por medio del amor y de la ciencia; pero antes que yo reanude mis tareas cerca de tí, pasarán muchos siglos, tienes que llorar mucho, tienes que ir juntando átomo, tras átomo, el mundo de felicidad que hoy tu infamia ha destruído. ¡Pobre Iris! ¡tan hermosa! ¡tan amada!... dueña de un corazón que sólo por tí latía... ¡infeliz! ¡cuánto te compadezco!... porque antes de recobrar lo que hoy pierdes... ¡cuántas espinas herirán tu corazón!

»Antulio fué profeta, porque espinas innumerables herían todo mi ser y como mis instintos eran tan malos, como no me contentaba con las caricias de mis hijos, como quería separarme del hombre que sólo quería mi cuerpo, puse en juego mis seducciones, mis encantos, y otros hombres me brindaron su amor, y mi esposo no tuvo más remedio que batirse con su rival, el que lo dejó muerto en el acto.

»Al quedar viuda respiré, pero mis hijos vengaron la muerte de su padre, especialmente el mayor, que enterado de todo, me dijo:—¡Pobre mujer! me avergüenzo de que seas mi madre, y si no muero pronto, me haré matar en el campo de batalla, porque no quiero sufrir tal afrenta, y se

avistó con otros guerrilleros muriendo en la primera acción en que tomó parte.

»El más pequeño fué más clemente, no me dirigió ningún reproche, pero sus miradas me atravesaban el corazón, revelaban una compasión tan inmensa!... enfermó gravemente y en sus últimos momentos, al verme llorar, me dijo:—¡Pobre mujer! ¡llora! ¡llora!... sé quién eres y motivos sobrados tienes para llorar; la maldición va contigo, todo lo que se pone en contacto con tu ser, muere. Murió el sabio Antulio, murió mi hermano, y muero yo... ¡Pobre mujer!... ¡cuánto daño te haces!... ¡Detente en tu camino, párate y reflexiona! ¡Pobre madre mía! ¡yo te perdono!...

»Al oír sus últimas frases me levanté queriendo huir de mí misma, pero mi hijo me detuvo y expiró; entonces me pareció ver junto al cadáver una sombra, y escuché una voz lejana que repetía:—¡Te perdono!... ¡te perdono!»





IV

TANTAS y tan violentas emociones abastieron mi organismo; una horrible enfermedad me tuvo postrada mucho tiempo en el lecho del dolor; cuando pude levantarme parecía un esqueleto; completamente decrepita, no precisamente por los años, sino por la lucha de mis pasiones. Un incendio espantoso había destruído la finca cuyo producto me servía para mi sustento, quedé reducida á la miseria, y tuve que pedir de puerta en puerta una limosna por piedad.

»En tan triste estado viví mucho tiempo, y durante las noches veía en mis sueños á Antulio, que me hablaba y me decía: —¡Aprende mujer! ¡aprende! mira á dónde te ha conducido tu infamia. ¿Dónde está tu belleza? ¿dónde están tus encantos? ¿dónde tus seducciones? ¿dónde tus atractivos? reflexiona, lo que eres y lo que has sido;

la dicha que has destruído y el remordimiento que te has creado; no olvides la lección que en esa existencia recibes. ¡Ay de tí si la olvidas! mujer, vuelve á mí tus ojos, porque yo soy tu puerto, yo soy el que te daré mañana el agua de la vida, porque te he amado, porque te amaré eternamente, por eso te digo y te diré siempre. ¡Iris de un día que aún no ha brillado! ¡Yo te perdono!

»En uno de esos sueños dejé la Tierra, y para tormento de mi espíritu asistí á mi entierro, y ví dos cuadros á la vez; por un camino solitario, en las últimas horas de un día de primavera, iban cuatro hombres del pueblo vestidos pobremente: sobre sus hombros descansaban unas tablas mal unidas, dentro de aquella caja tosca iba un cadáver medio desnudo; aquel cuerpo sin vida ¡era el mío! llegaron ante un barranco, que servía de fosa común y allí me arrojaron, pronunciando una blasfemia, lamentando el tiempo que habían empleado en el camino llevando una carga tan despreciable.

»El otro cuadro que se presentó ante mis ojos, ¡qué distinto era! Una gran plaza rodeada de pórticos y estatuas, estrados lujosísimos ocupados por magnates, por mujeres hermosas, en el más anchuroso de

todos ellos, se agrupaban los artistas de más renombre, los poetas y los sabios, entre ellos se destacaba un hombre de edad mediana vestido sencillamente; su noble figura atraía todas las miradas, era el rey de la ciencia, el sabio de los sabios, el profeta, el enviado, el precursor; el hombre que poseía todos los conocimientos humanos, el fundador de una escuela filosófica que amenazaba derribar los altares de los dioses, y derrumbar los templos de la idolatría; la plaza estaba invadida por centenares de jóvenes vestidas de blanco, coronadas de rosas, entre ellas se veía, en primer término, á una mujer hermosísima que simbolizaba la primavera, cubría su cuerpo una amplia y larga túnica de una tela preciosísima, era un tejido maravilloso que tenía todos los colores del iris; aquella mujer, privilegiada por su hermosura, tenía una espléndida cabellera que se asemejaba á su vestido, pues según se la miraba cambiaba el color; sus ondulantes rizos sostenían rosas hermosísimas y en su diestra llevaba una copa de oro llena de flores que simbolizaba la copa de la vida, aquella mujer se detuvo ante el sabio de los sabios, que al verla lanzó un grito de admiración diciendo: ¡qué hermosa eres!...

»¡Aquella mujer era yo!... ¡era Iris! Iris

antes de su caída, y junto á ella, veía su cadáver medio desnudo, un esqueleto repugnante y mal oliente.

»¡Qué contraste Dios mío! ¡qué contraste!... Iris antes de su caída era el símbolo de la belleza, y de la juventud; su cuerpo exhalaba el más delicioso perfume; su traje parecía hecho por las hadas; rosas hermosísimas adornaban sus blondos cabellos, en su diestra sostenía una copa del más rico y codiciado metal, embellecida por piedras preciosas y aromáticas flores; jamás la primavera ha sido representada por una alegoría más encantadora, ni la vejez y el crimen han estado mejor simbolizados, que por mi cadáver que parecía una momia, pareciendo hasta imposible que aquellos restos negruzcos y apestosos, hubiesen asombrado á las gentes por ser la *obra única* del escultor universal.

»No sé cuanto tiempo estuve contemplando mis envolturas terrenas; solo sé que así como atrae el abismo, me atraían aquellas dos figuras, la una palpitante, llena de juventud y de vida, la otra inerte, repulsiva; miraba á la vez la aurora de un día espléndido, y la sombra de una noche de horror, quería huir de mis restos putrefactos, mas no me era posible; quería coger una flor de la copa que sostenía en su

diestra *la primavera*, y, al tocarla, se desprendían sus hojas que se convertían en impalpable ceniza; mi angustia fué en aumento, hasta que una mano poderosa me levantó, y una voz melancólica murmuró en mi oído:—*Tienes que ir juntando, átomo tras átomo, el mundo de felicidad que tu infamia ha destruido, ¡infeliz!, ¡cuánto te compadezco! Adios, Iris, te perdono, te perdono porque te amo, te amaré siempre, y siempre resonarán en tus oídos mis frases de amor.*

»Después... ví á mis deudos, que todos se alejaban de mí; quedé más tarde en un reposo relativo, porque nadie me acusaba, nadie arrojaba sobre mi frente el lodo de mi envilecimiento. ¿Para qué? no era preciso, me bastaba yo para recriminarme, no tenía noción del tiempo, solo sentía deseos de huir, ¡imposible!... donde quiera que dirigía mi pensamiento y mi voluntad, veía á Antulio rodeado de sus jueces y escuchaba sus frases:—*Abreviad la acusación, dictad la sentencia, no perdais tiempo, aprovechadlo en algo más útil que en condenar á un inocente.*

»¡Aquella infamia era obra mía!, yo había gozado en tan inícua acción, por que si una voz maldita me decía:—¡hiere!—yo estudiaba con placer el modo de herir me-

jor. La sabiduría de Antulio me hacía reír, el hacerle juguete de mis caprichos, satisfacía mi vanidad, y decía: el triunfo de la materia sobre el espíritu es un hecho; mi hermosura puede más que todos los volúmenes de los sabios; la seducción de una mujer hermosa vence á todos los filósofos, y parodiando las palabras que muchas veces repetía Antulio, exclamaba poseída de un júbilo maligno: ¡Oh, ciencia!, ¡qué poco enseñas! ¡Oh, sabiduría!, ¡qué poco vales!, mi voluntad es superior á todas vuestras enseñanzas.

»¡Qué horrible fué mi despertar en el espacio!, á mi mayor enemigo no le daría semejante tormento; veía claro, muy claro, no se me ocultaban las funestas consecuencias de mi crimen, veía á muchos discípulos de Antulio, que, dominados por el miedo, se habían estacionado, muchas antorchas que iluminaban el abismo de la ignorancia, por mí se habían apagado antes de tiempo, había producido más daño en el mundo de las ideas, que cien y cien conquistadores arrasando ciudades y quemando bosques frondosos; mi pasado era horrible, mi porvenir... mi porvenir... ¡el caos!...

»De vez en cuando veía en lontananza un foco luminoso, en medio destacábase la

figura de Antulio que me decía con la mayor dulzura: No tiembles, no te amedrentes, si tuviste energía y voluntad bastante para precipitarte en el abismo, ¿crees que te faltará para desandar lo andado? No, la tierra te espera, vuelve á cruzar sus valles, asciende por sus montañas, créate nuevas familias, ama á tus hijos, honra á los que te den su nombre, el infinito es tuyo, puedes amar, puedes progresar, puedes arrojar la túnica de tu degradación, y cubrirte con el manto de la ciencia y la sublimidad: ¿qué es un momento de extravío ante la inmensidad de lo inconocido? sígueme, te espero, te espero porque te amo, y porque te amo te perdono!

»¡Cuánto bien me hacían las palabras de Antulio!... un sueño reparador (no encuentro otra frase), me devolvía mis gastadas fuerzas, la esperanza me sonreía, y llena de nobles deseos, me decía á mi misma:—Volveré á la tierra y seré ¡muñ buena!... ¿lo fui?... Por hoy no puedo continuar, necesito coordinar mis recuerdos... ¡cuántos siglos perdidos!... pero... ante el iufinito, ¿qué son los siglos? menos que átomos; me queda la eternidad. Sin la eternidad Dios no hubiera amado á sus hijos; y Dios... ¡es amor!»



V

EL espíritu de Iris ha seguido dando sus comunicaciones semanales, siempre que el médium de que se vale, le ha podido conceder una hora de tiempo, hora deseada, muy deseada por los espiritistas que asisten á las sesiones, pues la historia de Iris es interesantísima por muchos conceptos.

No describiré con todos sus detalles sus borrascosas encarnaciones, pues en todas ellas hay asunto para escribir muchos tomos en fólío, y el deseo del espíritu no es que yo me encargue de un trabajo tan extenso; éste, quizá, se lo encargará á otro médium que reúna mejores condiciones que yo, que dejando aparte mis escasos conocimientos, la pertinaz dolencia de mis ojos, me impide dedicarme á un asíduo trabajo.

Yo bien quisiera trasladar al papel todo

cuanto escucho en las sesiones en que Iris evoca sus recuerdos, más no siendo esto posible, escribiré sobre los episodios que me parecen más interesantes; y no se crea que mi tarea es fácil, que á mí me sucede lo que dice el adagio: «Para bien escoger, hay mucho que entender.» En verdad, tanto es así, que mi cabeza parece una olla de grillos, pensando y preguntando á mi guía invisible qué episodio debo elegir para continuar el relato de Iris. Al fin me decido, ó me deciden, (mejor dicho) y continuo mi trabajo, refiriendo el comienzo de la segunda encarnación de Iris después de su caída, ella dicta y yo escribo.





VI

PASÓ tiempo, mucho tiempo, al menos á mí me lo pareció, porque el quietismo del alma, es una medida inexacta que no sirve para precisar con rigurosa exactitud si transcurren siglos ó segundos; solo sé que escuché una voz que me dijo:—vuelve á la lucha, el que cae, está obligado á levantarse.

»¿Me levanté? no; ¿encarné? sí; en un lugar tranquilo y apacible, donde brillaba el sol y las flores bordeaban los senderos, donde la brisa murmuraba amores, donde todo era luz y armonía, allí abrí los ojos alegrando con mi venida el humilde hogar de dos seres unidos por el amor. Crecí entre halagos y dulces sonrisas, me pusieron por nombre Aurora, y mi nombre era una alegoría de mi gentil figura, porque todo en mí anunciaba que sería bella, parecía una flor arrancada de su tallo antes de

tiempo, porque mi cutis era blanco, muy blanco, pero sin color, mis ojos eran grandes, muy grandes, pero solo los entreabría, parecía que no tenía aliento para abrirlos, mi talle era flexible, muy flexible, pero se doblegaba y parecía una palmera marchita; crecí en poco tiempo, era alta, pero sin gallardía, mis facciones correctas, pero sin expresión, era una verdadera estatua, me faltaba el alma del amor. Llegó un momento en que la niña sintió en su ser un algo desconocido, lloré sin saber por qué lloraba, suspiré sin darle dirección á mis suspiros, tuve deseos de correr y corrí sin cansarme, y como por encanto, mis ojos se abrieron, mis mejillas se colorearon, mis labios se enrojecieron, mis formas se redondearon, y todos al verme pasar decían:—¡Qué hermosa es Aurora!...

»Mi organismo adquirió desarrollo, y mi alma soñó, ¿qué soñó? amores, amores imposibles, porque yo amaba una figura que veía en mis sueños. Una mañana un rumor lejano y densas nubes de polvo me anunciaron que gentes extrañas se acercaban; se oyeron gritos, relinchos, se aumentó el ruido, y al fin aparecieron legiones extranjeras que iban á llevar la civilización á otros pueblos; hombres y caballos invadieron el pequeño lugar donde nací, y el

jefe de aquellos guerreros, que era un hombre arrogante, se acercó á mí y mirándome fijamente me dijo con acento de mando:—¿Cómo te llamas?—Aurora,—Aurora, que anuncias un hermoso día, escucha, atiéndeme,— y acercándose más á mí, estrechó mi diestra entre sus manos, y suavizando el tono de su voz me dijo:—Aurora; tú y yo formaremos un hermoso día, espérame, yo voy muy lejos, pero volveré, y volveré para llevarte conmigo, para darte mi nombre, para hacerte mi esposa; te llevaré muy lejos de aquí, te llevaré á un punto de la tierra donde las flores brotan entre las piedras, donde el sol dá más calor á los cuerpos, donde todo sonríe, donde todo renace con una fecundidad prodigiosa. No te impacientes por mi tardanza, porque mi camino es largo y mi empresa árdua, pero alcanzaré la victoria y volveré por tí, para que te den sombra los frondosos laureles de mi gloria. Suceda lo que suceda, no te atrevas á enlazarte á otro hombre porque te arrancaré de sus brazos, destruiré tu hogar, y fenece-
rán tus hijos. Evita una serie de crímenes, viviendo consagrada á mi memoria; leo en tus ojos que ya tus sueños son de amores, sea yo la realidad de tus sueños,

espérame, que volveré! y ¡ay de tí, si no me obedecieras!

»Yo enmudecí; no tuve palabras, pero tuve miradas y lágrimas... que él bebió afanoso con sus labios de fuego; ¡qué sensaciones experimenté! Aquel hombre era la realidad de mi sueño, me estrechó en sus brazos diciéndome:—¡No me olvides!, ¡volveré!

»Se fué el guerrero seguido de su gente y volvió á quedar el lugar tranquilo, pero no mi corazón; una profunda tristeza invadió todo mi ser, y pasaba días y días sentada en una peña á la orilla del mar. Mis padres se desesperaban y para ver si me reanimaban me hablaron de un casamiento ventajosísimo, con el joven más rico de aquellos contornos, pero yo les conté lo ocurrido y les dije que estaba dispuesta á esperar al caudillo. Mi padre cegó de ira, mi madre dudó de mi virtud, de mi pureza; el amante desairado inventó, para vengarse, la historia más calumniosa, historia que fué creída, porque una mujer hermosa tiene innumerables enemigos, comenzando por las mujeres que la rodean, y aunque yo protestaba de mi inocencia, mi madre se exasperó hasta el punto que perdió la razón y mi padre huyendo de su deshonra, se arrojó á un abismo desde la

alta cumbre de una montaña y yo quedé sola sin amparo de nadie, señalada con el dedo por todos los habitantes del lugar y de los pueblos cercanos. Hubo momentos que pensé decirle á mi calumniador: seré tuya, dame tu nombre, pero al instante recordaba las frases del caudillo:—*Suceda lo que suceda, no te atrevas á enlazarte á otro hombre, porque te arrancaré de sus brazos, destruiré tu hogar y fenecerán tus hijos. Evita una serie de crímenes, viviendo consagrada a mi memoria.*

»Me resigné con mi triste suerte, que era bien dolorosa; todas las jóvenes me volvían la espalda, sus madres me dirigían miradas compasivas, miradas que hacen más daño que cien dardos envenenados, y lo peor del caso era, que no podía abandonar á tantos ingratos porque tenía de esperar la vuelta del caudillo.

»Cuando menos lo esperaba sentí el frío de la fiebre, después el calor más sofocante, me zumbaron los oídos y quedé sin movimiento. ¿Qué hacer? quise andar, quise gritar pidiendo auxilio, quise... pero no pude realizar mi deseo, gracias que, como nunca el desgraciado está solo, un anciano, íntimo amigo de mi padre, era el único que no me había abandonado, el único que creía en mi inocencia, en mi virtud, y de-

safiando necias murmuraciones me visitaba con frecuencia y aquel día vino á verme, llevando sus palabras la tranquilidad á mi corazón, puesto que me prometió cuidarme en mi enfermedad como si fuera su propia hija. Gracias á él, no estuve sola en aquellos días de tribulación, en que la viruela negra dejó en todo mi cuerpo huellas indelebles. Cuando pude abandonar el lecho, el nombre de Aurora era un sarcasmo para mí. Noche tenebrosa debieron llamarme, porque mi rostro estaba ennegrecido, mis ojos no tenían pestañas, mis cejas habían desaparecido, mis cabellos eran escasos, escasísimos, parecía un monstruo, yo misma me inspiré repulsión, pensé en el suicidio, pero después repetía con amarga ironía: *Suceda lo que suceda, no te atrevas á enlazarte á otro hombre, porque te arrancaré de sus brazos, destruiré tu hogar ¡y esperaré!... esperaré primero con desesperación, después con esperanza, porque reflexionaba y decía:—Es verdad que mi belleza ya no existe, ya no será mi rostro lo que ha sido, pero mi alma es la misma, mejor dicho no es la misma, es mejor, mucho mejor que antes; yo conozco que mi sentimiento se ha desarrollado, ahora ya sé compadecer, que antes no lo sabía; me conmuevo con suma facilidad; induda-*

blemente soy más buena, y la belleza del alma es muy superior á la del cuerpo, porque éste enferma, se desfigura, pero el alma no está sujeta á semejantes descalabros y cuando venga él tendrá compasión de mí y me dirá:—Reposa en mis brazos que merecido lo tienes; y con estas dulces ilusiones viví muchos meses; mi semblante fué perdiendo sus manchas rojizas, mis cabellos comenzaron á brotar, ¡era aun tan joven! Un día, (nunca lo olvidaré) sentí el rumor de mucha gente que se acercaba, nubes de polvo oscurecieron el horizonte, mi corazón me dijo que él llegaba y apresuradamente salí al camino seguida de la mayoría de los moradores del lugar, avanzaron los guerreros y rodeado de sus capitanes venía el caudillo con el rostro más ennegrecido por los ardientes rayos del sol, pero con más luz en los ojos; sin miedo á los caballos me adelanté hasta llegar al pié de su corcel; el noble bruto relinchó con fuerza al sentir que le tiraban de las riendas, se detuvo y el jinete desmontó con viveza y dirigiéndose á mí, me miró con asombro y murmuró con desaliento:—¿Eres tu Aurora?

—Sí, yo soy, me dijiste: *suceda lo que suceda no te atrevas á enlazarte á otro hombre porque te arrancaré de sus brazos,*

y heme aquí abandonada de todos por serte fiel.

—»¡Pobre criatura! ¿pero qué has tenido? ¿qué has hecho de tu maravillosa belleza? tu tez de nieve, tus mejillas nacaradas, tus cabellos, tus arqueadas cejas, tus rizadas pestañas, ¿dónde están?...

—»La viruela se llevó mi hermosura, pero el dolor ha engrandecido mi alma.

—»¡Pobre criatura! con el alma no tengo yo bastante para hacer mi cruzamiento de razas; yo te quería para llevarte á mi país como un modelo de perfección humana, quería que mis hijos fueran tan hermosos como eras tú: y eso... ya es imposible, pero... no temas, si por serme fiel te ves abandonada de todos, te llevaré con mi numerosa servidumbre; reposaré un momento y prepárate á seguirme.

»Hay sensaciones que no pueden describirse, y yo no puedo describir el dolor que sentí al oír hablar á aquel hombre que yo adoraba y por el cual había sufrido tanto; ¡todo lo había perdido por él!... mis padres, mi reputación, una posición desahogada y honrosa... ¡todo!... ¡todo por serle fiel!... y al encontrarme fea, lo único que me concedía era ir con su servidumbre. ¡Qué infamia!... ¡Qué ingratitud!... pero... quedarme en el lugar de mi naci-

miento también era horrible, porque todos me volvían la espalda menos aquel pobre anciano, los demás... ¡todos!... ¿qué hacer?... no titubeé mucho tiempo, y no titubeé porque á pesar mío, si antes amaba al caudillo, al verle sentí lo que nunca había sentido, ¡me pareció tan hermoso! ¡tan apuesto! ¡tan gentil!... si me iba podría verle, y después... ¡quién sabe!... la esperanza no se pierde nunca, porque la esperanza es la savia de la vida; y dominada por el dolor y por un amargo placer le dije:—Me voy contigo, ya que por tí lo he perdido todo.

»El me miró friamente y murmuró con tristeza: ¡qué lástima!... ¡qué lástima de belleza que no dió fruto!

»En aquella época la mujer era puramente un instrumento de placer ó una hembra necesaria para la multiplicación de la raza; á su sentimiento, á su dulzura, á sus demás dotes no se le concedía la menor atención; así es que la ternura de mi alma y mi desarrollo intelectual pasó completamente desapercibido. Durante el viaje procuré acercarme á él, pero todo fué en vano, únicamente al mirarme decía: ¡qué lástima!... ¡qué lástima de belleza que no dió fruto!

»Llegamos al término del viaje y á los

pocos días de habitar en el palacio del caudillo, me llamó éste á su presencia y me dijo:

—»Prepárate á tomar por esposo al hombre que te he destinado: si por mí lo has perdido todo, yo te doy con quien formar familia; y acto seguido hizo entrar uno de sus servidores, hombre vulgarísimo, feo, repulsivo, que parecía idiota; al verle, me sentí tan herida y tan humillada, que no supe que contestar, pero... ¿qué puede hacer el esclavo más que obedecer?... obedecí, me uní á aquel hombre que odié desde el momento de verle y me encerré en mi morada para llorar á mares y para odiar á todo el género humano.

»Mi marido era un ser envilecido, capaz de cometer todos los crímenes si se los pagaban bien; por desgracia mía, fuí madre, me avergonzaba de serlo, me parecía imposible que yo estuviera unida á aquel miserable y que las leyes naturales nos hubieran acercado lo bastante para tener yo un hijo; tras el primero vinieron otros, ¡infelices criaturas!... por ser hijas de aquel hombre me eran repulsivas; quise una separación sin ruido ni escándalo, pero él se opuso, porque le gustaba mi cuerpo, y tanto me desesperé, que lo envenené para verme libre de su sombra, más no lo con-

seguí porque siempre lo veía y hasta sentía su respiración; pasaba noches angustiosísimas, y eso que me rodeaba de todos mis hijos, que muerto su padre no me eran tan repulsivos; pero mi vida era horrible porque odiaba y amaba á un mismo tiempo al autor de mi desgracia; al valiente caudillo que ni siquiera se dignaba dirigirme una mirada. El amor y el odio son dos sentimientos que se confunden entre sí, porque entre un hombre y una mujer podrá existir amor sin odio, pero no existe odio sin amor; cuando una mujer odia á un hombre, ó un hombre odia á una mujer es porque la ama, y yo le amaba á él con toda mi alma, por eso le odiaba con todo mi corazón. ¡Cuánto sufría al verle!... ¡Cuánto! ¡cómo recordaba sus besos de despedida! mis sueños, mis esperanzas, mi constancia en esperarle ¡y todo para qué!... para entregarme por su voluntad á un hombre que nunca, nunca pude querer.

»Dado el primer paso se dan otros muchos, y más cuando se lleva un infierno en el corazón; yo lo llevaba, yo no podía sufrir ver á aquel hombre rodeado de todos los placeres, mientras yo vivía en medio de todos los dolores. Yo me arrojé á sus plantas, le pedí compasión, le dije que no

podía vivir sin él, y él entonces mirándome con el mayor desprecio exclamó:

—»¿Crees que ignoro lo que has hecho? lo sé todo, y por no perderte no te he dado el castigo merecido, pero mi clemencia no llega á descender hasta tí para recibir tus caricias; vete á ocultar tu crimen y no desafíes á la justicia.

»En aquel instante juré vengarme de aquel hombre y me vengué; la leona estaba herida, ¡qué horror!... esperé algún tiempo, no mucho, ¡tenía sed! ¿de qué? de amor, sí, de amor, ¡le quería tanto!... tanto... y le odiaba de tal manera, que necesitaba ó su amor ó su vida, me negó su amor... y le quité la vida, él y yo no cabíamos en la tierra. Mi crimen quedó oculto, después... después... ríos de lágrimas y ríos de sangre, visiones espantosas y momentos de asombro al oír una voz que me decía: — ¿Hasta cuando, infeliz, hasta cuando seguirás descendiendo?... Detente, y no bajes más ¡te costará tanto trabajo subir!

.
»Corramos un velo sobre el final de aquella existencia, pongamos unos cuantos puntos suspensivos, para significar la encarnación que siguió á la anterior. . . .
* * * * *

y entremos de lleno en la existencia en la cual mi alma se despertó.

»Nací en un lugar donde el sol abrasaba los campos, hija de padres muy pobres y rudos, que no se ocupaban de sus muchos hijos más que en sus primeros meses, porque en cuanto los niños se arrastraban por el suelo, ya no se fijaban más en ellos, la naturaleza era muy pródiga y se encargaba de vigorizar á los pequeñuelos. Yo crecí en el campo, mi color era moreno, muy moreno, no era fea cuando niña, pero estaba muy lejos de ser hermosa, si bien mis ojos brillaban extraordinariamente y mi cabellera era negra, rizada, muy rizada y abundante; ligera y esbelta, me enroscaba por los troncos de los árboles, me deslizaba entre las peñas, me escondía entre la maleza y los chicuelos me llamaban *el reptil*, sobrenombre que conservé hasta mi juventud.

»Contaría pocos años, cuando en unión de otros muchachos abandoné mi hogar, donde no lamentaron mi falta, por estar acostumbrados á mis largas y frecuentes correrías; anduve largo rato con mis compañeros de expedición, y después, entré sola por un atajo y seguí adelante hasta encontrar poblado, allí me detuve y una pequeña tribu que en aquel lugar reposa-

ba, me brindó su apoyo para seguir con ellos cruzando el mundo. Yo acepté muy gozosa, porque era mi espíritu muy dado á las aventuras; y emprendí mi marcha en unión de aquellos vagabundos que de todo me enseñaron, menos á ser buena. Cuántas impurezas, cuántos engaños, cuántos malas artes se pueden conocer en la tierra, todo lo conocí viajando con aquellos desgraciados, que me llamaban el reptil, y lo era en realidad; pero mi espíritu comenzó á cansarse de aquella vida, y aprovechando una ocasión propicia, les engañé, diciendo que iba á probar fortuna y me dirigí á un hombre que me pareció propósito para secundar mis planes. Le conté del modo que me hacían trabajar aquella gente, engañando á unos, robando á otros, mintiendo siempre, y le pedí su apoyo para libertarme de aquella esclavitud.

»El hombre me escuchó atentamente y me dijo:—Salvada estás, si quieres salvarte, tengo autoridad suficiente para reclamarle; y cuando mis compañeros llegaron en mi busca, mi protector les dijo que si no se alejaban inmediatamente todos quedarían encarcelados. Ante tal peligro me dejaron en paz, aunque con mucha pena, pues yo les era muy útil.

»Respiré mejor cuando me encontré

sola en aquel puerto de salvación, donde mi trabajo no era mucho y nadie me molestaba. Allí reposé bastante tiempo, hasta que me cansé de aquella vida tan monótona y una mañana, sin despedirme de nadie me dirigí á la ciudad en busca de aventuras.

»En aquella época había llegado al completo desarrollo de la juventud, y era hermosa para mi daño, porque en la gran ciudad donde me detuve, caí con placer en el abismo del vicio; me entregué al libertinaje de tal manera, que me hice célebre por mis locuras, y á tanto llegó mi desfreno, que caí enferma con la más repugnante dolencia; estuve meses y meses entre la vida y la muerte, parecía imposible que pudiera salvarme, pero triunfó la juventud y al fin me levanté pálida, débil, convertida en un esqueleto, no podía sostenerme en pié; para recuperar mis gastadas fuerzas abandoné la gran ciudad y me detuve en una aldea muy pintoresca, donde bosques frondosos me brindaban su tienda hospitalaria, donde manantiales de agua cristalina convidaban á saciar la sed, donde árboles frutales y gentes sencillas ofrecían alimento y grata compañía. Pocos eran mis ahorros, pero tenía lo suficiente para vivir algunos meses en aquel delicio-

so retiro, y allí me instalé. Bien necesitaba mi cuerpo y mi alma de aquel descanso, de aquel reposo, de aquella quietud inalterable. Sin darme yo cuenta del cambio beneficioso que en mí se operaba, me pasaba horas y horas sentada en el bosque, á veces me rendía el sueño, y sin temor ni sobresalto me dormía profundamente, sintiendo al despertar un bienestar inexplicable. Me aficioné á las costumbres de aquellos aldeanos que se levantaban con la aurora, y se acostaban en el momento que en el horizonte desaparecían las tintas rojizas del crepúsculo vespertino. Aquella vida metódica de aquellas pobres mujeres que durante el día no reposaban ni un segundo, me atraía dulcemente; aquel buen ejemplo llenaba mi alma de nuevas aspiraciones, contemplaba á las jóvenes que vivían tranquilas bajo la tutela de sus padres, y recordaba mis compañeras de libertinaje; veía á las aldeanas tan sanas, tan robustas, tan llenas de vida, y me contemplaba á mí misma, mística, marchita, agostada... ¡Qué contraste!, y yo era aún ¡muy joven!... bien podía ensayar un nuevo plan de vida, ¿y por qué no? no era ningún imposible, lo que debía hacer era huir de la gran ciudad, por que allí caería nuevamente, pero en el campo, en

contacto con la naturaleza, allí mi salvación era segura. Mas... ¿y los medios para vivir? porque mis recursos tocaban á su fin, era necesario trabajar. ¿Dónde? ¿en qué? ¿dónde? en un punto donde no me conocieran, ¿en qué me ocuparía? en lo más humilde, en lo más sencillo, en guardar ganado; era necesario romper con mi pasado, era preciso cubrir mi ayer con un velo tan espeso que yo no viera sus odiosos encantos; me fuí al bosque y allí confesé á los árboles todos mis pecados, la brisa movía el frondoso ramaje y parecía que contestaban á mis quejas los hijos de la selva; mientras más hablaba, más deseo de hablar tenía, no oculté á mis confesores mi más leve desacierto, todo se lo conté, todo, y los árboles inclinaban sus verdes ramas como si me dijeran:—estamos conformes. —Yo así lo creí, y se confirmó mi certidumbre al escuchar una voz que me dijo: —¡Ya era tiempo!... ¡qué prisa te has dado para caer!... es necesario que tengas la misma para levantarte. Mira bien tu pasado, es indispensable que contemples toda tu infamia, toda tu criminalidad, para que no te duelan los sacrificios que tu expiación te exija, que serán muchos, y muy dolorosos; no te engañes á tí misma, no confundas la alucinación con la realidad,

pregúntate cien y cien veces á dónde quieres ir, si á coronarte de flores ó de espinas; no pierdas el tiempo en vacilaciones, has perdido muchos siglos, has cometido muchos crímenes, hora es ya que pienses en la regeneración, ésta será lenta, muy lenta; no se pierden los malos usos y las añejas costumbres en breves segundos, como tampoco no se cometen todos los crímenes á un tiempo. Todo necesita sus horas, sus días, sus meses, sus años, sus siglos; tú te levantarás, tú darás un paso en la senda del bien, y dado el primer paso ascenderás rápidamente, el bien te atrae, y el bien te abre los brazos; mira lejos, muy lejos, y verás en la noche de tu pasado una figura luminosa, mírala, ¿no la ves? ella te mira dulcemente, ¿no oyes lo que te dice? yo te lo repetiré, te dice:—¡Te perdono! ¡Te perdono, porque te amo!, ¿ves? no estás sola, hay quién te alienta, hay quién te ama, y el ser que es amado, no está solo.

»En realidad, yo no sabía lo que me pasaba, pero era feliz, ¡muy feliz!, iba á ser buena, ya no serviría para satisfacer los impuros caprichos del hombre, dejaría de ser cosa para ser mujer, ¡oh!, la mujer valía mucho dentro de su hogar, me rodeaban muchas mujeres felices, y yo quería vivir como ellas vivían. Me orienté, pregun-

té por otro pueblo donde hubiera mucha luz, mucha vegetación, y me encaminaron á un lugar tranquilo, donde la naturaleza sonreía; llegué, y me detuve ante una granja rodeada de árboles seculares; un hombre de edad mediana estaba sentado al pié de un árbol, me dirigí á él, y le pedí albergue y trabajo; él me miró con tristeza y murmuró con melancolía:—Mucho pides, pero al que mucho pide, mucho se le da. Vienes de muy lejos, se conoce que traes cansancio en el cuerpo y en el alma, necesitas trabajo moderado y muchas horas de reposo y de meditación; ¡has vivido tan deprisa!; ¡has corrido tanta cuesta abajo!... estás muy fatigada, pero aquí reposarás. ¿Ves todas esas aves domésticas?... ¿ves esos humildes irracionales? ¿esos corderillos que triscan por la pradera? pues tú cuidarás de que no les falte alimento y agua; lo primero aquí lo tienes de sobra, lo segundo has de ir á buscarlo á gran distancia, pero el camino es llano, en sus bordes crecen sándalos floridos, las avecillas en ellos entonan sus cantares, ese camino te conducirá más tarde á tu patria eterna, recórrelo con la alegría en el corazón y la esperanza en tu mente.

»Las palabras de aquel hombre me sirvieron de gran consuelo, y al día siguiente

comencé mi trabajo. Con verdadero afán cogí dos grandes ánforas y me dirigí á la fuente: en verdad que mi protector no había mentido; el camino era delicioso, sombreado por árboles floridos, innumerables pájaros se contaban sus amores, de rama en rama, y la fuente oculta entre breñas y verdes arbustos, era un verdadero oasis. ¡Qué paraje tan encantador!... parecía que aquel lugar agreste no era de ese mundo: allí respiraba mejor, allí me parecía que me desprendía de mi manchada túnica y me cubría con el sayal de la virtud. Ir á la fuente era mi trabajo favorito, ¡allí me encontraba tan bien!, me parecía que acababa de nacer, que nunca había pecado, que mi mente era un libro en blanco, y que ningún mal pensamiento había manchado sus hojas. Una tarde al llegar á la fuente, me sorprendió en gran manera encontrar un hombre entre las breñas, un hombre que no se parecía á ningún habitante de la tierra por más que iba vestido como un hombre del pueblo, pero su cabeza y su rostro eran de una belleza magestuosa, sus largos cabellos descansaban sobre sus hombros, su frente de un blanco mate no tenía la menor arruga, sus ojos, ¡ah!... sus ojos brillaban de un modo extraordinario, sus labios se plegaban con una sonrisa dulce

y triste, jamás había visto un hombre tan hermoso, pero su hermosura no hablaba á los sentidos, al mirarle no se deseaba tenderle los brazos, involuntariamente se doblaban las rodillas y se sentían deseos irresistibles de preguntarle:—¿Eres Dios?..

»Yo me quedé absorta, le miré extasiada y no tuve valor de dirigirle la palabra, él en cambio me dijo:—Mujer, te espero en esta fuente para que me des agua.

»—¡Agua!... pues que, ¿vos necesitais agua?

»—Sí, pero no esta agua que sacía la sed del cuerpo, yo quiero que me des el agua que calma la sed del espíritu.

»—¡Pobre de mí, señor!, si yo he sido una gran pecadora, ¿qué podré daros?...

»—El agua de tus buenos propósitos, el agua de tu sincero arrepentimiento, el agua de tu enérgica voluntad, para seguir por la senda del bien.

»—¡Ah!... entonces bebed, Señor, en la humilde fuentecilla de mi pensamiento, ¡quiero ser buena!..., ¡quiero purificarme!, ¡quiero amar!, no amar á un hombre, ¡amar á un Dios!...

»—Lo sé, por eso he venido á buscarte para decirte: el ideal de tus amores hoy se encuentra en la tierra, con él te reunirás cuando llegue la hora; trabaja en la

purificación de tu espíritu y aguarda el día de tu regeneración. Vuelve á tu hogar, yo iré contigo.

»Yo no sabía lo que me pasaba; dejó de pesarme mi cuerpo, recorrí aquel sendero sin que mis pies tocasen á tierra, y al llegar á la Granja, aquél hombre me dijo:—No te impacientes, cuando llegue el momento de reunirnos, yo saldré á tu encuentro;—dió algunos pasos y desapareció sin poderme explicar qué camino había tomado.

»Cuando volvió mi protector, le conté lo ocurrido y me dijo sonriéndose:—Cuanto me dices, todo es producto de tu imaginación, todo es obra de tu buen deseo, es la cosecha que recojes antes de tiempo por lo bien que has abonado la tierra de tu redención.

—»¡Ah!, no, no;—reliqué con viveza, —no puede mi imaginación crear una figura tan hermosa, yo le he visto, yo le he oído, es una realidad superior á todas las alucinaciones.

»Desde aquel día viví consagrada al recuerdo de aquel hombre-Dios, porque para mí, no era un hombre como los demás; sus ojos y sus palabras no eran de ese mundo, y tanto me encariñé con su recuerdo, y tales ansias sintió mi alma para ver-

le y adorarle, que formé el plan de ir en su busca, plenamente convencida que le encontraría, ¿dónde? lo ignoraba, pero yo sentía el soplo divino de su aliento; y decidida á todo, me dirigí á la fuente, para despedirme de aquel oasis, cuando al llegar, lo encontré á él que me dijo con dulce reproche:

—»¿Así obedeces mis mandatos? ¿no te dije que yo te avisaría la hora de salir á mi encuentro? ¿por qué te impacientas? ¿por qué te adelantas? ¿por qué quieres coger la fruta sin madurar?

—¡Señor!, porque necesito veros y adoraros.

—»Vuelve á tu hogar, habla con tu conciencia y pronto recibirás el aviso deseado. Acompáñame si quieres, y emprendió el camino hasta llegar al borde de un abismo que había entre dos montañas; allí se volvió, me miró, y caí de rodillas mientras él, como si todo fuera tierra plana, cruzó el abismo y subió á la cumbre de la montaña; allí ví deshacerse su figura como se deshace la bruma con los rayos del sol, y murmuré: ¡ese hombre no es un hombre, es un Dios!

»Algún tiempo después me dijo mi protector:—Prepárate á recoger tu segunda cosecha; las espigas que te pertenecen es-

tán muy lejos de aquí, que lo que mucho vale mucho cuesta. Despidete de este albergue, que hemos de acudir al llamamiento de un Redentor.

»Acompañada de aquel hombre que tan bueno había sido para mí, emprendí una marcha muy larga, larguísima, ¡cuántas noches!, ¡cuántos días sin llegar al punto deseado!, había momentos que me dejaba caer en el camino y mi compañero me decía:— Descansa, mujer, descansa, recobra fuerzas para ser dichosa.—Al fin, una tarde, llegamos al lugar donde se encontraba el hombre-Dios, rodeado de un pueblo numeroso; al vernos, se sonrió con dulzura, y me dijo:—Siéntate y reposa, ¡qué cansada vienes!...

»Habló con mi compañero, y éste seguido de muchos hombres, se dirigió no sé dónde; al fin nos quedamos solos, y me dijo:—Estoy contento de tí, te has espiritualizado, te has elevado sobre el lodo de tus vicios, te has propuesto tu regeneración y estás dispuesta al sacrificio. Yo he venido á la tierra para curar á los enfermos, porque los buenos no necesitan médico; yo he venido á dignificar á la mujer, que digna debe ser la madre del hombre; yo he venido á trabajar con el pueblo y para el pueblo; yo necesito enviados, que en mi nombre, lleguen á los lugares apos-

tados por los vicios y las prostituciones, por los crímenes y los más horribles atropellos; los sabios y los buenos no necesitan redentores, porque ellos se redimen por el amor y la ciencia, pero á las mujeres perdidas y á los hombres degradados hay que ir á buscarles á sus antros de perdición, hay que descender hasta ellos, y en medio de sus festines, y en medio de sus delirios, hay que hablarles de otra vida, de otra vida que no acaba, de otra vida donde el alma se engrandece por sus méritos, se eleva por sus sacrificios, se acerca á Dios por su progreso. Tú, que ayer pecaste, tú, que ayer gozaste en el abismo del vicio, tú, que sabes como las mujeres lloran en medio de los festines, tú volverás á esos antros de degradación, tú volverás á sentir las espinas del dolor como se clavan en tu cuerpo y en tu alma, pero, ¡qué importa el martirio cuando se conduce al puerto á infelices náufragos que estaban condenados á desaparecer bajo las olas del crimen y de la prostitución!...

»Sí, mujer, prepárate á volver al lugar donde fuiste piedra de escándalo, y allí, entre aquellas desventuradas, entre aquellas almas encenegadas en todos los vicios, siembra la semilla de la esperanza en otra vida mejor. Si decidida estás á regenerarte,

no creas que la regeneración se consigue separándose de todo contagio; la vida contemplativa, como medicina temporal, es buena, pero á perpetuidad es el máximum de todos los egoísmos: ¡No sentir!... ¡no llorar! no compadecer ni tomar parte en el dolor ageno, es trabajar para el endurecimiento del corazón, y de un corazón endurecido no brotará jamás el agua del consuelo. Tú has creído, mujer, que para alcanzar la felicidad suprema, basta con abstenerse de pecar, y estás en un error; hay que procurar que los otros no pequen, hay que evitar la caída de los demás. Te era necesario el reposo y la contemplación para sanar tu cuerpo y tranquilizar tu alma, y ya que has conseguido lo que te era preciso conseguir, vuelve al lugar donde los cuerpos se venden y las almas se degradan; y entre aquellas mujeres, entre aquellas desventuradas, da comienzo á tu hermoso trabajo. Diles á las mujeres, que harto tiempo han sido esclavas de la tiranía del hombre, y que necesario es, que se dignifiquen, que comprendan lo que valen y lo útiles que pueden ser para redimir á la humanidad. Vuelve, sí; no te detengas, han llegado los momentos anunciados por los profetas; se hablará en todas las lenguas, y en todas partes resonará este grito: *¡redención!!*

—»Pero señor, murmuré con tristeza, es que tengo miedo de volver á la lucha, me creéis más fuerte y más buena de lo que soy en realidad; estoy arrepentida de mi pasado, me horroriza pensar en mis culpas, necesito veros y oíros para engrandecerme, esto es todo, no sirvo para más.

—»Mujer de poca fé, que aún necesitas tocar las cosas para convencerte, te hago falta para tu regeneración, y crees que no viéndome y no oyéndome te encontrarás sola, perdida en la inmensidad de las pasiones y de los vicios. Mujer, no seas tan material, yo estaré contigo, aunque inmensa distancia nos separe, porque para las almas no existen las distancias.

—»¡Ah; pero no podré veros!... y sin veros! y sin veros, señor... es imposible, no haré ninguna obra buena...

—»Mujer, tú dices que amas mi espíritu, pues amando mi espíritu no te hace falta contemplar mi envoltura.

—»¡Oh! sí, sí; yo necesito veros!

—»Me verás en tus sueños, y recibirás instrucciones; ahora duerme, mientras yo velo, duerme para despertar á una nueva vida de lucha y de victoria; de estudio, de progreso para tí y para los otros. Y extendiendo su diestra sobre mi cabeza, me quedé dormida.



VII

JAMÁS olvidaré lo que ví durante mi sueño; pasaron ante mí millones de seres de distintas razas, ví ciudades populosas, templos gigantescos, monumentos admirables, que ante mis ojos quedaban reducidos á polvo; y sobre tantas ruínas se levantaban figuras luminosas, hermosísimas; cuando ya mi espíritu comenzó á sentir cansancio, oí una voz que me dijo:—¡Mira bien! miré, y ví un espacio inmenso, oleadas de luz lo llenaban, aquel oleaje levantaba montañas de fuego y sobre ellas caía una lluvia de diversos colores, era como si un arco iris lo envolviera todo. ¡Qué maravilloso espectáculo!... yo no me cansaba de mirar; en el fondo de aquel cuadro luminoso, se aumentó la luz, ¡qué efecto tan prodigioso! no es posible describirlo. ¡Ah! no, no; después, aquella luz vivísima se amortiguó, olas de blanca espuma invadie-

ron el centro de aquella órbita incandescente, y de aquellas olas, brotaron dos figuras, eran dos hombres: el uno apoyaba la cabeza en el hombro del otro. Miré... miré asombrada y lancé un grito, porque aquellos dos hombres, el uno era el sabio Antulio y el otro... el hombre-Dios, el que yo adoraba; el sabio reclinaba su cabeza con dulce abandono en el pecho de aquel que quería la dignificación de la mujer. Yo miraba, miraba fijamente y ví que Antulio movía los labios, presté toda mi atención y escuché estas palabras:

»¡Iris!... ¡cuánto has tardado! pero ya no me dejarás, ya serás mía por los siglos de los siglos! Mi ciencia no pudo redimirte, pero mi amor... mi amor lo consiguió!

»Entonces ví al hombre-Dios que estrechó en sus brazos al sabio Antulio, y al abrazarle, el sabio arrojó su envoltura corpórea y ¡cosa extraña! me parecía que aquellos dos espíritus formaron uno solo, y en el hombre-Dios yo reconocía á Antulio, y en Antulio al hombre-Dios, ¡transfigurado! ¡hermosísimo! con esa hermosura incomparable, que no hay en la tierra tipo que se le asemeje. Aquella figura adorable, me tendió sus brazos y yo me refugié en ellos, y escuché de nuevo:—¡Iris!... ¡cuánto has tardado!... pero ya no me dejarás,

ya serás mía por los siglos de los siglos! Mi ciencia no pudo redimirte, pero mi amor... mi amor lo consiguió!

»Al tiempo se le han dado diversas medidas, pero nadie ha sabido medir todavía el tiempo feliz; así es, que yo no sé si fueron horas ó breves segundos los que permanecí soñando; sólo sé que me desperté y ví al hombre-Dios sentado sobre una peña rodeado de muchos niños que le acariciaban. Me levanté y él me dijo:—Mujer, ya has reposado lo bastante, prepárate á emprender tu viaje—¿Sola?—No está solo el que ama y es amado. Ya te inspiraré, ya me verás en tus sueños y vendrás cerca de mí, cuando tu trabajo se acabe en el lugar al cual te diriges.

»Yo titubeaba, más el me miró de aquella manera que él solo sabe mirar, extendió su diestra sobre mi cabeza y emprendí mi marcha triste y gozosa á la vez.

»No quise volver á la gran ciudad sin visitar la Granja donde encontré mi salvación; allí me detuve breves momentos, y me dirigí á la fuente, al oasis de mi vida.

»Las avecillas parecía que daban su adiós; todas cantaban á un tiempo; ¡cuánto las envidié!... ¡ellas podían vivir entre flores! ¡yo iba á vivir entre espinas!...

»Llegué á la gran ciudad, y al punto

muchos de sus habitantes me reconocieron; todos me encontraron ¡muy hermosa! de mis antiguas compañeras algunas habían muerto, otras seguían su miserable vida, y muchas jóvenes, casi niñas, daban sus primeros pasos en la senda de la degradación. La dueña de aquel centro de los vicios me recibió con los brazos abiertos, dispuesta á guardarme como su máspreciado tesoro. Yo oculté cuidadosamente mis propósitos, impuse condiciones y evité, cuanto me fué posible, volver á ser juguete de los libertinos. Todos encontraban en mí algo extraño, me hallaban más hermosa que antes; pero mi hermosura tenía un tinte especial, era que mi alma ennoblecía mi cuerpo, era que mi alma sentía asco en aquella sentina de todos los vicios. Con habilidad suma, comencé á tender mis redes, y algunas de aquellas desgraciadas me dijeron: Llévanos contigo, iremos donde tu quieras, siempre que nos salves y nos apartes de este inmundo lodazal.

»¡Qué noches tan horribles eran las mías viendo aquellas escenas y aquellos atropellos de tantas y tantas jóvenes que aún recordaban sus juegos infantiles! ¡cuántos ríos de oro para satisfacer impuros caprichos, mientras centenares y centenares de ham-

brientos morían por las calles de la gran ciudad!

»Milagrosamente me iba salvando de sufrir aquellas humillaciones; pero fijó sus ojos en mí, uno de los jefes del estado, y tuve que acceder á sus deseos; mas puse ventajosas condiciones, oro en abundancia y un permiso, autorizado por él, para poder salir libremente de la gran ciudad, en unión de cuantas mujeres quisiera llevarme conmigo. A todo accedió, porque yo tenía sobre él un ascendiente poderosísimo, tanto es así, que me decía con tristeza:—No veo en tí á una mujer, tú eres algo más; ya no sirves para los placeres impuros, te miro, quiero acariciarte... y te respeto, siento un temor inexplicable, me parece una profanación lo que quiero hacer contigo y, sin embargo, el fuego del deseo me consume. ¿Para qué has vuelto aquí?...

»¡Qué noche tan horrible fué aquella para mí!... tenía que fingir lo que no sentía para conseguir la realización de mi plan, oro y el documento firmado por él para librarnos de la persecución de la dueña de aquel centro de corrupción.

»Al fin brilló la aurora, el salón donde se había celebrado un gran festín, presentaba un aspecto desolador y repugnante, repugnantísimo; mujeres beodas, hombres

embriagados se entregaban al sueño; entre aquellas mujeres había muchas que me habían jurado obediencia, ya estaban advertidas y habían evitado la embriaguez; me acerqué á ellas y les dije:—No hay momento que perder, aprovechemos los instantes; la libertad nos espera, ¡la luz! ¡el aire! ¡las flores!

»La mayor parte de las conjuradas me obedecieron, y antes que la gran ciudad se despertara, salimos al campo y, apresurando el paso, nos alejamos de aquel infierno, deteniéndonos en un bosque para descansar.

¡»Cuánto gocé entonces!... dí por bien empleada mi noche de infamia, puesto que, por mi martirio, salvaba á tantas infelices de su horrible esclavitud. Recordaba las palabras del hombre-Dios y decía: ¡Cuánta razón tiene! *la vida contemplativa, como medicina temporal, es buena, pero á perpetuidad es el máximo de todos los egoísmos. ¡No sentir!, ¡no llorar!, no compadecer ni tomar parte en el dolor ajeno, es trabajar para el endurecimiento del corazón, y de un corazón endurecido no brotará jamás el agua del consuelo.* Estas mujeres son jóvenes, algunas aún son casi niñas, ¡cuán útiles pueden ser á la humanidad! muchas de ellas se crearán familia, ¡ten-

drán un hogar! ¡se verán amadas! y toda su felicidad ¡será obra mía!

»Con nuevo ardor emprendí la marcha seguida de mis compañeras, hasta llegar á la Granja, á mi puerto de salvación; me adelanté á ellas y encontré al dueño de aquel escondido paraíso que me recibió sonriendo.

—»No vengo sola, le dije algo confusa.

—»Ya sé quien te acompaña, he tenido aviso; entra tú con ellas, reposa el tiempo necesario para recuperar tus gastadas fuerzas, y después vuelve nuevamente á rescatar esclavas.

»Mis compañeras encontraron franca hospitalidad, y yo después de descansar el tiempo indispensable, me dirigí á la fuente, á mi oasis, al lugar en que mi alma se despertó cuando vió aquella figura hermosísima, que me dijo:—*Mujer, te espero en esta fuente para que me des agua.*

»Allí me senté con la esperanza de verle aparecer, pero... esperé en vano, apoderándose de mi alma tan honda y tan profunda tristeza, que creí desfallecer. Me horrorizaba volver á la ciudad, allí, ¿qué me esperaba? no tenía amigos, no conocía más que á mercaderes que quisieran comprar mi cuerpo, y mi última noche de infamia, con todo y haberme sido tan prove-

chosa, me espantaba, y me avergonzaba su recuerdo. Es verdad que había salvado á muchas víctimas, es verdad que poseía un permiso ó salvo conducto del gobernador de la ciudad, con el cual podía salir y entrar libremente en la población, y podía visitar sus cárceles y sus fortalezas; había conseguido mucho en pocas horas, pero ¡ay!... aquellas horas ¡cuánto me humillaba su recuerdo! Me parecía imposible que antes me hubiese encenagado por mi propia voluntad. Pensaba en el hombre-Dios, y no encontraba frases para demostrarle mi inmensa gratitud, ¡cuánto le debía!, ¡cuánto!, por eso debía obedecer sus mandatos, por eso debía rescatar esclavas. ¡Ah!, sí, sí, él lo quería, y lo que él quería debía quererlo yo. Y animada con tan nobles pensamientos seguí mi camino; mas al llegar cerca de la ciudad, el desaliento se apoderó nuevamente de mí, sentí miedo, ¡mucho miedo!, al fin entré en aquella inmensa población, preguntándome: ¿dónde llamaré? en los lupanares, imposible, en todos me conocían y en ellos peligraba mi vida, porque no podrían perdonarme mis trabajos de redención, los explotadores de aquellas desventuradas. Pensé presentarme á mi protector, al gobernador, pero... no, porque estaría furioso contra mí, por

la fuga de las meretrices. Miraba á todos lados y no veía ningún semblante amigo; al fin me detuve en una gran plaza donde había una torre célebre en la historia, que servía de morada á muchos centenares de soldados; miré la sombría fortaleza, y de pronto sentí en todo mi ser una sensación dolorosísima, como si millones de punzantes espinas, todas á la vez, me las clavarán en mi cuerpo, era que había visto á un hombre que cruzaba la plaza y se acercaba á mí, quise huir, pero él me cerró el paso, y poniendo sus manos en mis hombros, me dijo sonriendo con alegría infernal:—¡Ya te tengo!, ¡ya te tengo!, y lo que es ahora no te escaparás.

»Aquel hombre era el jefe de la pequeña tribu, en la que bajo sus órdenes pasé mi infancia, el que hizo de mí cuanto quiso, el que me pervirtió y me enseñó todos los vicios.

»¡Qué momentos tan horribles!... creí morir de dolor al verme sujeta por aquel hombre; mi cuerpo cayó al suelo y él me levantó diciendo:—Es inútil, no te escaparás, viva ó muerta te llevaré conmigo—mas... no pudo conseguirlo, porque acudió un pelotón de soldados y uno de ellos me separó de él, diciendo:—No es hombre el que atropella á una mujer.

»—Esa mujer es mía, me la vendieron sus padres, me pertenece.

»Era mentira, mis padres no habían tomado parte en tal infamia, era yo la que los había abandonado porque padecía hambre y sed y no podía saciarla.

»Al verme protegida, pedí que me llevaran á presencia del gobernador; aquel miserable tembló de ira y los dos comparecimos ante la autoridad. Mi protector al verme me miró con enojo, pero al enterarse de lo ocurrido dijo:—Ese hombre queda preso é incomunicado; de esta mujer me encargo yo.

»Al quedarnos solos, me postré ante él y besé sus manos profundamente conmovida, él me levantó y mirándome con tristeza me dijo con dulzura:

»Debía estar muy enojado contigo, porque has promovido un verdadero escándalo, pero no sé lo que tienes que te quiero, te compadezco y te admiro. Nunca olvidaré mi última noche de placer, escuché frases de tus labios que nunca había oído, me hablastes de un hombre á quien llaman el hijo de Dios, y comprendo que tú eres algo más que una mujer perdida, creo más aún, creo que estás purificada por tu martirio, y, para amenguar tu sufrimiento, desde hoy, por cuenta mía, tienes casa y alimento en

una de las dependencias de mi palacio; puedes salir y entrar libremente, nadie te pedirá cuenta de tus actos, porque sé que todos ellos solo tienen un objetivo, ¡el bien!

»Mi alegría no tuvo límites cuando me ví sola en un gran aposento donde encontré todo lo necesario: alimento para mi cuerpo desfallecido y blando lecho donde reposar.

»Seguí activamente mi trabajo de redención y muchas infortunadas escucharon mi ruego; tantas fueron, que llamó seriamente la atención mi trabajo, produciendo gran descontento entre los libertinos y los explotadores de la juventud; y sólo por estar protegida por el gobernador me libré de ser atropellada. Mi protector se vió precisado á decirme que era necesario que me ausentase de la ciudad, porque él no respondía de lo que pudiera sucederme, porque los ánimos de los más fuertes estaban en contra mía, porque les arrebatava sus horas de placer, las mujeres más bellas, las que alegraban las sombras de la noche, las que eran vida de los festines.

»Triste y pensativa me dirigí á la Granja, á ver á mis antiguas compañeras, las que al verme, me rodearon y me colmaron de caricias; parecía mentira que entre tan-

to cieno pudiera germinar la gratitud, y, ¡germinaba!... germinaba, sí; la mayoría de aquellas mujeres demostraron más tarde lo que me querían. El dueño de aquel lugar al verme, me dijo con extrañeza:

»—¿Por qué vienes? ¿No sabes que aún no puedes permanecer aquí?

»—Es que allí no puedo estar, (y le conté lo ocurrido).

»—Pues allí has de volver, *él* lo quiere y tú tienes que obedecer.

»Me dirigí á la fuente con esperanza de ver al hombre-Dios, pero no estaba, ¡cuánto le llamé, y no vino!... seguí mi penosa jornada y á la mitad del camino no pude continuar, me dejé caer al pié de una enramada y me quedé dormida. Durante mi sueño ví al amado de mi alma, se acercó á mí y poniendo su diestra en mi frente, me dijo con dulzura:

»Mujer de poca fe ¿ya no me quieres? ¿ya te has cansado de hacer obras buenas, pues para llegar hasta mí, tienes que continuar el trabajo emprendido, ¡sígueme! ¡yo lo quiero!

»Me desperté súbitamente y me encontré ágil y fuerte, seguí andando y entré en la ciudad pensando en mi hermoso sueño; abismada en mis pensamientos, me perdí en las tortuosas calles de la gran ciudad y me

encontré en un callejón tan estrecho, que abriendo los brazos tocaba los ennegrecidos muros que lo formaban. Aquel paraje sombrío me causó una impresión tristísima, quise retroceder, y no podía salir de aquel laberinto, seguí adelante y no se acababa aquella estrechísima vía; de pronto, sentí gritos horribles, lamentos desgarradores, aullidos, imprecaciones, voces débiles que decían:—¡Piedad!, ¡socorro!, ¡auxilio!—Me quedé aterrada, no sabía donde dirigirme; los gritos continuaban y yo me volvía loca porque no veía más que los paredones y estrechas aberturas muy altas; al fin tras de dar muchas vueltas, me encontré en una plaza solitaria en la cual se levantaba un viejo caserón cuya gran puerta estaba cerrada; hasta allí llegaban los gemidos, y dominada por una fuerza extraña, llamé con vigor á la cerrada puerta, que abrieron inmediatamente, y presentando el permiso del gobernador, dije á los hombres que me rodeaban:—Quiero visitar esta prisión.

»Se miraron unos á otros, y alguien de ellos dijo:—Dejadla pasar, el gobernador la protege, aquí no hay miedo, que rescate esclavas.—Uno de aquellos hombres me acompañó y me hizo recorrer largos corredores donde había muchas puertas nu-

meradas; después me hizo bajar una larguísima escalera, entramos en una especie de cueva, y mi acompañante me dijo:—Aquí os espero, el piso es plano, podeis recorrer el subterráneo sin temor de tropezar, no os asusteis si al tocar la pared tocais cuerpos, son las prisioneras que llenan este lugar; y se sentó en el último peldaño, dispuesto á esperarme.

»Al verme en aquel sitio, al que no llegaba más que un debil rayo de luz, me detuve espantada, asombrada de mi arrojo, pero ya estaba dentro y no debía ni podía retroceder, porque resonaba en mis oídos una voz lejana que me decía:—Sigue, no temas, ¡sigue!,—y seguí, mas seguí á tientas, sin ver, escuchando lamentos y sollozos y voces entrecortadas por el dolor. ¡Ay!, nunca he sufrido tanto como en aquellos momentos; mis manos extendidas tropezaban con cuerpos humanos, y al sentir el contacto, sollozaban aquellas infelices y otras blasfemaban enloquecidas por el martirio. Quise hablar y no pude, el espanto me hizo enmudecer; seguí andando hasta que toqué la pared del fondo de aquel abismo, y al volverme, ví allá lejos, muy lejos, el debil rayo de luz que penetraba por la angosta escalera.

»Cuando llegué á la puerta, mi acom-

pañante se levantó, y tuvo que sostenerme porque yo ya no podía resistir el peso de mi angustia, sólo pude decirle:—¡Aire!, ¡aire!

»El hombre aquél fué compasivo, me cogió como el que coge á un niño y subió la escalera rápidamente; al cruzar los corredores ví á varios magnates que me miraron con asombro, diciendo uno de ellos:—¿Hasta aquí llega esa mujer?...

»Cuando me ví en la calle me pareció mentira, corrí como una loca por aquellos desiertos callejones, hasta que llegué á la gran plaza. Procuré en seguida ver al gobernador, y al contarle donde había ido, me dijo espantado:

»—¿Qué has hecho desgraciada? ¿dónde has ido? tú quieres perderme.

»—¿Por qué?

»—Porque hasta aquellas mujeres tú no puedes llegar, son traidoras á su patria, han derribado los altares de los dioses, adoran á otro Dios; rechazan los sacrificios y los antiguos ritos, no te atrevas, ¿entiendes? no te atrevas á volver allí, porque me veré obligado á lanzarte de esta ciudad, y lo sentiré, porque te quiero, te compadezco y te admiro.

»—Pero aquellas infelices deben ser atormentadas cruelmente.

»—Créeme, no toques al fuego porque te envolverán las llamas.»



VIII

COMPREDÍ que debía callarme y disimular; me retiré á mi aposento, y hasta en él me parecía que escuchaba los lamentos de aquellas desventuradas. Al día siguiente y en los sucesivos, no hice otra cosa que rondar la prisión, y convenirme que era imposible toda tentativa de evasión, pero pensé y dije:—Yo sola no puedo, pero muchos brazos, ¡quién sabe!... y dominada por el más noble de los deseos, me dirigí á la Granja, conté á mis antiguas compañeras el descubrimiento que había hecho, les pedí su ayuda, y la mayoría de ellas dijeron entusiasmadas:—¡Te seguiremos!...—Mas, cuando enteré de mi plan al dueño de la Granja, me dijo severamente:—Pronto quieres recoger la cosecha, aún no es tiempo, estas mujeres te seguirán más tarde, aún no es hora, vuelve á tu puesto.

»—Será inútil, (dije desesperada), ¿qué

haré yo sola ante aquellos muros? es imposible la salvación de aquellas desventuradas; y muchas juntas promoveríamos una revolución.

»—El imposible no existe; vuelve á escuchar los lamentos de las que adoran á un nuevo Dios.

»—¿Pero, qué haré? qué haré con escucharlos, ¡si mi impotencia es tan grande como mi dolor!

—»Mujer de poca fé, espera en tí misma, y vuelve á la ciudad.

»Volví al punto de mis luchas, y durante el camino oré con tanto fervor, que nunca he orado como entonces, es decir, no oraba, hablaba con él, con el hombre-Dios, le llamaba, le decía:— ¡Inspírame!, ¡dame aliento!, ¡dame fortaleza!, ¡yo quiero llegar hasta tí, yo quiero redimir á los cautivos, yo quiero decirles que te adoren por que tú eres la verdad y la vida!

»¡Cuán largo se me hizo el camino!... y al mismo tiempo ¡qué corto me parecía!, porque no encontrando solución al problema, temía llegar á la gran ciudad no sabiendo qué resolución tomar. El gobernador estaba furioso contra mí, con él no podía contar, y sin embargo, ¡á quién dirigirme sino á él!

»¡Qué horas tan amargas fueron las de

aquella jornada para mí!, ¡me encontraba tan sola!... ¡y es tan triste la soledad!... me detuve varias veces en el camino diciendo con la mayor angustia:—¡Señor!... ¡Señor!, concédeme la dicha de morir, ¡no puedo más!, me estrello ante lo imposible; quítame la vida ó tápame los oídos para que no lleguen hasta mí los lamentos de aquellas desventuradas... ¿pero qué digo? quítame el entendimiento, porque á tan larga distancia no es posible que con los oídos de la carne escuche sus lamentaciones; es mi alma que está con ellas. Sí, sí, percibo claramente las voces de aquellas infelices, que me dicen:—¡Sálvanos! ¡socórrenos!, ¡ampáranos!, ¡ven!... ¡ven!, ¡ven, que te esperamos!

»¡Qué me esperan!... ¿y para qué, Dios mío? si yo no puedo hacer nada por ellas, si mi impotencia iguala á mi deseo, si soy una mujer perdida, de todos abandonada!..

»Al fin entré en la gran ciudad, ¡qué horrible me pareció! Redoblé mis esfuerzos y pude llegar el punto donde sabía que encontraría descanso y alimento. Cuando me ví sola, dentro de aquel anchuroso aposento, me encontré mejor, inmediatamente tomé posesión del lecho y dormí mucho tiempo; no con el sueño ordinario, sino con el letargo que produce el can-

sancio, la fatiga, la tristeza, el abandono, el doloroso convencimiento de la propia inutilidad.

»Al despertarme me encontré mucho mejor; durante mi sueño había visto á las prisioneras, me habían hablado suplicándome que no las abandonara, que velara por ellas; había oído también la voz del hombre-Dios, que me decía: — Tú sola puedes abrir aquellas puertas, ¡ten fé en tí misma!, ten fé, que yo estoy contigo.

»Como si una fuerza superior me impulsara, salí de mi aposento, y pedí ver al gobernador; al verle, me postré á sus plantas llorando amargamente, y tanta era mi pena y mi congoja, que él se conmovió, y levantándose con la mayor ternura me dijo: — Debía estar muy enojado contigo, pero al verte tan desesperada te encuentro tan hermosa, no de cuerpo, de alma, que me atraes, me seduces, y tengo el presentimiento que tú serás mi perdición. Cuéntame, ¿qué tienes? ¿qué te pasa? ¿qué te angustia?

—»Aquellas infelices cuyos lamentos escucho siempre, ¡siempre! ¿entendeis? ¡siempre! las veo en mi pensamiento, me cercan, me hablan, y yo enloqueceré si las sigo escuchando. Vos que sois potente, que podeis tanto... yo no os digo que les de-

volvais la libertad, pero al menos, ¿no podríais cambiarlas de prisión? ¿no podríais amenguar su tormento? ¿no podríais ser para ellas más que un Dios?

—»Es que cuando están allí, es porque han pecado mucho; no solo están las que adoran á otro Dios, están las adúlteras, están las rameras de inclinación, que son más culpables que las que venden su cuerpo; las mujeres que allí gimen han sido la deshonra de su familia, han causado la desesperación de muchos hombres de estado, y su castigo es justo.

—»Por grande que sea su crimen, es más horrible la pena que sufren; hay que verlo, ¿no lo habeis visto?

—»No.

—»¿Y no podeis visitar las prisiones?

—»Sí que puedo.

—»Pues id, señor, id; ¿quereis que yo os acompañe? dejadme ir con vos, dejadme que les prodigue alguna palabra de consuelo, que tengan una esperanza, ¿verdad que iremos?

—»Eres mi tentación; ¡te quiero tanto!.. que por no verte llorar iré donde tú quieras; ahora véte, no salgas de tu aposento, no te dejes ver por la ciudad, no te impacientes esperando, ten fé en mi promesa, iremos á ver á esas desventuradas; y mi-

rándome con la mayor ternura me acompañó hasta la puerta de su estancia.

»Llegué á mi aposento que no sabía lo que me pasaba, me parecía imposible que me concedieran lo prometido. Esperé muchos días, muchos; al fin una mañana recibí orden del gobernador, me presenté á él y acto continuo me dijo:—Partamos.





IX

QUÉ hermosa me pareció aquella mañana! El sol brillaba con toda su espléndidez! y era que el sol de la esperanza iluminaba mi espíritu. Mi compañero iba silencioso, preocupado; llegamos á la prisión y acompañados de muchos servidores que llevaban antorchas, bajamos á los subterráneos donde gemían aquellas desventuradas. Si horrible encontré aquel lugar en la sombra, espantoso me pareció con la roja luz de las antorchas; ¡qué mujeres! algunas de ellas eran muy hermosas, y las más bellas eran las más cruelmente castigadas. ¡Qué de ligaduras!... ¡qué torturas tan inconcebibles! casi desnudas enseñaban sus cuerpos ensangrentados; al vernos, todas querían hablar, todas pedían: ¡piedad!, ¡misericordia!, ¡perdón! El gobernador estaba visiblemente conmovido; yo en voz imperceptible, le dije: — Concededles

la gracia de que os digan algunas por qué están aquí. El accedió á mi ruego y una jóven hermosísima dijo:

—»No he cometido más delito que adorar á un nuevo Dios, he conocido á un hombre que sana á los enfermos, que levanta á los muertos, que habla de la igualdad entre los hombres, que promete una vida mejor; es un profeta, un enviado; yo le ví, y al verle tan hermoso, le adoré de hinojos y él me dijo: Levántate, mujer, que yo no quiero que adores más que á mi Padre que está en los cielos; yo vengo á levantar á las mujeres para que adoren á un solo Dios, porque él es la verdad y la vida. Este es mi crimen, señor, adorar al enviado de un solo Dios.

»Otras muchas mujeres confesaron sus culpas, el gobernador las escuchó atentamente y al terminar las confesiones, me dijo:— Espérame aquí, más no te atrevas á dirigirles la palabra, no destruyas la obra comenzada. Obedecí, callé, pero en cambio, ¡cuánto oí! Aquellas infelices me decían:— Lo que veis no es nada en comparación de otros martirios; hay mujeres enterradas en vida, que solo la cabeza está fuera de su sepultura, y sobre la cabeza tocan ligeramente varillas candentes y go-

tas de agua helada. ¡Esto es horrible!... ¡horrible!

»Cuánto sufrí en aquellos momentos al no poder dirigirles palabras de consuelo; pero los hombres que me rodeaban todos me miraban y temiendo empeorar la situación, guardé silencio hasta que vino él, que con acento compasivo las dijo:—Vuestras súplicas serán atendidas, vuestro suplicio toca á su fin.

»Si aquellas infortunadas hubieran podido moverse, todas se hubieran puesto de rodillas, pero sus ojos ¡cuánto dijeron! mucho más que sus frases entrecortadas.

»Salimos de aquel tristísimo lugar, y él me dijo:—Siento haber venido, porque me sucede como á tí, que oigo sus gemidos dentro de mí. ¿Por qué te habré conocido? ¿por qué?—Para practicar el bien, señor, ¡feliz el que puede hacerlo!

»Nos separamos, encargándome que me abstuviera de salir. A solas conmigo misma me encontré satisfecha de mi obra, al mismo tiempo que asombrada, porque me parecía imposible el paso que había dado mi protector; pasaron algunos días y una tarde recibí aviso del gobernador para que pasara á su estancia; al verle me dijo sonriéndose: Prepárate para recibir muchas impresiones y todas agradables; ya está

casi resuelta la traslación de aquellas desgraciadas á otro punto donde puedan *vivir*, y las menos culpables recobrarán la libertad; para ultimar detalles, esta noche nos reunimos muchos hombres de armas y de estado, celebraremos un festín y tu asistirás á él; no te propongo una noche de infamia, no, es una noche de placer más puro, noche que nunca olvidarás, pero te has de vestir bien, has de estar muy hermosa, ¿tienes otros trajes?—Ninguno, señor, más que éste.—Lo presumía; ahora te conducirán á un salón donde te vestirán como corresponde.

»Efectivamente, dos horas después me contemplé con asombro un riquísimo traje blanco adornado con piedras preciosas, y un peinado artístico sobre el cual descansaba una corona de pequeños soles; me había transformado por completo; estaba realmente hermosa, y mi muerta vanidad resucitó por algunos momentos.

»Cuando entré en el salón del festín acompañada del gobernador, resonó un voto de aprobación, ocupé un lugar preferente y comenzó el banquete que fué espléndido; al terminarse, se acordó trasladar á las prisioneras á lugar más sano, de mejores condiciones y ultimar las causas pendientes de las menos culpables; después de tan hu-

manitario acuerdo, se habló de un hombre que no era como los demás hombres, que era un genio, un mago, un profeta, que se deslizaba sobre la tierra sin dejar huella, que se elevaba por los aires sin tener alas, que hablaba de un Dios único que era el puerto y el camino de la vida, que hacía curaciones milagrosas, que prefería la compañía de los humildes, y que preparaba una verdadera revolución.

»Enseguida comprendí que hablaban del hombre-Dios; temblé cuando dijeron que querían prenderle, y al mismo tiempo pensé: no le prenderán, no es un hombre como los demás, él pasa los abismos sin caer al fondo, pero con todo, me disgustaba el giro de aquella conversación y más aún, cuando el gobernador dijo:—Ésta lo conoce, esta lo ha visto y ha oído su voz: puede hablarnos de él.

—»Sí, exclamé con entusiasmo, lo he visto, es un hombre muy hermoso, pero su hermosura no habla á los sentidos; al verle se sienten impulsos de adorarle y se cae de rodillas sin saber lo que se hace; su cabellera es abundante y sedosa, sus ojos, ¡ah! sus ojos son dos soles.

—»¡Dos soles! (replicó el gobernador).

—»Sí, dos soles, brillan de un modo que yo no he visto otros ojos como los suyos.

»—Pues mira, favor por favor, te hemos concedido la salvación de aquellas infortunadas, en cambio ayúdanos para encontrar á ese hombre; si es Dios, el se salvará, y si es hombre, quedará sujeto á la justicia humana.

»Al oír tales palabras sentí frío, pero al momento comprendí que debía disimular para no perder lo ganado, y pedí que me concedieran la palabra como última gracia de aquella noche.

»Accedieron á mi ruego y hablé del hombre-Dios con todo el entusiasmo de mi alma; pinté la sociedad tal como se encontraba en aquella época y la necesidad que había de un renacimiento, de una redención. Estuve elocuente, tanto, que al final el gobernador me besó en la frente diciendo: —Tú eres una de las redimidas; yo te admiro y te respeto.

»Todos me saludaron (no como á la mujer perdida) sino como á una esperanza de otra época mejor.

»Al terminar la fiesta mi placer era inmenso por haber conseguido mejorar la situación de aquellas desventuradas, y aunque me dieron el horrible encargo de ir al lugar donde había encontrado al hombre-Dios y allí entretenerle para que pudieran apoderarse de él, tenía el íntimo

convencimiento de que no lograrían sus inícuos fines.

»Cuando me quité mi precioso vestido blanco y desprendí de mi cabeza la luminosa corona, miré aquellos adornos con tristeza; no eran míos, más al quererlos devolver, me dijeron que me pertenecían, y confieso ingénuamente que me alegré muchísimo, guardando el traje y las joyas con sumo cuidado, y cuando más atareada estaba, pasó ante mis ojos un rayo de luz rojiza, y escuché la voz del hombre-Dios que decía:—¡Aún renace en tí la vanidad!, aún te gustan las galas, renuncia á ellas, que es otra tu misión que la de lucir joyas.

»Me quedé muy triste, al fin era mujer, y mujer joven todavía; tenía sed de algo, quería amar y ser amada, porque los hombres sólo habían buscado mi cuerpo, mi alma estaba completamente virgen, verdad que adoraba al hombre-Dios, pero... ¡estaba siempre tan lejos de mí! y yo aún era muy débil, muy pequeña, me daban una misión superior á mi inteligencia, así es que, á lo mejor, desmayaba y caía en los más tristes desfallecimientos.

»Para recuperar mis gastadas fuerzas me acosté, y durante mi sueño, me trasladé á la prisión, asistí á la traslación de aquellas infelices, que al verse libres de sus

ligaduras se postraban ante mí, y me adoraban llamándome su salvación.

»Cuando desperté, mi júbilo era inmenso, me vestí apresuradamente con mi pobre traje, y me dirigí á la fuente, segura de encontrarle allí, mas no le encontré, solo estaban los pájaros más habladores que nunca, los unos cantaban, los otros parecía que hablaban y que me daban la bienvenida, y yo decía:—así cantarán aquellas desgraciadas cuando estén fuera de la prisión. ¡Qué hermosa es la libertad!... es decir, yo soy libre y no soy feliz; ¡vivo tan sola!... ¿por qué no vienes? ¡si sabes que te espero!, ¡si sabes que te necesito tanto!... —Bebí agua por calmar mi inquietud, y mirando el horizonte, ví una nubecilla que se fué condensando, y al condensarse se fué formando una figura, aquella figura era él!, él, que sin yo darme cuenta me lo encontré á mi lado sonriendo dulcemente; al verle, me quise postrar de hinojos, y él lo impidió diciendo:—Yo vengo á libertar á las mujeres, solo los esclavos se postran, siéntate y escucha: ¿Te has convencido una vez más de que basta querer para conseguir? mucho has hecho por las víctimas de la intolerancia y mucho más podrás hacer.

»—Pero para luchar necesito veros.

»—Ya me estás viendo.

»—Esto no basta, yo tengo una sed que con nada se sacía.

»—¡Tienes sed de infinito! sed que yo tengo desde la noche de los siglos, y apenas, apenas, si me es permitido humedecer mis labios con una gota del néctar divino que calma el ansia de las almas que quieren progresar. Cuando pasen muchos, muchos siglos, también caerán sobre tus secos labios algunas gotas del rocío divino que hace vivir.

»—¡Pero señor! ¡estoy tan sola!

»—¿Sola, y siempre oyes mi voz? ¿sola, y sabes que yo no te abandono?

»—No es bastante, no es bastante.

»—Es más de lo que mereces, ¿crees tú que el amor de las almas se asemeja á la atracción de los cuerpos? mucho se te concede, no pidas más, y no retrocedas en la senda emprendida si no quieres sufrir más de lo que has sufrido.

»—¡Ah! no, no; si todo mi afán es veros porque os amo, no como á un hombre, no; como á un Dios, dejadme seguir vuestras huellas, dejadme respirar vuestro aliento.

»—Sigues mis huellas y respiras mi aliento trabajando en mi obra de redención; no es ocasión ahora de místicos deleites,

sino de lucha, porque la persecución se acerca.

»—¡Ah! sí; quieren prenderos.

»—Por ahora no será, todo vendrá á su tiempo; pero tú no te inmutas por cuanto de extraordinario suceda, tú firme en la brecha, rescatando mujeres, y deja que me persigan, y deja que me prendan, y deja que el pueblo se revolucione y cumpla cada cual con su deber, como tú y yo lo cumpliremos. Yo te asocio á mi obra, yo te doy parte en mi empresa, pero iremos por distinto camino; en la tierra solo otra vez podrás hablar conmigo.

»—¡Señor! ¡señor! ese castigo es demasiado cruel.

»—No es castigo mujer, es el cumplimiento de una ley sabia y justa, los buenos trabajadores no están todos abriendo el mismo surco, hay que labrar mucha tierra y hay que diseminarse por distintos valles; no me verás, pero mi voz siempre llegará á tí, siempre que tú no desandes el camino andado.

»—¡Ah! no, no; eso es imposible! ¡os quiero tanto!...

»—Ya era tiempo mujer que me quisieras.

»—Os he amado desde el momento en que os ví.

»—No, me has amado desde el momento en que me has comprendido, desde el instante en que mi amor hácia la humanidad conmovió tu corazón; la ciencia ablanda las penas, pero no los corazones; la ciencia nos hace ver las estrellas, pero no las profundidades del corazón humano, sobre todos los sabios de los mundos están los niños cuando con sus brazos abiertos se enlazan al cuello de sus padres diciendo: ¡dame un beso porque te quiero mucho! y hay que trabajar para que los pueblos, á semejanza de los niños, se abracen á los libertadores, á los iniciadores de nuevas doctrinas, diciendo: — ¡dadnos el pan del alma!, ¡dadnos el agua de la salud!, dad la igualdad para no gemir en la esclavitud!

»¡Cuánto hay que trabajar!, ¡cuánto hay que sufrir! Mujer, nuestra obra, no es de un siglo, ni de dos, ni de ciento, ni de mil; no tiene plazo fijado, como no lo tiene el progreso de las almas; hoy arrojamós la semilla, y pasarán muchos, muchos siglos antes que fructifique; pero, ¿qué importa? ¿dejará por esto de ser nuestra obra benéfica? ¿dejarán sus flores de tener aroma, porque durante mucho tiempo no puedan entreabrirse sus capullos? La impaciencia es muy mala consejera, la perseverancia es la mejor amiga del hombre.

Mujer, continúa tu obra, sigue sin desmayos ni desfallecimientos, estás unida á mí por tus propósitos de redención, porque has visto la luz, porque amas al que te amó y al que te perdonó.

»Al pronunciar las últimas palabras, el hombre-Dios me estrechó en sus brazos y una lágrima suya cayó en mis labios, me pareció que me elevaba, que perdía tierra, después... después... me ví envuelta por una densa bruma, un rayo de sol la deshizo, y me encontré junto á la fuente. En aquellos instantes, me encontraba llena de vida; aquella lágrima del hombre-Dios que cayó en mis labios, me había devuelto la salud y la vida: ¡cuán dichosa me creí entonces!, y en realidad era mi dicha superior á todos los placeres que pueden soñar los terrenales; porque en la tierra cuantos goces se sueñan y se imaginan, cuantos deseos agitan al hombre, el objetivo de todos ellos es el placer material; saciedad de nutritivos alimentos, abundancia de bebidas espirituosas, festines, banquetes, orgías, unión de cuerpos mientras más bellos mejor, éstos son todos los sueños de la tierra; y lo que yo sentí, lo que yo gocé, al caer en mis labios aquella lágrima del hombre-Dios, aquella tibia gota de su llanto, no hay en el lenguaje humano palabras

que puedan expresar aquel deleite, aquel placer purísimo, en el cual no toman la menor parte las agitaciones sensuales. No; por eso cuando me ví sola, mi dolor fué inmenso, ¡aterrador!, ¡sola después de haber estado en el dintel del paraíso!, ¡sola, después de haber sentido la opresión de aquellos brazos que daban calor con su contacto!, ¡sola después de haber visto los cielos en aquellos ojos tan hermosos!... ¡ojos que no he vuelto á ver en la tierra, solo él descendió á ese mundo con aquellos dos soles que tanto brillaban!, ¡que tanto atraían!, ¡que tanto fascinaban!, que tantas y tantas dichas prometían; por eso yo le llamo el hombre-Dios, porque nadie era como él; en los viajes que he hecho en la tierra, ni antes ni después de conocerle, he visto á ningún hombre que se le asemejara; especialmente la cabeza; se puede decir que su cuerpo era del barro común, pero su cabeza era de otra substancia, de otra materia más delicada, más radiante, porque su cabellera, había momentos que parecía compuesta de hilos luminosos, su rostro dulce y melancólico, en determinados instantes, especialmente al anochecer, todo él despedía una luz suave entre blanca y azulada; por eso al sentir su aliento, y al mirarle de tan cerca, fuí tan dichosa. Mas

¡ay!, fué tan breve aquel momento!, ¡desapareció tan pronto!, fué una transición tan violenta la que experimenté, que mi pobre organismo sintió la sacudida, y me quedé sin movimiento; me quise levantar y caí, probé nuevamente y me convencí de que había gastado todas mis fuerzas, todas, y ante la realidad de mi impotencia me desesperé, mas pronto el llanto afluyó á mis ojos y me tranquilicé algún tanto, quedándome aletargada; cuando desperté, me levanté ágil y fuerte, sintiendo sobresalto al ver que había perdido un tiempo precioso, porque el horizonte cubierto de nubes rojizas anunciaba la proximidad de la noche;irme á la Granja no podía ser, pues ya sabía que no tenía allí cabida, y el regresar á la ciudad era casi imposible antes de la noche, porque me separaba de ella una gran distancia; pero no había tiempo que perder, era necesario llegar antes que cerraran las puertas y eché á andar precipitadamente; anduve largo rato y tan abismada iba en mis pensamientos, que no advertí que había equivocado el camino hasta que tropecé con un árbol gigantesco; entonces miré en torno mío y desconocí por completo el sitio donde me hallaba; las sombras de la noche se habían enseñoreado de una parte de la

tierra, solo el fulgor de las estrellas me dejaba ver que estaba á la entrada de un bosque; ¡me había perdido!... no sabía dónde estaba; por todas partes encontraba árboles, aquello era un laberinto formado por la naturaleza; temblé de espanto porque llegaban hasta mí sordos rumores, formados por los graznidos de las aves de rapiña, por los rugidos de las fieras, por mil zumbidos extraños que yo no podía clasificar, pero que todo formaba un conjunto aterrador, y con las sombras todo se agiganta, todo es monstruoso. ¿Qué hacer? ¿qué partido tomar?, ¿qué ruta seguir? ¡ninguna! porque desconocía el terreno; pero como la inacción no ha sido nunca mi consejera, comencé á andar, pero el terreno era pedregoso, mis pies sentían agudos dolores, porque á cada instante quedaban prisioneros entre dos piedras punzantes, y al salir de las piedras, mi túnica quedaba prendida entre zarzas espinosas; espinas por todas partes, porque extendía mis brazos, y mis manos también tocaban troncos espinosos. ¡Qué situación tan horrible, Dios mío! no podía ni dejarme caer, porque hubiera caído en un lecho de espinas; entonces, desesperada, loca, grité:—Tú que dices que nunca me dejas, ¿por qué me abandonas? eres cruel para conmi-

go; ¿por qué me llevastes á las puertas del paraíso, si me habías de dejar caer en este infierno?... ya no puedo más, ¡misericordia Señor! ¡misericordia!

»Al terminar mi súplica, sentí que las ramas de los árboles se agitaron violentamente, rompiéndose muchas de ellas, y una voz cavernosa dijo con ira reconcentrada: — Buena caza es la de los espías, y un brazo de hierro sentí que rodeó mi cuello; después me levantaron y con la rapidez del rayo, sintiendo en mi rostro un aliento de fuego, me encontré en el fondo de una caverna donde varios hombres avivaban el fuego de una hoguera. Al verme todos dijeron al que me llevaba:

»—¿Qué traes, Arael? ⁽¹⁾

»—Una espía.

»—Al fuego con ella, al fuego.

»—No, antes que hable, dijo el que parecía jefe; y entonces me ataron á un poste, diciendo:—Confiesa y después veremos.

»Pedí clemencia porque las ligaduras se me clavaban en las carnes y el mismo jefe me desató, escuchando atentamente mi confesión. Se lo conté todo, todo, y al hablarle del hombre-Dios, Arael se acercó más á mí, y con acento más humano, me preguntó:

»—¿Tú también le amas?

»—¡Qué si le amo! ¡él es mi Dios!, ¡mi vida!, ¡mi amor!... por él me sacrificaré eternamente.

»—Como yo y los míos, dijo Arael; por él velamos, por él sufrimos, por él destruiremos sin piedad á todos los enemigos; muy cerca has estado de la muerte, pero ya eres sagrada para nosotros; no te salva el documento que llevas del gobernador, te salva tu amor á EL. Esta noche dormirás aquí, al amanecer, con los ojos vendados, saldrás de este lugar y te dejarán en el camino de la gran ciudad. Tú y yo nos volveremos á ver, que tendremos quizá que luchar juntos.»





X

AL amanecer, me hicieron levantar, me vendaron los ojos y levantándome en el aire como si llevaran á un niño, en breves momentos llegamos al camino real, me quitaron la venda y me dejaron sola, quise ver á mis acompañantes, pero éstos habían desaparecido con la mayor rapidez. Miré mi pobre túnica y me avergoncé; toda estaba desgarrada, mis pies ensangrentados, mis cabellos en completo desórden. ¿Cómo entrar en la ciudad de aquel modo? Mas como no tenía otro remedio, apresuré el paso cuanto pude y llegué al punto de mi descanso dominada por la fiebre.

»Inmediatamente me acosté y estuve muchos días enferma, lo que me contrarió extraordinariamente, porque en mi aposento no hacía más que sufrir sin ser útil á nadie. Al fin me levanté y pedí ver al

gobernador; éste me recibió con sequedad, diciéndome: — ¿Qué tienes? estás desconocida, has vuelto á caer?

»—No, no; mi cuerpo ya está muerto, mi alma es la que vive, mi alma es la que necesita besos, sí, besos; las almas también se besan, las almas tienen perfumes que no logran destruir los vicios de la tierra. Mi alma está sedienta de amor, de amor sin deleites sensuales, y la soledad en que vivo es horrible.

»—Pero... ¿y tu pasado, mujer? ¿y tu pasado?... ¡hace tan poco tiempo que eras una perdida!... ¡quién no recuerda tu desenfreno!... ¡tus locuras!... ¡tu sed de placeres!... Cierto que no pareces la misma, que hay en tí algo que conmueve, que emociona dulcemente, por eso te he concedido albergue, por eso no quiero que vivas á merced de nadie, pero... no pidas más de lo que tienes; ¡has caído tantas veces!

»—Es verdad, pero mi alma dormía, rodaba por la pendiente del vicio, sin gozar del placer de la caída; y al despertar, si fuera posible, yo quisiera vivir sin este cuerpo que me avergüenza contemplarle, me odio á mí misma; esta carne me inspira la repulsión y el asco de un cadáver en putrefacción.

»—¡Ah! eso no; ¡eres tan hermosa! apesar que estás marchita, que tus ojos han perdido su brillo; ¡eres tan bella!... que sin querer pasar contigo noches de placer, me es grato contemplarte y aun quererte, pero... eres mi tentación, me has hecho cometer muchas imprudencias y no puedo, no debo tener intimidades contigo.

»—Acaso ¿os he inclinado al crimen?

»—Según se mire, sí; ahora vete y cúdate, que estás muy enferma.

»En realidad lo estaba; había en el ambiente algo que me hablaba y me contaba muchas historias tristes, muchas; de noche, durante mi sueño, veía muchedumbres amotinadas que gritaban pidiendo libertades y derechos; durante el día, observaba movimiento en el palacio del gobernador; una tarde le ví salir rodeado de altos funcionarios y de muchos soldados; los seguí, y ví que penetraron en el templo, donde permanecieron hasta el anochecer, no eran aquellas las horas de rendir culto á los dioses; esperé que salieran y los ví salir graves y silenciosos; al llegar al palacio se detuvo el gobernador con otros dos jefes, y oí que les decía:—Ante todo, y por encima de todo, hay que defender á nuestros dioses, formemos sus altares con las cabezas de sus enemigos.

»Aquellas palabras me llenaron de espanto, y loca, fuera de mí, pedí ver al gobernador; al verle le dije:—¿Qué pasa? ¿qué ocurre? os he visto salir y entrar en el templo, ¿se caen vuestros ídolos?

»—No; porque los sabremos sostener, y á propósito, desde hoy en adelante, todos los días nos veremos, cambiarás de aposento, estarás más cerca de mí, tú has dicho que obedecerás mis órdenes, pues prepárate á obedecerlas, el movimiento popular aumenta, ese hombre lleva tras sí á los pueblos, tras él se irían los dioses, y hay que evitar la caída de lo existente.

»Mi carácter aventurero no se conformaba con estar en estado de reposo, pero al pensar que EL peligraba, hubiese querido la quietud absoluta; me acosté muy triste presagiando días de luto, durante mi sueño ví al hombre-Dios más hermoso que nunca, que mirándome dulcemente, me dijo:—No olvides lo que te he dicho, me encontrarán cuando yo quiera que me encuentren, me prenderán cuando yo quiera que me prendan, y harán uso de su poder los hombres cuando llegue la hora de sellar con mi sangre mi testamento. Una es nuestra obra, trabaja en ella, no desmayes un solo minuto, que si retrocedieras, tu dolor sería espantoso, tu expiación terri-

ble, porque al que mucho se le da, se le exige mucho, y á tí se te ha dado ciento por uno, has pedido besos para tu alma, y besos has recibido, más que besos ha caído sobre tus labios una lágrima de aquel que tú vendiste y que te perdonó, de aquel que te quiso elevar por la ciencia, y hoy te purifica con su amor.

»Al despertar me encontré llena de vida, con el cuerpo tan ligero, como si no estuviera compuesto de carne y huesos, me levanté alegre, satisfecha, brillaba el sol, y salí fuera de la ciudad para pensar mejor. Los alrededores de la populosa capital eran muy pintorescos; había jardines encantadores hechos por la mano del hombre, y había bosques inmensos y dilatadas llanuras donde solo la naturaleza había trabajado. Cruzando una de aquellas llanuras, ví á un hombre que me miraba fijamente; ambos acertamos la distancia y reconocí al que me arrancó de aquel lecho de espinas, al fuerte Arael, que era un hombre de formas atléticas, de mirada de fuego, y de semblante adusto; al verme se dulcificó un poco su semblante y me dijo:

»—¿Qué buscas por estas soledades?

ella »—Aire y luz.

»—¿Nada más?

ella »—Es cuanto yo necesito, por ahora.

»—¿Qué sabes?

Elle »—Que se conspira.

»—Eso lo sé yo también.

Elle »—¿Le habeis visto?

»—Sí; ¿y tú?

»—Anoche en sueños.

»—¿Y qué te dijo?

»—Lo de siempre: que le encontrarán cuando él quiera que lo encuentren, que lo prenderán cuando él quiera que lo prendan, y que harán uso de su poder los hombres, cuando llegue la hora de sellar con su sangre su testamento.

»Esas son sus palabras, á mí también me las ha repetido muchas veces; yo le ví nacer, y desde pequeñito me decía:—Arael, yo vengo á redimir á los cautivos, mi sangre será la savia generosa que después de muchos siglos fertilizará la tierra, y las humanidades serán libres practicando mi ley; mis palabras ahora no las entenderán, mis actos no podrán ser comprendidos, mi sangre parecerá que resbala sobre piedra lisa, pero mis palabras resonarán más tarde, mis actos serán sometidos al análisis científico, mi sangre abonará la tierra, y en terrenos fértiles se agruparán los pueblos redimidos bendiciendo mi nombre.

»—¡Ah! ¡qué hermosas palabras!

»—Más hermosos son sus hechos, atiende; yo te daré aviso siempre que necesitemos vernos, que desde hoy será con mucha frecuencia, no faltes nunca á las citas, porque tenemos que unirnos para luchar por EL; y mirándome casi con ternura se separó Arael, dejándome dentro de la ciudad.

»Al verme sola en mi aposento, sentí alegría y tristeza á la vez; ¡con qué familiaridad me trataban los hombres! aunque ya no quisieran mi cuerpo, todos me hablaban en son de mando; era una hoja seca que todos tenían derecho para lanzarla de un punto á otro, pero... no debía quejarme, mi protector tenía razón, aún vivían los hombres que habían sido testigos de mis locuras, gracias que no tuviera necesidad de acercarme á ninguno.

»Cuando más me abismaba en mis amargas reflexiones, recibí orden de trasladarme á otro aposento mucho mejor que el que ocupaba: allí estaba el gobernador, que sonriendo con tristeza me dijo:—Los momentos se acercan; tu hombre-Dios se atreve á tocar los altares de los dioses, dico que no hay más que un Dios; y todos los problemas sociales han costado á los pueblos ríos de sangre.»



XI

EN mi nueva habitación estaba más contenta, pero... la tristeza me consumía, tanto es así, que me quedaba muchas veces como aletargada y duraba el letargo días y días; aquel sueño me reanimaba y además todo aquel tiempo que pasaba durmiendo, dejaba de pensar en mi impotencia, que era mucha, porque comprendía que después de haber arrebatado á unas cuantas víctimas del encierro en que gemían, ya no era posible visitar de nuevo aquellos lupanares porque estaba expuesta á dos peligros: á morir, ó á verme obligada á ofrecer mi cuerpo á los libertinos, y esto último me horrorizaba, no quería de ninguna manera descender de nuevo al abismo del vicio; la virgen más casta no podrá sentir mayor repulsión que la que yo sentía pensando en mi pasado. Sabía que tampoco podía hacer nada útil por las pri-

sioneras, pues un paso imprudente de mi parte me hubiera malquistado con el gobernador que al fin era mi providencia en la tierra, pues gracias á él, tenía albergue y alimento, no tenía que rodar por la ciudad, no tenía que sufrir los desprecios de los unos, ni los desdenes de los otros; mi nombre casi lo habían olvidado los libertinos. Cuando salía, como mi traje era tan modesto y tan humilde, pasaba completamente desapercibida; ¿qué mayor placer podía yo esperar? ¡no ser vista!, ¡no ser conocida!... no ver la sonrisa burlona y despreciativa de las mujeres honradas y el gesto desdeñoso de los hombres, era un bien inmenso para mí, pero como nunca el alma está satisfecha, no lo estaba la mía, ¡vivía tan sola!... tan aislada si estaba enferma, no veía á nadie junto á mi lecho; es verdad que el gobernador me había ordenado que diariamente me presentara á él, pero no le obedecía por no cambiarme de traje, todo trabajo me era enojoso. Un día me levanté tan aburrida de mí misma que salí de mi aposento buscando alguna distracción y recorrí todas las dependencias del palacio-fortaleza que habitaba el gobernador, que era inmenso, rodeado de jardines, de bosques, de innumerables casitas para los jardineros, de moradas suntuo-

sas para las oficinas y habitación de altos empleados, y todo esto guardado por altas murallas.

»Conseguí distraerme recorriendo tantos salones maravillosamente amueblados, con un lujo deslumbrador; visité un salón en cuyo fondo se levantaba un trono donde los artistas habían empleado todo su ingenio para combinar piedras preciosas y metales riquísimos, jaspes y púrpura y cuanto bello y admirable encierra ese mundo. ¡Cuánta riqueza! ¡cuánto arte!... ¡qué hermoso era todo aquello que me rodeaba!... y no solo aquel salón anchurosísimo, sino los demás salones adornados de magníficos tapices, de jarrones artísticos, de flores maravillosas, de fuentesillas de las cuales manaban aguas perfumadas por las más delicadas esencias. Al ver tanta riqueza, mi pensamiento voló y retrocedí hasta llegar á una aldea miserable compuesta de casuchas de tierra y chozas de paja; en una de estas últimas, ví á mis padres y á mis hermanos medio desnudos, y entre ellos me ví muy pequeñita; después, seguí mis propios pasos cuando me encaminé con otros chicuelos dirigiéndome al pueblo cercano; allí contemple el grupo de vagabundos que se apoderó de mí, y explotó mi niñez y mi inocencia, enseñándome á mentir, á enga-

ñar, á hurtar de mil modos; ví á aquel hombre odioso que á viva fuerza manchó mi frente con sus lascivos besos, y me estrechó en sus brazos convirtiendo á la niña en desenvuelta ramera; me ví pobre, hambrienta, cubierta de harapos, después... jóven, hermosa, envuelta con sedas y encajes, y luego... luego en un lecho miserable con el cuerpo ulcerado por la más repugnante enfermedad. ¡Cuántos horrores!... ¡cuánta miseria para el cuerpo y cuánta miseria para el alma!... ¡qué contraste formaba mi vida con aquellas estancias suntuosas donde sobraban las superfluidades del lujo! ¿qué era yo en aquellos salones? una partícula de polvo que venía á posarse sobre uno de sus divanes. Salí de allí triste, muy triste, y acusé á Dios de injusto, lo confieso; seguí andando, y ví entre bosques de rosas y palmeras cargadas de fruto, una série de pabellones que parecían nidos de hadas con unas torrecillas de marfil caladas que parecían formadas por finísimos encajes, y guardando aquella mansión encantadora, había varios soldados que me dijeron con sequedad:—Aquí no se puede entrar porque aquí habita la familia del gobernador.—Entonces, miré con más afán aquel paraíso murmurando:—Este es el templo donde mi protector

tiene sus verdaderos ídolos, ¡su familia!... ¡su familia!... la mujer que lleva su nombre no ha rodado como yo por el mundo, ¡qué dichosas son las mujeres honradas!... pero, ¡Dios mío!, cuando yo me perdí no sabía la profundidad del abismo donde me arrojaron; y febril, contrariada, cansada de todo me dirigí á mi aposento, que entonces lo encontré pobre y mezquino; en él me esperaba el gobernador, que al verme me cogió las manos diciéndome con dulzura:

»—¿Qué haces? no se te ve por ninguna parte, de eso estoy contento, veo que me obedeces, más no en todo, porque te tengo dicho que quiero verte diariamente y no te veo; además, estás muy desmejorada, no pareces la misma, ¿has estado enferma?

»—Sí; de cuerpo y de alma, la vida se me hace insoportable ¡vivo tan sola!, no puedo ir á rescatar esclavas, porque mis enemigos me inutilizarían; no puedo visitar las prisioneras temiendo molestaros; no puedo tener ninguna amiga, porque una mujer honrada no querrá intimar conmigo; no puedo ir á visitar á mis compañeras rescatadas, porque allí no me quieren; no puedo seguir las huellas del hombre-Dios, porque éste me dice:—Yo quiero trabajadores en mi obra, no quiero adoradores de

mi figura; no tengo más que á vos, y vuestro afecto es tan frío...

»—¡Pobre mujer! te quejas con razón, tu vida es muy triste, no es para tí la inacción en que vives; mereces que yo me ocupe más de tí, de lo que hasta ahora me he ocupado, yo te prometo dulcificar tus horas y va á ser desde ahora mismo. Cambiate de traje, no te pongas galas, no ostentes más lujo que la blancura de tu modesta túnica, prepárate á recibir muchas y variadas impresiones; no tiembles ni te intimides por nada, porque eres mi protegida, y más aún, eres mi aliada; me necesitas y te necesito; para mí ha muerto la mujer perdida y ha renacido una mujer sin historia; vístete que te espero.

»En breves momentos me cambié de traje y el gobernador al verme se sonrió con ternura y murmuró con tristeza:—Tú siempre serás mi tentación.

»Salimos, y cual no sería mi asombro cuando ví que se detuvo delante de los pabellones de las torrecillas de marfil.

»—¿Aquí vamos á entrar?—le pregunté con espanto.

»—Sí, aquí; es la hora de la comida y desde hoy comerás en mi mesa.

»—¡Ah! señor, ¡eso es imposible! ¿qué dirá vuestra familia?

»—No te preocupes por eso; tú resiste con valor el primer empuje, lo demás, ya correrá de mi cuenta.

»Entramos, y los cielos de las religiones no son tan hermosos como aquella morada: ¡cuántas flores!... ¡cuántos perfumes! ¡cuántos pajarillos entre redes de seda y oro!... Damas, niños, jóvenes y apuestos donceles rodeaban una gran mesa cubierta de manjares. Al entrar el gobernador, todos como movidos por un resorte se levantaron y rodearon á una mujer muy hermosa, á la cual se dirigió el gobernador llevándome de la mano; yo miraba sin ver, he dicho mal, solo veía á aquella mujer, que parecía la diosa de la ira; tanto revelaba su mirada, ¡qué ojos aquellos!, ardía en ellos todo el fuego de los infiernos; quedé aterrada, sentí que me flaqueaban las rodillas, cerré los ojos porque parecía que hierros candentes se me hundían en ellos, pero al mismo tiempo sentí que el gobernador me apretaba la mano con fuerza inusitada, y haciendo un esfuerzo supremo me mantuve de pie; él dirigiéndose á su esposa le dijo con firmeza:

»—Azara, te presento á una mujer, á la cual he tomado bajo mi protección, por serme muy útil su trato y su confianza; podrá servirme de mucho en época de re-

volución, te la recomiendo, y espero que á tí su trato también te será útil.

»Nadie contestó á las palabras del gobernador; su esposa nos miró con toda la rabia, con todo el despecho de una mujer celosa, y él, como si nada comprendiera, me hizo sentar á la mesa á su izquierda, mientras su esposa se sentaba á su derecha. ¡Cuántos manjares!, ¡cuántos dulces!, ¡cuántas maravillas!; yo no podía comer al principio, me ahogaba, pero después pensando en el hombre-Dios le pedí auxilio, aliento, energía, y súbitamente sentí en mi rostro una ráfaga de su aliento, el nudo que tenía en la garganta se deshizo y me alimenté porque desfallecía de angustia; terminó la comida y pasamos á otro salón donde esclavas hermosísimas servían dulces, bebidas y pastas maravillosas que alegraban el ánimo. Yo rehusé todas aquellas superfluidades de la gula. Azara, en tanto no cesaba de mirarme, se sentó cerca de mí, y su conversación con otras personas fué para zaherirme despiadadamente; yo sufrí en silencio aquellas horas de martirio, hasta que el gobernador dió orden á uno de sus empleados de que me acompañara hasta dejarme en mi aposento, y que diariamente fuera en mi busca para que asistiera á su comida de familia.

Cuantos escucharon sus palabras enmudecieron; yo saludé á todos con una leve inclinación y Azara, agitada y temblando de ira me dijo con amarga ironía: — Entonces... hasta mañana.

»Cuando salí de aquel nido de hadas, miré las torrecillas de marfil iluminadas por los destellos de la luna, y dije entre mí:—Nunca creí que en el cielo existieran los tormentos del infierno; en esa mansión hay muchas flores, pero creo que es mayor la cantidad de espinas, ¡qué mal se está ahí dentro!, yo no vuelvo, no; no volveré, suceda lo que suceda, aunque lo pierda todo; las miradas de Azara son irresistibles para mí, todo el desprecio que sienten las mujeres honradas hácia las ramera, lo he visto en sus ojos, ¡cuánto daño me han hecho sus miradas!

»Cuando me ví en mi aposento respiré, me acosté en seguida, y durante mi sueño ví al hombre-Dios más hermoso que nunca; me miró con dulzura y apoyando su diestra en mi frente, me dijo con tristeza:

»—Mujer de poca fé, qué pronto olvidas mis consejos: ¿no sabes que sin lucha no hay victoria? yo he sido el que ha inspirado á tu protector para que te presentara á su familia; y aquella mujer cuyas miradas te han hecho tanto daño, necesita de tí y

de mí, es un alma que se muere de pena, y necesita consuelo, es una enferma que necesita del médico y su médico serás tú.

»—Pero, señor, ¡si me odia!, si hay en sus ojos todas las amenazas, todas las injurias, todo el furor de los celos.

»—Pues ten de ella compasión, que una mujer celosa es una loca sin cura.

»—No puedo, señor, no puedo.

»—Podrás, porque lo quiero yo, porque lo quiere la ley del amor universal, ten fé en mis palabras y te responderán los hechos. ¿No dices que me amas? pues el que ama cree.

»—¿Que si os amo, señor? si os quiero sobre todas las cosas de la tierra, si quisiera poseer todas las virtudes para ser digna de acompañaros en vuestra peregrinación por el mundo, si no quisiera separarme de vos. ¡Ay!, ¡quién fuera buena!

»—Lo serás, mujer, lo serás, porque quieres serlo; mas no creas que por ser la misma virtud yo consentiría que recorriéramos juntos el mismo camino, cada cual debe llevar su arado por distinto sendero; los trabajadores deben reunirse para cambiar impresiones y tomar aliento, y después cada cual á su faena, que la buena predicación y el buen ejemplo, deben ser como la lluvia que cae en todas partes; de-

ben ser como los rayos del sol que en la cumbre de la montaña y en la hondonada del valle, esparcen su calor y dan la vida á los bosques y á los sembrados. Vuelve al punto donde está la mujer de los ojos de fuego, que tras de aquel fuego hay muchas lágrimas.

»Cuando desperté, recordé confusamente las palabras del hombre-Dios; y me encontré fuerte y animosa, tanto, que salí al campo, y á los pocos pasos me encontré á Arael, que me dijo:—Te esperaba, cuéntame cuanto sepas.

»Le conté todo lo ocurrido y mi sueño con el hombre-Dios, y Arael me dijo:

»—Esas son sus palabras, él no quiere adoradores, él quiere trabajadores, obedece su mandato.

»—Sí, yo le obedeceré, y vos que le veis, decidle que le adoro con toda mi alma, que necesito verle, pero no en sueños.

»—Es inútil cuánto dices, pues nada le diré.

»—Por qué?

»—Porque cuando le hablo, él me dice: No prosigas, lo sé todo, sé los que me quieren y los que me aborrecen, los que darían su vida por mí y los que gozan pensando en mi muerte; sigue sus mandatos

y no me ocultes cuanto te suceda; acude á mi llamamiento siempre que yo te avise, que la hora se acerca de la persecución para el justo.

»Me separé de Arael y volví al palacio, y maquinalmente me dirigí á los pabellones de las torrecillas de marfil; entré sin saber lo que hacía, y antes de darme cuenta de por qué había entrado, Azara salió á mi encuentro diciéndome:—Has hecho bien en venir, tenemos que hablar las dos.

»Entramos en una habitación preciosa; ella se sentó en un diván y á mí me señaló un almohadón á sus piés; yo me dejé caer de rodillas y mirando sus ojos que arrojaban llamas, le dije temblando:

»—¡Por Dios! ¡por Dios! no me mireis así!

»—¿Y crees tú que yo puedo mirar de otro modo á las mujeres perdidas que mi marido me obliga á recibir en mi morada? ¿No sabes que yo le amo, y que me muero de celos?... Anoche te miraba y algo se calmó mi enojo porque ví que no vales nada, eres una rosa seca.

»—¡Ah!, sí, teneis razón, mi cuerpo ya no tiene atractivos y de ello estoy contentísima.

»—¡Sí!... ¿es cierto lo que dices?

»—Escuchadme y os convencereis de la

verdad; y entonces le conté toda mi vida, toda; mi amor al hombre-Dios, mis deseos, mis sueños, mis esperanzas. Conforme yo hablaba, la mirada de Azara iba perdiendo su fuego, y al terminar mi relación, hubiera llorado conmigo, si una de sus esclavas no hubiese llegado diciendo: —¡El niño, el niño se muere!

»Azara se levantó como una loca y salió corriendo y yo tras de ella; llegamos á un aposento donde había un niño de pocos años revolcándose en el suelo por horribles convulsiones. —¡Este también!... —gritó Azara: —¡este también!...—y volviéndose á mí me dijo:—Todos mis hijos se mueren así, todos, todos!... A sus gritos acudieron toda la servidumbre del palacio, individuos de la familia, esclavas, médicos, el gobernador; era una confusión indescriptible; los médicos transportaron al niño á su lecho, quisieron que tomara algunas medicinas, pero el niño tenía los dientes tan juntos, que no hubo fuerza humana que separara aquellos dos hilos de diminutas perlas; entonces los médicos dijeron con desaliento:—Este niño está dominado por espíritus malignos, la ciencia es impotente para alejar las influencias de los hijos de la sombras; vengan los sacerdotes y en nombre de los dioses quizá consigan lo

que la ciencia no puede conseguir. Azara al oír tal razonamiento, dijo con acento iracundo: — Corred, volad, traedme á los sacerdotes, á los inspirados, mas yo reniego de los dioses que dejan atormentar á un inocente. ¡Mi hijo! el hijo de mi alma, ¡que es tan bueno! tan bueno, que no puede ver llorar á un esclavo... esto es para volverse loca...

»Vinieron los sacerdotes con sus blancas túnicas, rodearon el lecho del enfermo, quemaron mirra y otras sustancias y nubes aromáticas llenaron de humo la habitación, elevaron plegarias, imprecaron á los espíritus malignos, les mandaron dejar el cuerpo del paciente, y el pobre niño gritaba como un endemoniado y decía:—¡Que me matan!... ¡que me azotan!... ¡que me arrastran!... ¡madre!, ¡madre mía!, ¡sálvame!... Azara, frenética, estrechó á su hijo contra su corazón y exclamó:—¡Fuera!, ¡fuera todo el mundo!

»Todos obedecieron y solo quedamos en la habitación Azara, el niño colocado en su lecho, su padre y yo; Azara y su esposo cayeron en brazos el uno del otro diciendo:—¡Qué desgraciados somos!... Al verlos, sentí una conmoción extraordinaria, oí la voz del hombre-Dios que me decía:—Obra en mi nombre; ¡sálvale!, ¡sálvale! Yo en-

tonces les dije:—Escuchadme: ¿quereis que yo pruebe á ver si le salvo?... ¡Tú!... dijo él con asombro, ¡tú! replicó ella con inmensa alegría, sí, sí; haz lo que quieras, devuélvame á mi hijo y yo te querré sobre todas las cosas de la tierra.

»—¿Qué le darás? preguntó él con temor.—Nada, dejadme obrar; los dos me abrieron pasó, me acerqué al niño que gemía débilmente y pensando en el hombre-Dios y oyendo su voz potente, puse mi diestra sobre la frente del niño y le dije:—¡Duerme! duermes con el tranquilo sueño de tu inocencia, duermes y al despertar quiero que estés libre de todo sufrimiento, quiero que no te acuerdes, ni en sueños, de los que ahora te atormentan, duermes y despierta sano para ser la alegría de tu madre, duermes ¡yo lo quiero! y extendiendo mis manos sobre el niño, fuí tocando ligeramente su cuerpecito hasta las puntas de sus pies; entonces el niño respiró libremente, se sonrió como sonríen los ángeles, y, abriendo los brazos murmuró dulcemente:—¡Madre mía!

»La madre, temblorosa, sin saber lo qué le pasaba, no se atrevió á tocar al niño; comprendió que algo muy grande operaba entre nosotros; yo, dominada por una fuerza extraña y una convicción en mí desco-

nocida, dije:—Azara, tu hijo está salvado; El, El, solo El ha podido salvarle.

»El niño se volvió para dormir mejor; sus padres escucharon anhelantes su respiración dulce y tranquila, su rostro lívido se coloreó, sus labios se entreabrieron y sonriendo murmuró:—¡Madre mía! y entonces Azara se lanzó á mis brazos y de aquellos ojos de fuego brotó un raudal de llanto, diciendo con voz balbuciente:—Si tú me devuelves mi hijo, yo juro quererte *sobre todas las cosas de la tierra*.

»Las dos mezclamos nuestras lágrimas, mientras el padre, contemplando al niño, decía conmovido y gozoso:—¡Hijo mío!, ¡hijo mío! quien te vuelve á mis brazos no lo sé, algo misterioso me rodea, algo invisible me ha devuelto la vida. ¡Fuerza desconocida!, ¡amor inmaterial!, ¡Ser que divino!, yo te adoro sobre todos los dioses, que un solo Dios es el que debemos adorar en la tierra; y postrándose ante el niño dormido, el padre elevó su ferviente plegaria, en tanto que Azara y yo, estrechamente enlazadas, llorábamos silenciosamente, y una voz resonaba en mis oídos que repetía:—*Ten fé en mis palabras y te responderán los hechos*. Y en realidad, más pronto no podían responder; pocas horas antes Azara me hubiera dado muerte por su mano, y

ante la idea de salvar á su hijo, me estrechó contra su corazón y sus lágrimas cayeron como rocío bendito sobre mi rostro; al fin se serenó algún tanto y se sentó junto al lecho de su hijo para velar su tranquilo sueño; yo, entonces, al encontrarme sin el sostén de ella, sentí súbitamente una angustia indefinible, miré al niño y me pareció que palidecía y que su cuerpecito se agitaba, y temblando ante la idea que le volviera la convulsión, pedí permiso para retirarme, porque me encontraba fatigadísima; me lo concedieron, diciéndome Azara con el mayor cariño:—Sí, sí, descansa mientras yo velo su sueño; si algo sucediera te llamaré enseguida.

»Salí de la estancia y como si tuviera alas salvé el gran trecho que me separaba de mi aposento, corriendo con una rapidez asombrosa; cuando me ví en el punto donde nadie podía verme, caí sobre mi lecho llorando amargamente; me parecía una pesadilla horrible todo lo sucedido, más ¡ay! era verdad, yo me había atrevido á poner mi diestra sobre el niño enfermo, les había dicho que El, que solo El había podido salvarle; ¡y si todo era alucinación de mis sentidos!... ¿y si el niño al despertar se quejaba nuevamente?... ¡Ay! ¡qué angustia tan horrible! yo debía huir, bus-

carle á El y decirle la torpeza que había cometido. ¿Quién era yo para servir de intermediaria á su potente voluntad?... es verdad que mi intención había sido buena, muy buena, pero ¡ay! si los había engañado, si aquellos padres volvían á ver á su hijo retorciéndose como una serpiente hambrienta, todas las torturas, todos los martirios les parecerían poco para castigarme; lo mejor era irme, sí, sí; yo allí estaba muy mal, yo allí me ahogaba; es verdad que no sabía dónde refugiarme, porque en la Granja no me querían, y en la ciudad todos me conocían, y las gentes honradas me negarían el pan y la sal de la hospitalidad y hasta los medios de trabajar, y en los lupanares no quería volver á entrar; pero buscaría á Arael, le diría lo que había hecho á ver qué me aconsejaba; y siempre pensando en lo mismo pasé algunas horas espantosas, hasta que me decidí, y levantándome apresuradamente me dispuse á salir, cuando ví entrar al gobernador; al verle creí que venía á decirme que el niño había empeorado, y me postré á sus plantas y cogí sus manos pidiéndole misericordia. El me miró asombrado, me hizo sentar, y me dijo con dulzura:

»—¿Pero qué tienes? ¿qué te pasa?

»—El niño...

»—El niño duerme tranquilamente, y su madre le contempla extasiada porque es el último que nos queda.

»—¡Ay! señor, ¡no sabeis cuánto he sufrido!

»—¿Por qué?

»—Porque yo decía: ¿si me habré alucinado? ¿si no sería su voz la que escuché? ¿si habré mentido sin querer mentir?... ¿si los habré engañado en lo más grande, en lo más sagrado para ellos: en la curación de su hijo?... ¡cuánto he sufrido, señor! ¡cuánto he sufrido!

»—Desecha tus temores; tengo la íntima convicción de que has salvado á mi hijo, y vengo á verte porque necesito decirte, que si ayer busqué en tí noches de placer, hoy eres para mí la mujer más sagrada, mi hija más querida; veo en tí todas las sublimidades de la virtud, te adoro como á un ser sobrenatural, y no solo te quiero á tí, sino que lo quiero á EL, á El, al hombre-Dios, al que deseo ver, al que deseo hablar, al que tú irás á buscar en cuanto veamos que mi hijo no necesita de tí. Ahora ven conmigo, necesitamos todos tomar algún alimento y Azara nos espera.

»Sin poderlo remediar al pensar en Azara, yo temblaba como la hoja en el árbol, y pensaba: por mucho que me agra-

dezca la vida de su hijo, quizá en el fondo de su pensamiento, en lo más recóndito, allá... allá muy lejos, donde ella no se atreva á mirar, estará latente su odio hácia mí, envidiando mi poder en la curación de su hijo; el odio es un fuego que cuesta apagarlo, el agua de la gratitud no siempre es bastante, pero... cumpliré con mi deber.

»Llegamos junto al lecho del niño, y éste dormía algo intranquilo; entonces, le miré fijamente y el enfermo abrió los ojos, se incorporó y abrazó á su madre con la mayor ternura; después se volvió hácia mí, diciendo:—Me siento muy bien tu medicina, ya estoy bueno; y se dejó caer dulcemente en los almohadones, cerrando los ojos; entonces, sintiendo de nuevo la influencia de EL, le dije:—No quiero que duermas, quiero que te alimentes, quiero que te levantes. ¿No dices que estás bueno?—Sí que lo estoy, dijo el niño alegrementé, y saltó de su lecho, y abrazando á su madre, corrió velozmente delante de nosotros dirigiéndose al comedor; Azara me cogió por el talle, y dijo gravemente:—Lo veo y no lo creo, te debo mi hijo, sí; mi hijo está curado, te creí una mujer perdida, pero no lo eres, no; hasta el cieno no puede llegar lo que á tí ha llegado; tan

grande como fué mi odio, será mi cariño para tí, y estrechándome contra su corazón, me besó en la frente y aquel beso me tranquilizó.

»Durante la comida, el niño habló y rió alegremente y toda la familia y la servidumbre, que antes me miraban con el mayor desprecio, aquella noche trataban de acercarse á mí y tocaban con disimulo los pliegues de mi túnica; ¡qué diferencia!

»Terminada la comida, el gobernador insistió en su ruego de que sin demora buscara al hombre-Dios; le prometí salir al día siguiente, y me retiré á descansar; pero, durante aquella noche sueños horribles me atormentaron, ví multitudes bañadas de sangre, oí himnos de gloria y pregones de muerte, ví á los sacerdotes ofreciendo víctimas á sus dioses y muchedumbres que gritaban:—¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!...

»¡Qué movimiento!, ¡qué tumulto!, ¡qué perturbación!, yo corría preguntando á unos y á otros:—¿Dónde está EL?—y todos me decían:—¡allá!, ¡aquí!... ¡en todas partes!; eso no es posible,—decía yo,—y corriendo y preguntando pasé la noche y me desperté tan rendida, que no me encontré con valor para salir, no podía mo-

verme; pasé el día triste, muy triste, muy abatida; el gobernador vino á verme, extrañando mucho encontrarme en mi aposento, repitiéndome: —Yo te lo ruego, reanímame, concédeme lo que te pido, dile que quiero verlo, que soy inmensamente desgraciado, que busco los placeres terrenales y solo me producen hastío; que en mi hogar, efecto de mis vicios, no me aman; que he visto morir á todos mis hijos y solo me queda uno, que entre EL y tú habeis salvado; que los dioses ya no me inspiran confianza, que á los sacerdotes los considero tan imperfectos como yo, y que necesito creer en un solo Dios; dile que mi alma necesita de EL.

»Aquella noche dormí tranquilamente y á la mañana siguiente salí fuerte y animosa, recorrí los alrededores de la ciudad, y noté mucho movimiento, grupos de hombres, corrillos de mujeres, enjambres de niños, todos hablaban de EL; del *hombre* que curaba, del *Profeta* que anunciaba días de redención, pero nadie me sabía decir dónde estaba EL; así pasé todo el día, yo buscaba á Arael, y tampoco parecía; ya comenzaba á obscurecer y me dispuse á volver al palacio, cuando ví á Arael reunido con otros muchos; en cuanto me

vió se separó de ellos y se acercó á mí diciéndome con cariño:

»—¿Qué quieres?

»—Verte, y preguntarte por EL...

»—Ante todo cuéntame cuanto sepas. Le conté todo lo ocurrido, y se puso muy contento, diciéndome:

»—¡Dichosa tú!, que ya curas en su nombre, y curas al hijo de un hombre que nos puede hacer mucho bien; porque la hora se acerca, los sacerdotes están furiosos, rugen como leones hambrientos, amotinan á su rebaño, hablan á sus siervos y les dicen que solo los dioses se les mostraron propicios; que ese hombre que se llama el *Profeta*, es un embaucador que quiere perderlos, y el pueblo lucha entre las predicaciones del hombre-Dios y las amenazas de los sacerdotes; así es, que el gobernador, si se afilia á nuestra causa, es una adquisición preciosa; estoy contento de tí, porque sabes trabajar. Ahora vete á descansar, no sé dónde se halla EL; mañana nos veremos y te daré mejores noticias.

»Al llegar al palacio, el gobernador salió á mi encuentro y me dijo sonriendo:—Ya sé que no le has visto; tu marchito semblante me lo indica; pero yo en cambio, sin salir de aquí, tengo que darte muy buenas noticias.

»—¿Cuáles son?

»—¿No lo adivinas?

»—No.

»—¿Nada te han dicho?

»—¿De qué?

»—De su venida á la ciudad.

»—¡A la ciudad!, ¿se atreve á venir aquí?

»—Sí; se atreve, que es mucho atrevimiento.

»—Y vos ¿qué hareis?

»—Cumplir con mi deber.

»—¿Y cual creéis que es vuestro deber?

»—Evitar que promueva tumultos, y cuidar de que nadie le insulte; El viene dispuesto á hablar y hablará en la gran plaza, delante del templo, delante de las autoridades divinas y humanas; yo haré que le escuchen, pero que no le aclamen; yo no perderé ninguna de sus palabras, pero me guardaré de hacer mi nueva profesión de fé, para no perjudicarle ni perjudicarme; sabré oír para aprender, y sabré hacer uso de mi autoridad para no permitir las expansiones de los entusiasmos, ni los alaridos de los fanáticos. Tú, procura estar junto á él y háblale de mí.

»Aquella noche me pareció un siglo, ¡nunca amanecía!; al fin la aurora apareció con su manto de nubes rojizas, y aloc-

gre y ágil, como si tuviera quince abriles, salí al campo para orientarme, para saber por qué parte venía. Todos los caminos estaban llenos de gente; un anciano venerable me dijo:

»—¿Por qué corres tanto? El viene á la ciudad, ¿no lo sabes? ¿no te lo dice el gran movimiento del pueblo?

»—¿Pero por dónde viene?

»—Por allá, (y me indicó un camino); se ha detenido en una aldea y se detendrá en todas las que encuentre á su paso, porque en todas partes hay enfermos del cuerpo y enfermos del alma; todos le llaman, y El sana á todos los que creen en sus palabras. ¿Ves esta niña? los médicos la daban por muerta, pues yo se la llevé, y El, sin tocarla, no hizo más que mirarla, y sonriendo dulcemente me dijo:—Vuelve á tu hogar con ella, que ya está curada; y desde entonces mi hija rebosa salud.

»Yo no quise permanecer en la ciudad; yo quería hacer el camino con El y anduve mucho, mucho, y anduve llena de júbilo, porque todos hablaban de El, y hablaban con un entusiasmo, con un delirio, que yo no cabía en mí de satisfacción: ¡todos le amaban!, y yo le quería amar más que todos ellos.

»Llegué al fin á la aldea donde me dije-

ron que El se encontraba; me indicaron una casa muy grande, y me aseguraron que allí estaba reposando algunos momentos y esperando enfermos; me senté junto á la puerta aguardando que saliera, y otras muchas personas siguieron mi ejemplo; llegaron varios enfermos que entraron y salieron; después la puerta no volvió á abrirse; pasó el tiempo y llegó la noche, los individuos que me rodeaban, algunos se cansaron y se fueron; por fin se abrió la puerta, y un hombre de semblante bondadoso nos miró y nos dijo:

»—¿Qué esperáis?

»—Que salga el *Profeta* (dijo una mujer).

»—¿Que salga?... ¿pues no le habeis visto salir?

»—No (exclamamos todos).

»—Pues no hace mucho tiempo que ha salido y ha pasado por entre vosotros; ¿cómo no le habeis visto?

»El asombro de todos fué indescriptible, y mi dolor inmenso, porque ya no iría junto á El, camino de la ciudad; no tuve más remedio que pedir albergue por algunas horas en una casa de aquel lugar, y mucho antes de amanecer, emprendí la marcha con otros muchos, con todos los habitantes de la aldea, puede decirse, por-

que todos tenían ansia de estar junto á El.

»¡Qué mañana más hermosa! El cielo sin una nube, los árboles cargados de flores, los niños cogiendo ramas de los árboles, las mujeres con sus pequeñuelos en brazos, diciéndose las unas á las otras: ¡mi hijo se curará! yo haré que toque su túnica; los ancianos achacosos también decían:—Hoy naceré de nuevo porque el *Enviado* me curará, ¡y todos confiaban en El!

»Llegué ante la ciudad y esperé que abrieran sus puertas, que todas fueron estrechas para dejar pasar aquellas oleadas de gente, que se fué acomodando en la gran plaza, que á pesar de ser una extensión inmensa resultó pequeña para contener á tantos sedientos de justicia y á tantos hambrientos de salud. Yo, con el afán de mi deseo, ya que no pude hacer el camino en su compañía, me coloqué en el mejor lugar, al pié de las gradas del templo, que era donde había un pequeño círculo formado por los hombres de armas que contenían á la multitud, que sin ellos hubiera subido sobre los altares de los dioses; tanto era el entusiasmo de la muchedumbre.

»¡Qué contento estaba mi espíritu! ¡iba á verle!... entonces no se me escaparía, y le vería en plena luz; los rayos del Sol ilu-

minarían su sedosa cabellera, oiría su voz muy cerca, muy cerquita, yo me acercaría todo lo posible, ¡necesitaba tanto de su aliento! ¡qué momentos tan dichosos me esperaban!... era necesario serenarme para no morir de felicidad.

»Al fin se escuchó un rumor lejano que fué aumentando hasta el punto que parecía que el mar embravecido levantaba montañas con sus rugientes olas y, en verdad, que era el mar de las pasiones humanas el que se agitaba violentamente. ¡Qué tumulto! ¡qué de gritos! ¡qué de aclamaciones! ¡qué de súplicas!... porque los enfermos todos querían estar cerca de El; es imposible, del todo imposible trazar á grandes rasgos el cuadro que ofrecía la gran plaza, donde estaban confundidas todas las clases sociales, donde los sofismas del pasado y las verdades del porvenir, estaban dispuestas á sostener un reñido combate. ¡Qué agitación! ¡qué bullicio!... al fin, apareció El, y como si su figura calmara todos los ánimos, aquella inmensa muchedumbre enmudeció, y le abrió paso á El y á centenares de niños que, solícitos, le rodeaban. Jamás olvidaré aquellos momentos solemnes; el hombre-Dios, más hermoso que nunca, con su cabellera luminosa, con su frente que irradiaba, con sus ojos que des-

pedían rayos de luz, con su melancólica sonrisa, con aquella expresión que no he visto en ningún rostro humano, se detuvo ante las gradas del templo, y ya los hombres de armas fueron innecesarios, nadie se movió, nadie traspasó las gradas del lugar sagrado; todas las miradas estaban fijas en El, todos los oídos atentos para no perder una sola de sus palabras; el hombre-Dios paseó sus miradas por la multitud, se fijó en el gobernador y en los sacerdotes, y dijo así:—Aquí me teneis, vengo á disipar dudas, y á desvanecer temores, vengo á deciros que yo no soy la ley, pero que soy el amor; que no vengo á recoger, únicamente vengo á sembrar, y la semilla que hoy arrojo, pasarán muchos siglos antes que se pueda recoger la cosecha. Vengo á deciros que no hay más que un solo Dios, al que debeis adorar en espíritu y en verdad, un Dios único, que es mi Padre que está en los cielos; vengo á deciros que los dioses y sus templos están llamados á desaparecer, y sobre sus piedras levantarán las humanidades otros templos para el saber; vengo á deciros que no hay más que una religión: ¡EL BIEN! con un solo mandamiento: *jamaos los unos á los otros!*; yo vengo á redimir la humanidad por medio de mi amor y mi martirio; yo vengo á cu-

rar á los enfermos porque éstos necesitan el médico del alma; no me cerreis el paso, dejadme hacer el bien, dejad que vuestros niños me rodeen, que traigo para ellos todo el amor de mi Padre, que está en los cielos; mi Padre quiere mucho á los niños porque son limpios de corazón, y solo para ellos será el reino de la paz y la justicia. Dejad venir los niños á mí, y vosotros, poderes de la tierra, asemejaos á los niños, porque solo los limpios de corazón entrarán en el reino de los cielos. Recordad mis palabras: *no hay más que una religión: ¡EL BIEN!, con un solo mandamiento, ¡amaos los unos á los otros!*

»Mucho más habló el hombre-Dios, pero la síntesis de su peroración fué la que imperfectamente queda escrita, que no es posible hacer el trabajo de otra manera, dado los medios de que puedo disponer, aunque agradecísimo está mi espíritu, á los dos seres que con la mayor voluntad transmiten *mis memorias*, y conste para satisfacción de ellos, que he preferido su buen deseo á la sabiduría de otros.

»Cuando terminó de hablar el hombre-Dios, la multitud le abrió paso respetuosamente, y seguido de los niños y de centenares de enfermos, abandonó la ciudad. Yo me quedé inmóvil en mi puesto, no

sabía lo que me pasaba; tanto que le quería haber dicho, tanto que pensaba hacer y no hice nada... sí, algo hice, ¡le adoré!, mi alma se postró ante EL y no se creyó digna de levantarse; me pareció que si yo le seguía le profanaba; ¡qué era yo ante EL!, partícula de polvo confundida entre la arena que alfombraba los caminos.

»De pronto me levanté, miré al palacio y dije: —No; ahí no entro sin hablar con EL; ¿qué diría el gobernador? diría que no sé agradecer sus bondades para conmigo, y debo ser agradecida; además, yo necesito hablarle, aquí ha hablado para todos y conmigo tiene otro lenguaje que lo comprendo mejor; y decididamente me dirigí á la Granja; allí encontré á su dueño que me recibió cariñosamente diciéndome:—Te esperaba, descansa, que merecido lo tienes.

»—¿Y mis compañeras?

»—Están en la ciudad, fueron á verle y á oírle, y á trabajar en su obra.

»Descansé algunos días, que bien lo necesitaba, porque no podía tenerme en pié; una tarde oí rumor de muchas voces, y le pregunté al dueño de la Granja qué ocurría.

»—Nada de particular,—que hoy nos reunimos aquí para tomar precauciones,

porque EL está amenazado de grandes peligros, y aunque salió ileso de la gran ciudad, sabemos que se le preparan terribles emboscadas.

»Efectivamente; llegaron muchos hombres, muchos; hablaron, discutieron, se pelearon, no estuvieron conformes los unos con los otros, y cuando estaban más acalorados, de improviso se presentó EL; yo no los veía, pero oí cuanto hablaban recostada detrás de una puerta.

»Al verle, todos enmudecieron, y EL con triste acento les dijo:—Qué lastimosamente perdeis el tiempo, qué mal seguís mis consejos. Os tengo dicho que por mí no os preocupeis que lo que ha de ser, será; *que me encontrarán cuando yo quiera que me encuentren, que me prenderán cuando yo quiera que me prendan, y que se cumplirá la ley cuando llegue la hora que la sangre de un hombre tenga que fertilizar la tierra.* Hombres de poca fé, trabajad con más provecho, que rencillas y rencores nunca hicieron nada bueno.

»Los hombres se alejaron, y EL se quedó á la puerta de la casa; yo quise salir á su encuentro y no me pude levantar, mi cuerpo estaba helado, sin movimiento; al verme en tan triste estado, grité angustio-

samente:—¡Dios mío!, ¿me quedará así?... y entonces oí su dulce voz que me dijo:

»—¿Por qué no vienes? te espero.

»Entonces mi cuerpo adquirió su agilidad, y levantándome llegué hasta EL, que me miró dulcemente diciéndome con ternura:

»—¿Por qué te empeñas en seguirme? ¿no sabes que no puedes venir conmigo?

»—Ya lo sé que no soy digna de ello.

»—Si no es esa la causa, es que cada uno tiene que trabajar por distinto camino; ya te he dicho que no quiero *adoradores de mi figura, sino trabajadores de mi obra*, y estoy contento de tí porque en mi nombre sanas los enfermos.

»—¡Ah, Señor!, ¡cuán grande fué mi atrevimiento!, ¡y cuánto me arrepentí después!

»—Porque no tienes fé.

»—Y... ¿se salvará el niño?

»—Sí, se salvará porque tú quieres que se salve.

»—Y... ¿no tomáis alguna precaución para evitar una catástrofe?

»—Procura por tí, que de mí nadie tiene que pasar cuidado, que fijado está el día y la hora en que el hombre sea venido para regenerar á la humanidad; procura por tí, que mucho tienes que andar por la tierra.

»—¡Ay Señor!, ¿viviré muchos años?

»—¿Años has dicho? muchos, muchos siglos andarás por la tierra. Mira al cielo, ¿qué ves?

»—La azul inmensidad.

»—¿Nada más?, mira bien.

»Miré fijamente al cielo, y tanto miré, que me pareció que en el fondo de la bóveda azulada, veía al hombre-Dios; bajé los ojos para mirarle á EL, y ví el cielo en sus ojos, y, confundida, miré hácia arriba y le ví á EL en el cielo, miré hácia abajo y encontré el cielo en sus ojos y le dije emocionada: —Veo el cielo y en el cielo á vos, y á vos os miro y encuentro el cielo en vuestros ojos.

»—Mira, mira, y algo más verás;— miré, y allá... lejos, muy lejos, ví un arco-iris, y en medio del círculo luminoso una mujer de maravillosa hermosura; temblé sin saber porqué, y el hombre-Dios me dijo con tristeza:—Mira bien, esa mujer rodeada de luz, cuando en la luz vivía, se llamaba como el arco luminoso que la rodea; de un salto se precipitó al abismo del crimen y al lodazal del vicio; por el sacrificio y el martirio ascenderá hasta llegar á la órbita luminosa de la cual descendió; para llegar más pronto necesitaba del perdón de un hombre, y aquel hombre la perdonó.

»¿Qué sentí entonces? no lo sé, me pareció que perdía mi cuerpo, que mi alma se desligaba de mi envoltura y que más libre y más dichosa navegaba por mares para mí desconocidos; indudablemente debí quedarme aletargada como me sucedía siempre que hablaba con El; letargo justificado, porque realmente lo que yo experimentaba en su presencia, era tan distinto de todas las emociones terrenales, que necesariamente mi organismo tenía que rendirse, tenía que doblegarse ante una conmoción tan grandiosa, tan extraordinaria, tan sorprendente, tan fuera de los límites del espacio en que mi ser vivía.

»Mi letargo debió durar mucho tiempo; no puedo medirlo con las medidas que tenéis en la tierra; solo sé que al darme cuenta que aun vivía, sentí un gran desconsuelo; me encontré sola en la Granja, que era un caserón inmenso, no había nadie, absolutamente nadie. ¡Qué tristeza!... ¡qué abandono!... ¡qué soledad!... ¡qué frío sentí en el alma y en el cuerpo!... recordaba lo que El me había dicho, que ya no le vería más en la tierra, y para no verle ¡á qué vivir!... ¿qué haría yo en el mundo? era una hoja seca arrancada del árbol de la vida; no tenía casa ni hogar, porque el albergue que me concedía el go-

bernador no llenaba mi alma; me sentía en todas partes tan abatida, me veía tan abandonada, que ya no podía más, morir era lo mejor. El no me quería á su lado, más aún, no le veía más. ¡Dios mío! ¡Dios mío!... cuánto me pesaba la vida, tanto me pesaba, que nuevamente perdí el sentido y me quedé como muerta. En aquel estado verdaderamente angustioso, sentí fuertes golpes dados en la puerta, me levanté maquinalmente y como si álguien me guiara, abrí la puerta y á la débil luz de las estrellas, ví á un hombre que no conocí; el recién llegado me dijo con voz cariñosa:— Mujer, haz luz, que en bastante sombra vivimos los dos, no la aumentemos con las sombras de la noche.

»Hice luz y entonces reconocí á Arael; los dos nos miramos con profunda tristeza y él me dijo:

»—¿Has hablado con El?

»—Sí; por última vez le he visto y estoy sin vida.

»—Yo también, aunque por distinta causa; por eso he venido, porque necesito que álguien me consuele, ¡soy tan desgraciado!...

»Mientras Arael hablaba, yo sentía que mis ojos, á pesar mío, se cerraban y que

mi cabeza buscaba apoyo en alguna parte; él entonces me dijo con amargura:

»—¡Qué grande es mi infortunio!... vengo aquí para escuchar una frase de consuelo y el sueño te rinde; duermes mujer, duermes, quien ha esperado toda la vida esperará una noche más; y yo sin poderme tener, me levanté bamboleándome y me dirigí á mi aposento; allí me dejé caer y pasé muchas horas soñando, sufriendo, luchando con recuerdos y presentimientos, con desalientos y esperanzas, con dudas y certidumbres, con alegrías y desesperaciones; al fin los rayos del sol iluminaron mi estancia y entonces me levanté algo más fuerte, me dirigí al lugar donde se había quedado Arael y lo encontré dormido, pero su sueño no era más tranquilo que el mío, lloraba y reía, blasfemaba y murmuraba palabras dulcísimas llamando á su madre; al oírle me estremecí, porque súbitamente pensé en la mía, en mi padre, en mis hermanos; ninguno de ellos siguió mis huellas, ninguno de ellos me amó, porque si alguno de ellos me hubiera querido, hubiera corrido presuroso para encontrarme; pero ninguno corrió tras de mí. ¡Qué pena tan grande!... ¡qué abandono tan cruel!...

»Al ver que Arael seguía llorando, le

desperté diciéndole:—¿Qué teneis? ¿por qué llorais?

—Porque sufro mucho, replicó él con profunda tristeza, porque he despertado del sueño del crimen, y al despertar solo veo el castigo, y reconociendo mi bajaesa deseo lavar la mancha de mi culpa, y con mis lágrimas no hay agua bastante, necesito las lágrimas de otro, de otro ser que me ame y me compadezca. Leo el asombro en tu semblante, veo que miras mi rostro bronceado y te parece imposible que una figura tan rudamente modelada tenga un alma sensible, sedienta de caricias y de amor. ¿Te estremeces? ¿tiemblas? ¿crees acaso que aprovechando la soledad en que estamos, buscaré á la hembra para satisfacer impuros apetitos? tranquilízate mujer, tranquilízate; necesito de tí, es verdad, por eso he venido á buscarte, pero no á buscar tu cuerpo, vengo á pedirte algo que vale mucho más, vengo á pedirte compasión para el culpable, lágrimas para el delincuente, plegarias para el muerto, porque yo voy á morir, ¿no lo sabes? me buscan como lo buscan á El, aunque son distintas las causas que motivan la persecución: á El lo persiguen porque temen que derribe los altares de los dioses, y á mí me buscan porque la justicia humana hace tiempo que

me tiene condenado á muerte afrentosa, muerte merecida, muerte buscada por mis malas obras, por mis instintos feroces; lo que ignora la justicia humana, es que estoy arrepentido de mis crímenes, que escuchando la palabra divina del hombre-Dios he llorado mucho, mucho; mi llanto ha quemado mi rostro, y al mismo tiempo ha sanado mi corazón. Sí, ya no soy malo, ya me conmueve el llanto del niño, ya me impresiona el desamparo de un anciano, ya me quedo sin pan para darlo al hambriento, ya me quedo sin agua para calmar la sed de mis semejantes, pero esto no es bastante, aunque yo lo diga nadie me creerá, porque los jueces de la tierra no saben juzgar las almas, destruyen los cuerpos, matan al que mata, pero no le preguntan ¿qué sientes?, ¿qué piensas?, ¿qué esperas?, ¿en qué crees?, por eso sé que que voy á morir, porque es justo que muera; no he muerto ya porque he burlado á la justicia, porque he huído á tiempo, y huía porque quería vivir para El, porque quería serle útil, porque convertido en espía, yo sabía dónde se ocultaban sus perseguidores; más ¡ay! El nos ha dicho últimamente, que no trabajemos para El, que procure cada uno trabajar para sí; que son inútiles las asechanzas de los unos y el

espionaje de los otros, que se acerca la hora, y es necesario que cada uno esté firme en su puesto, y mi puesto en la tierra está al pié del madero afrentoso donde mutilarán mis manos que tanto daño han hecho; pero no tengo valor para ir solo, necesito álguien que me acompañe, no para que muera conmigo, sino para que me llore, para que diga á las gentes:—¿Veis ese hombre que fué tan malo? pues El lo hizo bueno, El con su predicación conmovió su corazón de bronce y le hizo llorar mucho, mucho, y el tigre se convirtió en cordero; y el que á nadie había amado, porque se encontró solo en el mundo, suspiró por escuchar un suspiro de cariño, soñó con un rincón debajo de tierra, y tener allí lo que tienen hasta las fieras menos él, unos cuantos pedazos de su corazón alimentados y cuidados por su ternura. Sí; yo quiero que se diga todo esto, y como estaré muerto lo creerán; y he buscado, he buscado afanoso una mujer que comprendiera mi penosa situación, y tú que has pecado mucho, tú que también has ido rodando como rueda la piedra desprendida de la montaña, tú puedes ser la que digas á las gentes quién fué Arael, y al decirlo, haces dos buenas obras: me concedes lo que te pido, y manifiestas el poder de la palabra

de *Aquel* que dice: Dejad venir los niños á mí, porque los niños son los limpios de corazón.

»Dile á las gentes que yo he visto nacer al hombre-Dios, y que desde pequeñito, al fijar su mirada en mí, me hacía temblar; y cuando me encontraba me decía:—¿Hasta cuándo serás criminal? ¿no estás harto todavía? y yo avergonzado de mí mismo, cruzaba las manos y le decía:—¿Quién eres, niño, que hablas como un hombre? Soy el Enviado de mi padre que está en los cielos, decía el niño. Cuenta todo esto á las gentes, diles que debo mi redención al hombre-Dios, que su voz ha resonado en mi mente, y que ya no soy criminal; que hace mucho tiempo, que cuando veo á una hormiga evito triturarla con mis piés; diles que todo se lo debo á El, que quisiera tener mil vidas y todas emplearlas en el bien, ¡todas!...

»Las palabras de Arael me conmovieron profundamente, y admiré la delicadeza de su sentimiento, comprendiendo lo que valía la palabra del hombre-Dios, que de la dura roca hacía corazones de blanda cera, que se derretían al calor divino del amor. Miré á Arael con admiración y le tendí mi diestra diciéndole con ternura:—Teneis razón, nadie mejor que yo puede comprenderos, porque yo sé como se vive despreciado de

todos, sin hogar propio, sin oír una voz cariñosa que le pregunte á uno, ¿por qué lloras? Yo también me encuentro de más en la tierra, desde que El me ha dicho que no le volveré á ver; así es, que yo os prometo que si la ley se cumple y una muerte afrentosa destruye vuestro cuerpo, yo estaré cerca de vos, para que me veais y digais al espirar: hay álguien que llorará por tí.

»Arael al escuchar mis palabras se conmovió profundamente; de sus ojos brotaron abundantes y copiosas lágrimas y levantándose con sus brazos de hierro me oprimió contra su corazón diciendo:—¡Qué contento estoy! ya no estoy solo, ya puedo morir tranquilo, tú llorarás por mí, tú dirás á las gentes que odio el delito, que abomino mi pasado y que sueño con mi redención.

»Yo entonces, como si me sintiera inspirada, le dije:—Sí, sí; yo diré que quereis redimiros y... ¡quién sabe si podremos conseguirlo!... Se me ocurre una idea: el cuerpo lo tritura la muerte, pero el alma... el alma debe ser inmortal, y siendo inmortal, de alguna manera tiene que manifestarse; trabajando en su perfeccionamiento, quizá vuelva á la tierra con distintos cuerpos y siendo así, el criminal de hoy será mañana el inocente niño que reciba los besos de su madre y sea la alegría de su hogar.

»—¡Ah! sí, tienes razón (exclamó Arael con entusiasmo), eso tiene que ser así irremisiblemente; mis propósitos de enmienda no pueden quedar sepultados con mi cuerpo; lo que hay en mí de divino no puede confundirse con estas manos que un día se mancharon con la sangre de mis semejantes; la grandeza, la sublimidad de mis pensamientos no puede asemejarse al fuego fátuo; la predicación del hombre-Dios tiene que ser más útil, tiene que dar mejores resultados; para ayudar á bien morir á los criminales no vienen los redentores á los mundos; su palabra tiene que ser más beneficiosa, tiene que resonar siglos y siglos en los corazones de los hombres redimidos. ¡Qué alegría tan grande experimenta mi alma!... ¡mujer! seremos otra vez niños, tú has dicho la verdad, El debe haber hablado por tu boca; dichosa tú y dichoso yo que he podido escucharte; mi corazón me lo decía que en tí encontraría consuelo, ¡consuelo! ¿sabes tú lo que es encontrar consuelo? es renacer á la vida de la esperanza y de la felicidad; cuando deje este mundo sé que tú llorarás por mí, sé que dirás á las gentes que el hombre-Dios me ha convertido de tigre en cordero, y sé que al despertar mi alma más allá de la fosa te encontraré, ¡oh, sí, te encontraré!

Ahora sí que me voy contento; ya no me ocultaré; mi trabajo en la tierra está terminado; que se cumpla la ley de los hombres y yo cumpliré con la ley de Dios, que es vivir eternamente, progresando siempre; tú lo has dicho y el hombre-Dios ha hablado por tu boca. Adios mujer, ¡adios!; y levantándome en sus brazos, me dió un beso en la frente diciéndome con la mayor ternura: —Al despertarme en la eternidad recordaré este beso para esperar y amar, porque seré muy bueno!... ¡ya lo verás!...

»—¡Qué impresión me causó el beso de aquel desventurado!, le ví partir y se me angustió el corazón, pero al mismo tiempo una esperanza dulcísima me hizo sonreír; yo iba á serle útil, yo endulzaría sus últimos momentos, y más allá, ¡oh!, más allá Dios sabe lo que yo podría hacer por él; porque á mí me acontecía lo que le sucedía á Arael, él en su larga conversación me había dicho:—Yo adoro al hombre-Dios, pero, como es un Sol, me deslumbra, no puedo mirarle, no puedo acercarme á El, porque me parece que entre El y yo debe existir siempre una distancia inmensa, y aunque sus palabras me han hecho comprender que navegan en la sombra los que delinquen, y que en la sombra no se vive; pero esto no es bastante para un alma

abandonada á sí misma; lo humano necesita sus atracciones humanas, lo divino maravilla, extasía, pero no se le puede estrechar en los brazos; hay algo que lo impide; esto, esto mismo me pasaba á mí con el hombre-Dios, cuando estaba cerca de mí; de tanto como mi ser sentía dejaba de sentir; como su ser era tan superior al mío, el mío se anonadaba y yo también necesitaba algo para mí, algo culpable y pequeño como yo; pensé mucho, divagué mucho, y concluí por entristecerme al ver que nadie volvía á la Granja, ¿qué hacer?... comencé á sentir miedo y ya me decidía á volverme á la ciudad, cuando llegó el dueño de aquel lugar y me dijo con agrado:

»—Has cumplido como buena guardiana; ahora ya te puedes marchar.

»—Sí, me preparaba á hacerlo.

»—Antes de irte, contempla bien estos parajes; ¿oyes? míralos atentamente, despídete de ellos, porque ya no volverás á descansar bajo su techo hospitalario.

»—¿Que no?... ¿y por qué me arrojaís de aquí?

»—Yo no te arrojo, es que me voy para no volver jamás, porque ya esta casa no es mía, otros son sus dueños.

»—¿Y dónde ireis?

»—Tras del hombre-Dios, tras del Pro-

feta, tras del Enviado, y si El se pierde, con El me perderé. Adios, mujer, quedo contento de tí, prosigue tu obra, y sé fuerte en la lucha; y haciendo un ademán de despedida me señaló el camino de la fuente.

»¡Cuántas impresiones distintas!, pero el resultado de todas ellas siempre era el mismo: ¡la soledad!, todos me dejaban; por perder, hasta aquel refugio donde mi alma encontró la salud. ¡Con cuánta pena me despedí de aquellos lugares!; hasta los pájaros estaban mudos, ¡cuánta tristeza!, ¡cuánto silencio! solo la fuente seguía murmurando su eterna historia; el agua caía sin interrupción sobre las abruptas peñas, sin aumentarse ni disminuirse su raudal; y mirando al agua, dije con íntima convicción:—¡así debe ser el amor de Dios! ¡eterno!, ¡inmutable! Dios debe amar á sus criaturas sin sentir, jamás, aumento ni disminución su cariño; debe habernos creado de toda eternidad, y con nosotros leyes que se cumplen. Yo no comprendo por qué he caído, pero sí me arrepiento de todo corazón de no haber seguido la buena senda. ¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¡todo se me acaba!, ya no veré al hombre-Dios; Arael dice que va á morir, este lugar cambia de dueño y ya en un momento de apuro no sabré dónde refugiarme, solo me queda el

palacio del gobernador, pero allí no es mi puesto, estoy fuera de mi centro, y sin embargo allí he de volver, y pronto, porque la noche se acerca y no quiero quedarme en el campo; y recobrando fuerzas seguí el camino y llegué á la gran ciudad poco antes de que cerraran sus puertas. Corrí presurosa y llegué á mi aposento acostándome inmediatamente; lo necesitaba, mi cuerpo pedía reposo y lo disfruté durante la noche; al día siguiente me dirigí hácia la mansión encantadora de las torrecillas de marfil, y al entrar, lo primero que pregunté á las esclavas fué por el niño, y antes que aquellas me contestaran salió Abelín á mi encuentro tendiéndome los brazos con el mayor cariño, diciéndome:

»—Eres muy mala, ¿por qué te vas? ¿no sabes que yo te quiero mucho, porque por tí estoy bueno? mi madre te aguarda, mi padre te espera, todos te queremos y tú te vas; ¿por qué te vas?—y Abelín fijando en mí sus dulces miradas me dió un beso en la frente; al sentir la impresión de sus labios recordé el beso de Arael, y no pude menos de hacer comparaciones entre aquellos dos besos: el beso del primero era un lazo de unión para consolar á un desventurado, aquel beso vibraba aún en mi cerebro; aquella mañana al despertarme lo

había sentido como si me dijera:—Acuérdate de tu promesa, espero tus plegarias en la tierra, y tu alianza conmigo en el espacio; y el beso de Abelín, de aquellos labios que aún no habían manchado las impurezas, me parecía que era algo que me hablaba de otra vida mejor, ¡oh!, sí, la voz del niño era la voz del porvenir abriendo las puertas de los cielos, de los cielos de mi redención. ¡Cuánto me conmovió el beso de Abelín!; tan turbada me quedé, que no supe corresponder á sus caricias, y el niño sonriendo me dijo:—¿Y tú no me besas?

»—Sí, hijo mío, sí; (y le besé en la frente).

»—¿Y en la mejilla, no?

»—Sí, hijo mío, (y besé una de sus mejillas).

»—¿Y la otra no? mi madre dice que los besos han de ser completos, y ella me besa en la frente, en la boca y en las mejillas; bésame tú así también;—y el hermoso niño me presentaba su carita repitiéndome:—bésame, bésame.

»¡Cuánto bien me causaba su inocente insistencia!; besé á Abelín con toda mi alma, y guiada por él entré en el aposento de su madre; ésta me recibió con la mayor alegría, diciéndome:—¿Por qué has tardado

tanto? ¿no sabes que te esperábamos? ¿has visto al hombre-Dios?

»—Sí, lo he visto.

»—¿Y qué te dijo del niño?

»—Que vivirá.

»—¿Sí? ¿mi hijo vivirá para consolarme de tantas amarguras? ¡Ah!, ¡cuánto te debo mujer!, ¡cuánto te debo!, no lo sabes aún, no lo sabes; tú crees que solo se sufre rodando por el mundo, y también aquí dentro, entre ricos tapices, habiendo mecido mi cuna más de un soberano, rodeada de todas las grandezas, ¡también se llora!, también se pasan noches sin sueño y días sin pan, pues sobra todo cuando el alma llora; el cuerpo desfallece de hambre, pero no hay aliento para beber ni para alimentarse. Los hombres no solo tratan mal á las mujeres perdidas, también desprecian á la madre de sus hijos, también la abandonan en sus horas de tribulación.

»Llegó el gobernador y me miró con ansiedad diciéndome:

»—¿Le has visto?

»—Sí; le he visto y me ha dicho que vuestro hijo vivirá.

»—¿Vivirá?... Cuánto le debo á El, y á tí; tenemos mucho, mucho que hablar, tanto es así, que después de la comida te

acompañaré, porque es preciso que hablemos.

Terminado el banquete, porque allí la mesa siempre era espléndida, el gobernador me acompañó á mi estancia, me hizo sentar, y sentándose en frente de mí, me dijo con gravedad:

»—Han llegado los momentos de prueba, y yo tengo que cumplir con dos deberes: primero, el deber de hombre de estado; segundo, el deber de padre agradecido. Todos mis hijos han muerto atormentados por los malos genios; Abelín se ha salvado porque el hombre-Dios se valió de tí para salvarle, y mi conciencia me grita y me dice:—Avísale, dile que su venida á la ciudad ha colmado la medida y ha hecho rebosar la copa; los sacerdotes trabajan con ardor incansable para perderle, valiéndose de todas las infamias imaginables; han comprado á buen precio á muchos hombres sin conciencia, y éstos se fingen enfermos y dicen que cuando vino el Profeta al pasar junto á El, se sintieron heridos de muerte porque le rodean los malos genios; las ramera cuentan las historias más escandalosas diciendo que el Enviado tiene todos los vicios; las muchedumbres ignorantes gritan que el hombre-Dios les aconseja que comentan todos los crímenes, que

destruyan todos los poderes, y tanto y tanto se ha dicho y se ha mentido, que el rey ha ordenado su persecución, su prisión y su muerte; todo está dispuesto, y yo quiero que tu salgas en su busca, y le digas, que si como gobernador tengo que prenderle, como padre agradecido le aviso que se aleje, que desaparezca de estos contornos, que yo no quiero ver su muerte porque ha salvado á mi hijo. Vete enseguida, no te detengas.

»—Pero señor, si es inútil, si El dice, *que lo prenderán cuando El quiera que lo prendan.*

»—Eso no es cuenta tuya, tu vas á hablarle en mi nombre; no eres tú la que le dices que se vaya, soy yo el que se lo ruega; mañana temprano te pondrás en marcha; yo sé donde se encuentra.

»No tuve más remedio que obedecer, y emprendí el camino convencida de que nada conseguiría: anduve tres días á buen paso, y al fin llegué al punto donde se encontraba el hombre-Dios; una muchedumbre inmensa le esperaba en el campo; centenares de enfermos estaban colocados formando un círculo; un grito unánime me hizo comprender que EL había llegado; oí su voz que dirigía palabras de consuelo á los enfermos; miré por todas partes y no le

ví; quise andar y abrirme paso y me encontré sin movimiento, pero lo que más me angustiaba era no verle, no pudiendo explicarme porqué á todos los veía menos á EL.

»—¿Qué tienes? ¿por qué no vienes? me preguntó con dulzura el hombre-Dios.

»—Porque no puedo, Señor, porque no puedo, porque estoy sin movimiento y lo que es peor aún, os oigo, pero no os veo, Señor; ¿me he quedado ciega?

»—Ciegan todos aquellos que se entregan á la idolatría; tú me idolatras, y por eso no me ves, porque yo no quiero idólatras de mi figura, quiero trabajadores para mi obra de redención. Dí al que te envía que todo lo sé, que por mí no se preocupe, que la hora se acerca de grandes trastornos, que me prenderán para conmover al mundo, no para conmoverme á mí, porque al venir á la tierra sabía todo el camino que tenía que recorrer, sabía que sin el martirio mi obra no tendría cimientos; vuelve al lugar de donde has venido y dile al que te envía, que no dé un paso por mí, que en su día ya nos encontraremos todos, y cada cual á su tiempo cumplirá con su deber.»



XII

Las palabras del hombre-Dios resonaron mucho tiempo en mis oídos, mucho, y como no le había visto (teniendo vista), la impresión fué más profunda y más duradera y más dolorosa, porque yo no podía resignarme á no verle, era un sacrificio superior á mis fuerzas y á mi voluntad. ¡No verle!... no verle, yo que le quería tanto! ¡tanto!... ¿Por qué todos eran más felices que yo? ¡Ingrato!... ¡ingrato! ¿Acaso quiero yo al hombre? quiero su ambiente, quiero su alma, todo lo que es EL, menos su cuerpo, su cuerpo no; me parecería la profanación más espantosa considerarme digna de acercarme á EL; mi afán es otro, mi deseo es más grande, más puro, más inmenso; ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡yo no puedo vivir sin EL!...

»¡Cuánto sufrí! ¡cuánto! ¿Pasé allí la noche? ¿pasé algunos días? no lo sé, no se

puede medir el tiempo que se llora, y lloré mucho; en torno mío acampaban otras gentes que se preparaban para volver á sus lugares, pero álguien dijo: Los que se quieran ir deben correr mucho si no quieren que les alcance la tormenta, porque esas nubes tan negras por un lado y tan rojizas por otro, anuncian una lluvia torrencial; sálvese el que pueda, pero no ha de correr, ha de volar.

»Los más jóvenes, los más ágiles, los más animosos corrieron á la desbandada, pero los débiles, los achacosos y los ancianos, procuraron guarecerse lo mejor posible en las cavidades de las rocas; yo fuí de estos últimos, no podía moverme; el dolor me tenía anonadada y tanta era mi pena, que murmuré con dolorosa satisfacción: —Se acerca la tormenta, dicen que será horrible, yo no puedo moverme, si me arrastra el aluvión mejor, así acabaré de una vez, ¿de qué sirvo yo en este mundo?

»Al formular la pregunta anterior, oí la voz de EL que me decía:—¡Anda egoísta! ¡anda!, ¿no decías que querías obrar en mi nombre? pues obra.

»Al oír su voz me avergoncé de mi flaqueza, le pedí perdón con mis lágrimas y me refugié á tiempo bajo unas peñas. La tormenta de la naturaleza estaba en con-

sonancia con la tormenta de mi alma; ¡qué lluvia tan copiosa! parecía que las nubes habían recogido el agua de todos los mares del universo, y que la tierra iba á desaparecer arrastrada por la impetuosa corriente de aquel mar que se precipitaba destruyendo cuanto hallaba á su paso.

»¡Qué lucha sostenía mi espíritu! cuando el rayo iluminaba el espacio, mi cuerpo sentía violentísimas sacudidas y con íntimo placer decía: lo que es hoy sucumbo; más por otra parte no quisiera morir sin volverle á ver, y escuchaba su voz que me decía:—¡Cómo te ponen tus locuras!... Tengo derecho á verte (le decía yo), tengo derecho á verte, aunque soy pecadora; y EL me decía:—Te quiero adorando á la humanidad, no adorándome á mí; quiero que me quieras, no que me adores.

»Esto decía EL, que no le adorara, y yo no podía menos de adorarle; y ante la idea de no volverle á ver me desesperaba; tanto es así, que cuando pasó la tormenta, cuando brilló el sol y los caminos quedaron en disposición de transitar por ellos, en lugar de volverme á la ciudad, me decidí á seguir á las gentes que iban en busca del hombre-Dios; entre las muchas familias que se dispusieron á ponerse en marcha, me fijé en una compuesta de un

matrimonio y una niña de pocos años que no podía andar; el padre era anciano, la madre era más joven, pero los tres parecían enfermos; me acerqué á ellos y entablamos conversación; el anciano estaba muy desanimado y me dijo con tristeza:

»—He llegado tarde, como mi hija no puede andar y mis fuerzas son escasas para sostenerle en mis brazos, entre su madre y yo la hemos traído y llegamos cuando el Profeta ya se había marchado; hay que andar mucho para llegar al punto donde el Profeta descansaba, así es, que desisto de ir en su busca, y que los dioses vengan en mi ayuda para que sane mi pobre hija.

»—¿Los dioses? los dioses no harán lo que hace el hombre-Dios. ¿Qué tiene vuestra hija?

»—Que no puede andar.

»Yo entonces recordé al hijo del gobernador, al hermoso Abelín, y sintiéndome impulsada como entonces, me acerqué á la niña que estaba echada en el suelo apoyando la cabeza sobre las rodillas de su madre, y mirándola fijamente la dije:— ¡Levántate!... levántate y anda.

»La niña me miró con asombro y trató de levantarse; consiguió sentarse, yo le cogí las manos y la dije con imperio: ¡le-

vántate y anda! y la niña se levantó aturrida, diciéndome al verse en pié:—Suéltame. Solté sus manos y la niña loca de alegría dió algunos pasos, abrió los brazos y cayó al suelo, dándonos á todos un gran susto. Yo me quedé anonadada, el padre me amenazó con el puño cerrado, diciéndome:—Si mi hija se muere te haré pagar cara su muerte. La madre lloraba en silencio y la niña se sonreía; yo á pesar de mi espanto pensé en EL, le pedí ayuda y nuevamente me acerqué á la niña diciéndole:—¡Levántate y anda! ¡EL lo quiere! y la niña se incorporó con presteza, dió algunos pasos, y se arrojó en mis brazos diciéndome con la mayor ternura:—¡Alma mía! ¡te lo debo todo! ¡ya estoy buena!

»Su padre quedó pasmado, miraba andar á su hija, y no podía creerlo, extendiendo los brazos para que no se volviera á caer, pero la niña rechazaba su apoyo diciéndole:—Déjame, déjame, ¡ya estoy buena! y me abrazaba de nuevo y volvía á correr.

»Mucho hablamos el anciano y yo del hombre-Dios, y tanto hablé que al fin se decidió á ir en su busca, y por más que el decía: si ya has curado á mi hija, ¿á qué he de ir? á mí no me curará porque el peso de los años solo se aleja con la muerte.

Mas yo estaba tan contenta de haber encontrado aquella familia, que le dije: Si tanto agradeceis la curación de vuestra hija, dadme una prueba de vuestro agradecimiento acompañándome hasta que le encontremos.

»Accedió el anciano á mis súplicas, y unidos á otros muchos, emprendimos el camino; la niña no quería separarse de mí y sus padres la miraban embelesados; los que nos acompañaban al enterarse de lo ocurrido me miraban con respeto, con veneración, y seguimos tranquilamente la jornada hasta llegar á un punto donde había un sendero muy estrecho, al borde de un abismo; siguiendo aquel atajo, se acortaba el camino de tres partes, dos, pero era tan peligroso que ninguno quiso ir por él, solo yo me empeñé en ganar tiempo; la niña decididamente dijo á sus padres:—Yo no me quiero separar de la que me ha salvado la vida, con ella quiero ir al fin del mundo. El anciano no estaba conforme con el parecer de su hija, pero su pobre madre, sí, y él, entonces, no tuvo más remedio que ceder; ninguno quiso seguirnos y los cuatro seguimos por el desfiladero uno tras otro. Era tal el delirio, el frenesí, el deseo que tenía mi alma de acortar el camino para llegar más pronto al lugar

donde El se encontraba, mejor dicho, donde llegaría, que no me paraba á reflexionar como lo hacía el anciano, que al poco tiempo de ir por aquella senda tan estrecha y tan peligrosa, me dijo:—Mujer, detente, detente, porque yo no puedo más; no sé si los buenos genios te acompañan, porque en realidad has curado á mi hija, mas aquí creo que todos pereceremos, porque no hay sitio ni para reposar, y mis piernas se doblan y mis sienes parece que sirven de yunque á seres invisibles que me golpean.

»Al oír esas palabras me conmoví profundamente, reconocí mi locura y pensando en El, le dije al anciano:—¡Miradme, y os haré volar! y volviéndome (no sé cómo) apoyé mis manos en sus hombros mirándole fijamente al mismo tiempo que le decía con íntima convicción:—Tú llegarás sano y salvo, porque El lo quiere, ¿oyes? El lo quiere, y lo que El quiere, es justo.

»El anciano se estremeció y murmuró:—Parece que por mis venas se precipita nueva sangre, mujer, no sé lo que eres, pero tus obras son buenas: estoy más fuerte, sigamos; y efectivamente, no se volvió á quejar, pareciéndole imposible cuando concluimos de pasar el desfiladero, que él hubiera podido pasar por allí: yo también miré con asombro el insondable abismo en

cuyo estrecho borde habíamos estado tan expuestos á morir, pero, ¿qué importaba todo lo pasado, si habíamos ganado muchísimo terreno? fuimos de los primeros que llegamos al lugar donde esperaban al Enviado; el anciano contó á varios lo que le había sucedido en el camino conmigo, y la curacion de su hija, y cundió la voz inmediatamente si yo sería El, pues contaban que se aparecía de distintas maneras, ¡cuánta era la ignorancia de aquellas gentes! confundían la luz con la sombra, el ser más grande que ha pisado la tierra, con la mujer más débil y más pecadora.

»Se esperaba que llegasen muchísimos enfermos; allí como en todas partes, tenía El muchos enemigos, muchos adversarios, y éstos decían: —A ver si el profeta curará á un ciego de nacimiento; llegó éste, que era un hombre de mediana edad, de rostro simpático, me acerqué á él y le dije:

»—¿No veis nada?

»—No, á poco de nacer quedé ciego, pero dicen que hay un hombre que hace milagros y vengo á ver lo que hará conmigo. Sin darme cuenta de lo que hacía, puse mis manos sobre sus ojos y le dije pensando en El.

»—¿Qué ves?

»—¡Ay! no sé, pero no estoy en la obscu-

ridad, no puedo explicarme, pero no estoy como antes.

»—Mira, mira bien; y delante de sus ojos desmesuradamente abiertos, puse mis manos á corta distancia; el ciego lanzó un grito y se levantó gritando ¡veo una mano!..., ¿quien eres, mujer? ¿quien eres?

»Otros se acercaron haciendo lo que yo hice, pero el ciego no veía más mano que la mía; esto dió lugar á muchos comentarios, y unos decían que yo sería una de las muchas que El había seducido y enseñado á engañar, y otros que los buenos genios me habían elegido para curar en nombre de los dioses; todos hablaban á la vez, discutiendo algunos tan acaloradamente que parecía que se iban á destrozar los unos á los otros; el anciano que me había seguido hablaba muy bien y refiriéndose á El, decía con gravedad:—Es indudable que grandes trastornos veremos, porque parece que los Dioses caen y que Dios se presenta á los hombres con toda su imponente magestad. Todos los que le han visto dicen que sus ojos despiden luz, cuya luz ilumina al mundo. Al oír esto, yo decía con amarga tristeza: ¿por qué lo que ilumina al mundo á mí me ciega?...

»Mucho hablaron todos, mucho, hasta el momento que El se presentó... ¡qué

murmullo de admiración resonó entonces! gritos de aclamación, voces entrecortadas por los sollozos pidiendo misericordia; lamentos de los enfermos exigentes que todos querían ser los primeros, aullidos, (no encuentro otra frase) de los tullidos que desde sus camastros gritaban:—Ven, no te olvides de mí. ¡Ah! ¡si yo pudiera levantarme! ya vería si todo es verdad.

»Aquello era una confusión indescriptible; á tal punto llegó, que El dijo con severidad á los que no dejaban dar un paso:

»—Apartaos, no me encerreis en tan estrecho círculo, vengo á vosotros para daros luz, para curar vuestros cuerpos é iluminar vuestras almas: iré á todos los parajes donde resuene un grito de dolor. ¡Padre mío! ¡Padre mío! todos me quereis y sin embargo no me entendeis; mis palabras resonarán siempre, pero ahora... ahora no encontrarán eco, porque los que ahora me seguís, seguireis siendo tan egoístas como antes; abridme paso y sanaré los cuerpos ya que no puedo sanar las almas.

»La multitud le obedecía por un momento, ensanchaba el círculo y El avanzaba, pero era tal la atracción del hombre-Dios, que no había medio de alejarse de El; imposible, el que conseguía estar cerca de El, no podía moverse. Yo

no le veía, pero apoyada en el anciano me abría paso y me acercaba á El todo lo posible; mi compañero que nunca le había visto, me decía: Tienes razón, el cielo se vé en sus ojos, todo él es hermoso, pero su frente y sus ojos son admirables.

»Innumerables enfermos recibieron de El consuelo y vida; sanó al ciego; llegó á la casa de una mujer que según decían era víctima de los malos genios... la infeliz se retorció como una serpiente hambrienta; una convulsión horrible la destrozaba, y El acercándose á ella, la dijo con dulzura: —¿Me conoces? la mujer le miró asombrada, se acercó más á El y murmuró:—No creo que te haya visto nunca y creo que te he visto siempre.—Mujer, mujer, ¿por qué te empeñas en vivir esclava? has pecado, pero has sufrido, y sana quedas.

»—¡Dios mío!... tú eres mi Dios, y la mujer se postró en tierra.

»—No, tu Dios y el mío está en la naturaleza; levántate, mujer, no quiero esclavos; acuérdate siempre de mis palabras: mientras ames, serás libre, cuando odies, serás esclava.

»Es imposible detallar minuciosamente las curas que hizo en aquel lugar y las palabras que pronunció; era tal el entusiasmo de la multitud, que se disputaban llegar

hasta EL para coger los pliegues de su túnica y aplicarlos si podían á sus llagas; EL entonces les decía:—No vengo únicamente á curar cuerpos, vengo á dar luz á las almas; no os acerqueis tanto á mí, si esto no es lo que yo quiero, no me sigais, pero en cambio, id en mi nombre y haced el bien; yo necesito generaciones que piensen, no generaciones que crean. La humanidad de rodillas siempre será esclava, y yo quiero á la humanidad de pié, mirando al cielo. ¡Id! volad con vuestras bondades, pensad en mí, pedid y de buena fé os daré inspiración, calor y vida. Trabajad en mi nombre, trabajad, corred en todas direcciones, ayudadme en mi obra, que es la obra de los siglos.

»Cuando EL hablaba todo se iluminaba, las multitudes por harapientas, por repulsivas que fueran, por su ignorancia, parecía que se transfiguraban; todos aquellos seres levantaban la cabeza, miraban al cielo, y la luz de la inteligencia brillaba en sus ojos; el anciano que me acompañaba parecía rejuvenecido, yo lo veía todo, todo... menos á EL y tanta fué mi pena y mi angustia, que hubiera caído en tierra si mi compañero no me hubiera sostenido; lágrimas de fuego quemaron mis mejillas y oí la voz de EL, que me

decía con ternura, con aquella ternura que tanto daño y tanto bien me hacía:

»—¡Cómo me sigues para buscarte disgustos! ¿por qué me sigues? ¿por qué? ¡si tienes tanto que hacer!... ¿qué, tiemblas por mi muerte? si no se muere nunca, mujer, si viviremos eternamente; desanda el camino andado, no sigas mis huellas, que otros tienen que seguir las tuyas.

»Mientras EL hablaba, yo me sentía morir y renacer á la vez, pero sufría tanto no pudiéndole ver, que tomando una rápida resolución, le dije con profunda amargura:

»—Te obedeceré, no vendré más en tu busca, la luz de tu espíritu me ciega y yo no quiero vivir sin verte. ¡Adiós! ¡Adiós hermoso sueño de mi vida! ¿dónde iré, Dios mío? ¿dónde iré?—A trabajar, replicó EL con imperio.

»Quedé como anonadada, pero dispuesta á no seguirle, porque sufría horribilmente; la multitud se fué alejando, y EL seguido de otros muchos, se dispuso á marcharse, según me dijo el anciano; entonces sentí el vértigo de la desesperación, y loca, frenética, le dije al anciano:—¿Has oído lo que ha dicho el hombre-Dios? á tí te habló directamente diciéndote que tu también podías hacer el bien en su nombre, porque

si llevabas sobre tí el peso de los años, también llevabas la dulce carga de tus virtudes, que te servían de contrapeso. Yo he salvado á tu hija; por Dios te pido que emplees toda la voluntad de tu agradecimiento en hacerme ver al hombre-Dios, siquiera por un momento. El anciano dominado y exaltado por todo lo que había visto y oído, sintiendo indudablemente lo que no había sentido jamás, me colocó en el mismo camino por el cual se alejaba lentamente el hombre-Dios, y con voz potente, levantando su diestra sobre mi cabeza, dijo así:—Que el poder de mi inmensa gratitud te haga ver lo que deseas; y ví, sí; ví, pero no ví nada de la tierra; los caminos, los valles, los cerros, todo desapareció de mi vista; en cambio ví una mar de luz; el oleaje lo formaban innumerables soles; el cielo, que á lo lejos se unía con aquel mar de fuego, también era luminoso, pero de tonos muy distintos, porque era una luz blanca, suave, parecía que muchas gasas plateadas cubrían el fondo azul del firmamento; las olas luminosas levantaban montañas de espuma que tenían los colores del iris, y tan altas fueron, que tocaron al cielo y éste se abrió y ví un camino, (no es esta la frase, pero en vuestro lenguaje no hay otra), ví un cami-

no muy ancho; en él brotaban flores hermosísimas que yo nunca había visto, flores maravillosas, y con tal profusión que bien se puede decir que era aquello un mar de flores; de pronto las flores se inclinaron y se inclinaron porque EL avanzaba, como si ellas quisieran saludarle. EL al pasar extendía los brazos y las flores levantaban sus corolas y esparcían embriagador perfume y crecían sus tallos como si buscaran la luz que irradiaba en los ojos del hombre-Dios. EL no estaba triste como en la tierra, no; se sonreía como no le había visto nunca sonreír; se detuvo y las flores crecían buscando la luz de sus ojos... ¡qué cuadro más admirable! ¡más encantador! todo era luz y vida, todo era belleza indescriptible. EL miró á un punto que yo no pude ver y con voz armoniosa, exclamó:— ¡Paz en la tierra á los hombres que quieran trabajar!... ¡Paz en la tierra á las mujeres que quieran ser virtuosas!...

.





XIII

EL eco de su voz harmoniosa resonó mucho tiempo en mis oídos, mucho; después cuando me dí cuenta de que existía, escuché las cariñosas frases del anciano, que me dijo:—Es preciso que continuemos nuestro camino; anduvimos largo trecho y llegamos ante el desfiladero; el anciano entonces, miró con tristeza el peligroso sendero y murmuró con desaliento:—No me encuentro con valor para exponerme de nuevo; Dios, con ser grande, no quiere que sus hijos abusen de sus fuerzas; las mías están gastadas con tantas emociones; tú sigue tu camino que yo me vuelvo á mi hogar.

»—Entonces faltáis á vuestra promesa; al salvaros á la niña me dijisteis: ya tienes familia que te seguirá donde tú vayas.

»—Se habla muchas veces sin saber lo que se dice.

»—Pues dejadme vuestra hija, ¡necesito tanto de cariño y de consuelo!

»—Mujer, tú deliras, no le pidas á un padre que se separe de su única hija, porque pides un imposible.

»Yo comprendía que mi petición era imprudente, pero... ¡estaba tan sola!, tenía tanta necesidad de cariño, que lloré amargamente cuando besé á la niña por última vez; ellos también lloraron, pero... se fueron y yo quedé á la entrada del desfiladero. ¡Qué hermoso parece el abismo cuando el alma está sola!... Un redentor podrá redimir un mundo, y sin embargo, no consuela á un alma; la mía estaba inconsolable al perder la esperanza de verle y de oírle; me quedé sin aliento, es verdad que le había visto en un mar de flores, es verdad que sus palabras resonaban en mi corazón, pero, ¡estaba EL tan alto!... ¡tan lejos de mí!... ¡Ay!, mientras más pensaba en su grandeza, más se aumentaba la distancia que me separaba de EL. ¡Nunca le alcanzaré! ¡nunca!... entonces, ¿por qué se acercó á mí?... ¿también los redentores son crueles?... ¡cuánto sufría!, ¡cuánto!, miré el abismo y dije con ironía:—la muerte no consuela al espíritu, pero... con la muerte, mi cuerpo servirá para alimento de algunas aves y nada quedará de mí;

perder algo de mi ser, ya es ganar algo; probemos; y emprendí mi marcha creyendo buenamente que me despeñaría en el abismo, pero no fué así; llegué á la llanura sin saber cómo, y caí desplomada creyendo que había llegado mi última hora; perdí el habla, pero no el oído; la vista material, pero no la del alma, y creí que al fin habían terminado por entonces mis amarguras; mas no fué así; sentí que unos brazos robustos me levantaban, y que una voz viril decía:—¡pobre mujer!, yo creo que no está muerta;—no, no,—dijo otra voz,— el agua la reanimará:—me llevaron á un manantial cercano, y efectivamente, consiguieron su humanitario deseo de volverme á la vida; abrí los ojos y ví á dos hombres del pueblo que me miraban compasivamente; uno de ellos dijo:

»—¿Ibas en busca del hombre que hace milagros? nosotros vamos también, si quieres iremos juntos; dicen que hace milagros y prodigios, que da vista á los ciegos y agilidad á los tullidos.

»—Ya le he visto y no me ha curado; id vosotros si teneis fé.

»—¿Y no te ha curado?

»—Mi enfermedad es incurable, porque no se cura el vacío del alma, pero las otras dolencias las cura; tanto es así, que no es

necesario correr á su encuentro, basta invocarle, EL transmite su poder (que es la savia del bien) á todos aquellos que con fé le llaman.

»—Mejor es verlo, solo nos asusta pasar el desfiladero.

»—Pensad en EL y sereis salvos.

»—¿Lo crees así?

»—Lo creo, y además, vosotros me habeis vuelto á la vida, y yo os pagaré favor por favor; yo también sé curar, y mi voluntad os dará aliento para que no tengais el menor desfallecimiento; id, que no os bamboleareis, andad, andad, pensad en EL y en mí.

»Los dos hombres me miraron asombrados, pero dominados por mi voluntad pasaron el desfiladero sin vacilar; cuando los ví fuera de peligro, murmuré con tristeza: —¡Dichosos ellos que van á verle y hablarle! ¡dichosos los que pueden alcanzar tanto bien!, yo también he vivido mucho tiempo con esa esperanza, hoy... todo ha concluído para mí. No quiero ni verle ni hablarle, ¿para qué?... para qué, ¡si EL no me quiere!... yo le llamo el hombre-Dios, y... no, no es Dios; por eso no me quiere porque no es Dios, si fuera Dios me querría, porque Dios debe ser todo amor, todo misericordia, y el Profeta, el Enviado es cruel

para mí, para mí ¡que le he querido tanto!... ¡Cuánto cuesta renunciar á toda esperanza!, ¡cuánto pesa la vida cuando en nada se espera!... en fin, volveré á la ciudad, allí tengo albergue, y corriendo por el mundo todo me falta, no encuentro más que desvíos y desengaños, ya no me moveré más, no; terminaron mis viajes, tengo necesidad de reposo. Y aligeré el paso cuanto pude para llegar más pronto á la gran ciudad.

»Nunca me parecieron sus muros más hermosos; miré con cariño sus torreones y entré presurosa hasta llegar á mi morada; á poco de haber llegado, recibí aviso del gobernador y pasé en seguida á verle; me recibió con cariño, me miró fijamente y me dijo con tristeza:

»—¿Qué tienes? tu semblante esta muy marchito.

»—He sufrido mucho, muchísimo.

»—¿Le has visto? ¿le has hablado?

»—Le he hablado, pero no le he visto.

»—No te entiendo, mujer, no te entiendo.

»—Pues es muy sencillo; cuando estoy cerca de EL, lo veo todo, todo lo que me rodea, menos á EL, ¡por qué El no quiere que yo le vea! ¡se ha cansado de mí!... ¡también los redentores son ingratos!

»—Es muy extraño lo que me cuentas.

»—Pero muy cierto; he oído cuanto les ha dicho á los enfermos, y á los demás que le rodeaban; he oído las palabras que me ha dirigido, aconsejándome que no siga sus huellas porque otros tienen que seguir las mías, y tanto me desesperé al ver que tenía de renunciar á la dicha de ir con EL, que pedí á Dios verle un solo momento, uno solo, solo, pero verle... verle, sí, y le ví, pero, ¡de qué modo le ví!

»—¿Cómo le viste?

»—¡Ay! muy lejos, entre nubes, entre mundos, ví un mar de fuego; el oleaje lo formaban innumerables soles; el cielo que á lo lejos se unía con aquel mar incandescente también era luminoso, pero de tonos muy distintos, porque era una luz suave, blanca, parecía que muchas gasas plateadas cubrían el fondo azul del firmamento; las olas luminosas levantaban montañas de espuma que tenían los colores del iris, y tan altas fueron que tocaron al cielo, y éste se abrió y ví un camino muy ancho; en él brotaban flores hermosísimas, flores maravillosas y con tal profusión, que bien se puede decir que era aquello un mar de flores; de pronto, las flores se inclinaron y se doblegaron porque EL avanzaba, como si ellas quisieran saludarle. EL, al pasar, extendía los brazos y las flores levantaban

sus corólas y esparcían embriagador perfume, y crecían sus tallos como si buscaran la luz que irradiaba en los ojos del hombre-Dios. EL no estaba triste como en la tierra, no; se sonreía, como no le había visto jamás sonreír; se detuvo, y las flores crecían, sí, crecían buscando la divina luz de sus ojos; ¡qué cuadro más admirable! ¡más encantador! todo era luz y vida, todo era belleza indescriptible. EL miró á un punto que yo no pude ver, y con voz harmoniosa exclamó:—¡Paz en la tierra á los hombres que quieran trabajar! ¡Paz en la tierra á las mujeres que quieran ser virtuosas!... Me impresionaron tanto sus palabras, que no me dí cuenta de nada, más, dejé de ver, pero no de oír, y mientras más escuchaba sus frases, más me convencía de que entre EL y yo, hay una distancia tan inmensa, que ni EL descenderá hasta mí, ni yo ascenderé hasta EL, y este convencimiento me anonada.

»—Déjate de anonadamientos, mujer, que aun tienes mucho que trabajar en la tierra; por lo pronto, hay un sentenciado á muerte que pide verte, y á todo el que quiere oírle le habla de tí.

»—¿Quién es ese hombre?

»—Arael, el terror de los caminantes, el genio del mal encarnado en ese misera-

ble, que ha cometido más crímenes que cabellos cuenta en su abundante cabellera.

»—¿Y al fin se ha dejado coger?

»—Se puede decir que él se ha presentado, contrito y confeso.

»—Arael ha tenido en su corazón un mundo de deseos jamás satisfechos, ha vivido como yo, solo y abandonado, y ahora no le importa morir porque tendrá quien le lllore.

»—¿Y eres tú la encargada de llorarle?

»—Sí, porque merecen ser llorados hasta los seres más abyectos de la tierra; se sabe la continuación de muchas historias, pero no su principio, no el primer paso dado en la senda del crimen; muchos caen porque no encuentran una mano compasiva que los detenga.

»—Tienes razón; pues bien, ese infeliz quiere verte.

»—Y yo iré á verle en cuanto me lo permitais.

»—Espera un poco, que no es fácil como tú crees visitarle en su prisión, porque Arael no es un criminal vulgar, es un agitador del pueblo; dice que vió nacer al hombre-Dios; cuenta cosas maravillosas, cuenta su conversión al bien; dice que el Profeta, de tigre lo ha convertido en cordero; entusiasma al pueblo con sus narra-

ciones, y los habitantes de muchas aldeas se han ido tras él, para escuchar lo que cuenta del hombre-Dios; así es, que su captura se considera como asunto muy importante; está incomunicado, para que en la prisión no haga propaganda, y por eso veo muy difícil que lo puedas visitar por ahora.

»—Pues yo insisto más que nunca en verle, señor; que me acompañen vuestros soldados, que me lleven atada si quereis, pero que él me vea, porque tenemos hecho un pacto; no creais que hay en este pacto miserias terrenas, no; nos hemos jurado protección mútua en la otra vida y en las postrimerías de ésta; él morirá pronto, yo no tardaré en seguirle; de dos condenados á muerte nada hay que temer, dejadme verle, señor, dejadme, señor.

»—No seas impaciente, para todo habrá tiempo; Arael no morirá tan pronto, porque toda la atención está fija en el hombre-Dios; el rey lo entrega á los sacerdotes, y éstos ansiosos de devorar su presa, no perdonan medio ni ocasión para amontonar calumnias é inventar infamias; muchos hombres pagados, muchos, siguen al Profeta aclamándole y vitoreándole, para luego decir que le abandonan porque los perverte, porque les enseña todos los vicios,

todas las inmoralidades, todas las impurezas que puede enseñar el ser más degradado y más envilecido; los sacerdotes se reúnen muy á menudo para cambiar impresiones y formular la acusación más inícuca, para perder á un inocente. Ahora bien, ¿esta cuestión no te parece más importante que la prisión y muerte de Arael?

»—Para el mundo, para la sociedad, desde luego interesa mucho más la persecución del justo, que el castigo de un criminal; pero yo, que pertenezco á los caídos, que no puedo levantar mi frente entre las gentes honradas, que no puedo ver al hombre-Dios, porque EL no quiere que le vea, para mí es de gran interés la prisión y muerte de Arael; es de los míos, es de los caídos, es de los vencidos, es de los regenerados por el hombre-Dios; entre Arael y yo, hay análogas circunstancias.

»—No, mujer; tú perdiste tu cuerpo pero no tu alma; si tu infancia fué impura no tuviste la culpa de ello; pero tú no has matado á nadie, tú no has hurtado cuando comprendiste que era malo hurtar, y Arael ha persistido en el mal años y años.

»—Por eso vale tanto su conversión al bien, y por eso necesita más consuelo, porque ha sido más horrible su enfermedad; cuanto de más hondo se asciende,

más falta hace que le ayuden á uno á subir, yo lo sé por mí, y por eso quiero consolar al criminal arrepentido; en cambio, el hombre-Dios nos dice que procuremos por nosotros, que á él le prenderán cuando él quiera que le prendan.

»—Será todo lo que tú quieras, pero yo no olvido que le debo la vida de mi hijo, y cumplo con mi conciencia haciéndole saber que lo persiguen; en cuanto á tu criminal arrepentido, ya le verás, pero no hoy ni mañana; alguien te espera con los brazos abiertos, ¿no lo adivinas? ¿no te figuras quién pueda ser?

»—¡Ay! no; ¿quién puede esperarme?

»—Yo; gritó Abelín que se arrojó en mis brazos y me besó en la frente muchas veces, después me miró de hito en hito y me dijo con enfado:—Siempre que te vas vuelves más fea, y yo no quiero que te pongas fea; estas mejillas (y me las tocaba) están quemadas por el aire, por el sol, y por el llanto, tú debes haber llorado mucho, ¿verdad que sí? no me engañes, dime la verdad: ¿has llorado?

»—Sí, hijo mío; sí, he llorado á mares.

»—Sí, se te conoce, sí, vienes muy fea, y yo quiero que estés muy hermosa, porque quiero que no te separes de mí; cuando te

vas me da miedo de ponerme enfermo, porque si tu no estás ¿quién me curará?

»—En cuanto á eso no tengas miedo alguno, tú nunca estarás enfermo.

»—Nunca, ¿lo crees tu así?

»—Lo creo, lo sé.

»—Bien, bien, vente conmigo, para no irte más, estoy triste sin tí. Y Abelín me abrazó de nuevo, y se puso á jugar con mis cabellos.

»Su padre nos miraba embelesados, diciéndome en voz baja:—No nos dejes, no; mi hijo te necesita.

»¡Cuánto me conmovieron aquellas palabras!, ¡un ángel me necesitaba!, ¡qué buenos són los niños! bien decía Aquel, *dejad venir los niños á mí, que son los limpios de corazón*. Abelín tiene razón, aquí me quieren y no me ciegan, no debo moverme de aquí.

»Llegó la hora de alimentar el cuerpo, y cuantos me vieron en la mesa me agasajaron, especialmente Abelín, que repartía susbesos por igual entre su madre y yo.

»Cuando me retiré á mi aposento y me acosté, noté que la completa obscuridad que antes reinaba en mi estancia, se había trocado en una dulce claridad crepuscular, claridad que fué aumentando como si la aurora se acercara en su carro de fuego;

miré al techo y éste había desaparecido, puesto que veía el firmamento sembrado de estrellas.—¡Dios mío!, ¿estaré loca? tan pronto no veo nada como veo lo que los otros no ven, ¿por qué unas veces veo lo desconocido, y otras me ciegan?

»—Ciegan los que lo quieren todo, ciegan los exigentes, ciegan los desagradecidos; (dijo una voz) en la que reconocí la voz de Arael.

»—¡Dios mío!, ¿has muerto? ¿cómo me hablas desde tan lejos?

»—Porque mi cuerpo duerme y mi alma vela, vela buscando el bien, y como para mí, el bien eres tú, por eso vengo á recordarte tu promesa, porque la hora se acerca de mi muerte y quiero verte en el momento de expirar para llevar tu imagen en mi mente y no separarme de tí. ¿Te acuerdas de nuestro pacto sellado con un beso?

»—No lo olvido, no.

»—Como tiembles ¡pobre hoja seca!, tantas emociones no puedes resistirlas, y sin embargo: ¡cuántas te quedan aún que experimentar!

»—Se presentan obstáculos para visitarte en la prisión, ¿nos podremos comunicar así?

»—No lo creo, más no temas, nos vere-



mos cuando menos lo esperes, tengo tantos deseos de verte, que te veré. Adiós.

»La claridad se fué amortiguando, y me quedé profundamente dormida.

»Pasaron algunos días sin poder visitar á Arael; el gobernador no se ocupaba de otra cosa que del complot sacerdotal; una tarde vino y me dijo:—Ven, quiero que veas y que oigas á los calumniadores del hombre-Dios.

»Me llevó al templo por un camino subterráneo, y me hizo subir muy alto, nadie podía verme y yo lo dominaba todo; allí me dejó diciéndome:—No temas, yo vendré por tí, conviene que te enteres de tanta infamia.

»Yo agradecía el afán del gobernador porque yo me enterase de todo, para si preciso fuera darle aviso á EL; pero recordaba sus frases y del modo que le ví la última vez, y decía entre mí:—Si EL todo lo vé, si EL todo lo sabe, si EL ascenderá á los cielos entre soles y flores, ¿qué le pueden importar los trabajos de los reptiles? Nada, absolutamente nada; lástima de tiempo el que aquí perderé; cuánto mejor aprovechado sería visitando al criminal arrepentido, al pobre Arael, ¿qué escucharé aquí? Infamias, infamias nada más.

»Fueron entrando los sacerdotes reves-

tidos con sus mejores vestiduras; cuando llegó el jefe supremo, comenzó la sesión, en la cual por mucho que yo esperaba oír iniquidades, la realidad superó á todas mis suposiciones. Aquellos hombres con su magnificencia, con sus lujosísimas vestiduras, parecían dioses engañando á la humanidad; esto parecían los grandes sacerdotes; dioses parecían por las telas riquísimas que los envolvían, por las piedras preciosas que adornaban sus trajes, pero los hombres despojados de su atavío, parecían tigres hambrientos, hienas rabiosas, leones enfurecidos sedientos decarne humana.

»—Todas las acusaciones las encontraban débiles, todas las monstruosidades que inventa la calumnia, eran cuentos sencillos; se necesitaba más, mucho más, para derribar al coloso; entre los sacerdotes había un anciano que nada decía, y al preguntarle qué cargos tenía que hacerle al perturbador del pueblo, él contestó con la mayor serenidad:—Ninguno, porque no le conozco; cuando él vino no le ví, y el dicen que dicen no es bastante para que yo formule una acusación en toda regla; los que han visto sus hechos, no son testigos de toda mi confianza, y mi conciencia

necesita testigos oculares; he de ver yo para juzgar.

»—La conciencia no necesita de testigos de ninguna especie—replicó el sumo sacerdote—sois parte del cuerpo sacerdotal y por consiguiente nuestra causa es la vuestra.

»—Es que vuestra causa es el odio, el odio sacerdotal que es el más horrible, del cual no participa mi alma porque mi alma necesita un río de amor para calmar su sed y no puedo odiar á nadie; por lo tanto, yo no odio á ese hombre, y propongo que se le llame, que se le pregunte, que se le oiga y después...

»—Y después—contestó el sumo sacerdote—que muera; la institución religiosa es lo primero, sálvese la institución y muera el hombre osado que pretende derribar los altares de los dioses.

»Cuando el gobernador volvió por mí, le dije con amargura:—¿Y esos hombres son los intérpretes de la voluntad divina de los dioses? pues en verdad os digo, que si la justicia imperara en la tierra, todos esos sacerdotes debían morir de muerte violenta; ¡qué modo de calumniar! ¡qué modo de mentir para condenar á un inocente! ¡qué leyes tan injustas son las leyes de la tierra!

»—Es que el rey no se mezcla en esa cuestión, ni sus altos dignatarios tampoco; son los sacerdotes únicamente los que se ocupan del hombre-Dios.

»—¿Y acaso los sacerdotes no pueden ser castigados por impostores, por calumniadores, por levantar falsos testimonios? ¿Están autorizados para cometer toda clase de crímenes?

»—Calla, mujer, calla, que las paredes tienen oídos.

»—¡Dios mío!... ¡Dios mío!, ¡cuánta iniquidad!

»Salí del templo muy triste, no por la muerte que le esperaba á EL, pues comprendía que EL era superior á todo, que entraba en sus planes ser martirizado; sabía que EL confiaba en la utilidad de su martirio; yo no comprendía toda la grandeza de su plan, pero se me figuraba que ocuparme de su suerte era lo mismo que si una partícula luminosa quisiera colocarse junto al Sol; ¿qué era yo en comparación de EL? de Aquél que ví ascender á los cielos entre soles y flores?

»Volvieron á reunirse los sacerdotes, conspiraron de nuevo con más bríos, si cabe, que en la sesión anterior; acordaron llamarle y pedirle que volviera á la gran ciudad, y volvió á negarse el anciano sa-

cerdote que escuchaba la voz de su conciencia á formular acusación ninguna contra el hombre-Dios; pero... ¿qué era un hombre entre ciento? todos le miraron con el más profundo desprecio y todos dijeron á una:—*la institución religiosa es lo primero, sálvese la institución y muera el hombre.*

»¡Cuánta infamia!, ¡cuánta iniquidad!, sufrí muchísimo escuchando la discusión de los sacerdotes; ninguno de ellos tenía corazón; solo uno, solo uno entre tantos, quería ver para juzgar.





XIV

RENUNCIO á describir los tormentos morales que sufrí después de haber asistido á las sesiones de los grandes sacerdotes; el orgullo ciega la razón, muy especialmente á las colectividades religiosas; las palabras de aquellos miserables (que no merecen otro nombre), resonaban continuamente en mis oídos. *Sálvese la institución y muera el hombre, mueran los reformadores y vivan las instituciones de los siglos.*

»¡Qué horror! (pensaba yo), estos sacerdotes son más pequeños y más despreciables que yo, y eso que se llaman los ejecutores de la ley de Dios. ¡Cuánta infamia, Dios mío! ¡cuánta infamia! ¡con qué sangre fría piensan en la muerte de un inocente! ¡con qué saña persiguen al justo!... y si esto hacen con el que practica el bien y da la salud del cuerpo y del alma ¿qué harán

con los demás, Dios-mío!... Vendrán momentos crueles, ¿qué haré yo entonces? ¡llorar y llorar en mi soledad! ¿Si me prenderán á mí también?... ¡qué horrible debe ser perecer lentamente en la prisión!... y tan tristes y tan lúgubres eran mis pensamientos, y tan mala influencia ejercieron los sacerdotes sobre mi espíritu, que sentí los horrores del miedo, los espantos del terror, las angustias de los condenados á muerte; todo me asustaba, todo me hacía temblar, todo me producía penosísima impresión, y lo peor era que huía de la gente cuanto me era posible, me pasaba horas y horas en mi aposento sin acordarme siquiera de que tenía que alimentar mi cuerpo, y tanto me debilité, que al fin el gobernador se fijó en mi escuálida figura y á solas conmigo me dijo:

»—¿Qué tienes? ¿ya no tienes esperanza? ¿todo está muerto para tí?

»Su voz me despertó de mi letargo, y le dije:—Teneis razón, todo lo veo negro, todo, y vos teneis la culpa; quisisteis que oyera lo que decían los grandes sacerdotes y desde entonces, no sé que pasa por mí: tiemblo ante sombras que ni toco ni veo, huyo de la gente porque todos me parecen crueles sayones; quisiera morir y no tengo

valor para buscar la muerte, nunca he sufrido tanto, creedme.

»—Lo creo ¿y sabes por qué sufres?

»—¿Por qué?

»—Porque nunca fuiste tan ingrata como ahora.

»—¡¡Yo ingrata!!....

»—Sí, tu ingrata, ¿cuándo como ahora has olvidado tú á los desgraciados?

»—¡Yo!... ¿pues á quién tengo en olvido?

»—Al infeliz Arael que continuamente te llama y pide que le den todos los tormentos si con esto ha de conseguir verte.

»—Teneis razón, nunca he sido un ente tan despreciable como ahora, y ahora comprendo mi sufrimiento; me agobía el peso de mi oprobio, me vence y me doblega el peso de mi ingratitud. ¡Dios mío! ¡qué pequeña y qué miserable me he vuelto! pensando y temblando ante la idea de que pudieran prenderme he olvidado al infeliz prisionero que solo verá la luz del día en el momento de morir. ¡Ah! teneis razón, me avergüenzo de mí misma, bien hace Aquel en no querer que le vea, ¡los ingratos no merecen ver el Sol!

»—Déjate de exclamaciones, mujer, no siempre se puede estar á la misma altura; el daño causado puedes remediarlo, ve á

verle y consuélale, que es lo menos que se puede hacer por un condenado á muerte.

»Agitada, convulsa, muy descontenta de mí misma, (que es el peor de todos los descontentos), me dirigí á la prisión para ver á Arael, ¿para verle? para oírle, se puede decir, porque era tan horrible el lugar donde se encontraba, que la luz del día no penetraba ni poco ni mucho en su sombrío calabozo; en una galería subterránea estaban varios condenados á muerte; una estrecha abertura era el único medio de comunicación que tenían aquellos desgraciados, con sus guardianes, abertura por la cual no se podía ver ni la mitad del rostro del prisionero, ni mucho menos pasar una mano, y confesando mi flaqueza, diré que al verme en aquel lugar se apoderó de mí un miedo horrible y murmuré con espanto: ¡si me sepultaran viva!...

»—¡Al fin llegas! exclamó Arael, ¡cuántos días han transcurrido, cuántos!... es decir, días no, noches, ¡noches interminables! pero has venido al fin y tú no sabes el bien que me has hecho.

»La voz de Arael me conmovió profundamente; lágrimas de fuego brotaron de mis ojos, y lloré de vergüenza y de dolor; procuraba ahogar mis sollozos y no podía,

y tanta fué mi angustia, que Arael muy alarmado me dijo:

»—No llores tanto, mujer, no llores con ese desconsuelo; quiero que me quieras, quiero que me recuerdes y recojas mis restos cuando la ley se cumpla; quiero que cumplas con tu deber recordando nuestro pacto, y recordando también lo que hemos hablado de nuestra vida futura. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste en la Granja?

»—Sí, lo recuerdo, ¿y qué?

»—¿Qué? que viviremos mañana y después y siempre, y llegaremos á ser tú una mujer virtuosa y yo un hombre honrado, que ganaré nuestro pan con el sudor de mi frente, porque tú y yo formaremos una familia; veo en lontananza luz, mucha luz; mi cuerpo purificado por el sufrimiento, formará parte de los cimientos del mañana, guárdalo bien. Acércate, los desgraciados tenemos que estar cerca los unos de los otros, aplica tu oído á la abertura; ¿me oyes bien? yo quiero que mis palabras resuenen eternamente en tus oídos; ¿me querrás mucho? yo presiento que seremos muy felices.

»Las palabras de Arael me parecían melodías de los cielos; pero en aquellos momentos supremos, me parecía inícuo engañarle y le dije:

»—No sé lo que sucederá mañana; no sé el rumbo que tomará mi espíritu, pero yo quiero decirte la verdad; á tí te amo por compasión, pero toda la fuerza de mi amor es para Aquel que me rechaza y me ciega.

»—No me importa que el móvil de tu cariño sea la compasión, porque es lo único que yo te puedo inspirar; que no es todo uno, los hombres con sus miserias y los redentores con sus grandezas. Yo también adoro al que tú adoras, EL nos ilumina y nosotros le adoramos; tú me amas del modo que puedes amarme, yo también te he querido sin pensar ni un segundo que amaba á una mujer; ¿qué es tu cuerpo comparado con tu sentimiento? un poco de barro y un raudal de luz, y tu luz es la que yo quiero para que me ilumine. Luchemos, mujer, luchemos, tú hacia la vida llorando y penando, yo hacia la muerte del cuerpo y la libertad del alma.

»¡Cuánto habló Arael, cuánto! llegó á estar elocuente, tanto, que me consoló y me animó para la lucha, diciéndome por último:—Ten presente mis instrucciones y nuestro pacto; cuando los cuerpos de los malos caen, las almas de aquéllos se levantan buscando luz. Tú ya eres luz, y á tí te buscaré. Adiós, adiós, hasta el día de mi muerte; dile al gobernador que nunca

olvidaré la gracia que me ha concedido, que no me importa sufrir todos los martirios que me impongan, ya te he visto, y nada me resta que hacer aquí, con verte en la hora de mi muerte me creo feliz.

»Salí de la prisión impresionadísima; llegué á mi morada en muy mal estado; sentía un cansancio tan grande, que me dejé caer en mi lecho porque ni sentada podía estar; recordaba las frases cariñosísimas de Arael, y recordaba al hombre-Dios con su desvío y su desden; y llorando amargamente decía: ¿Acaso el Sol se niega á dar calor á un átomo? ¿también los grandes de los cielos son ingratos? yo desfallezco ¡Dios mío! yo no puedo más. Y en realidad el sufrimiento era tan superior á mis fuerzas, que enfermé al fin; quise levantarme y no pude, quise gritar y la voz se ahogó en mi garganta, quise pedir misericordia y mi pensamiento rebelde se negó á implorar lo que creía que de derecho me pertenecía y acusé nuevamente al hombre-Dios, llamándole ¡ingrato!...

»El gobernador, no viéndome en su mesa á la hora de costumbre, vino á verme; creyó que me moría, y me habló con rigores de mando y dulzuras de ruego; me acusó de ingrata, me dijo que le parecía imposible que fuera yo la misma mujer

que había intervenido en la curación de su hijo.

»—¡Ay señor! ¿no sabeis que á veces se levantan rocas enormes y no se puede levantar un alma?

»—Pero mujer, ¿tan mal estás? ¿qué te falta?

»—¡Todo!... porque EL no quiere que le vea; no me acuseis de ingrata, yo besaré la tierra que pisen vuestros pies, yo quiero á vuestro hijo con la mayor ternura, perdería mi vida por salvar la suya, pero... al considerar que EL me ha condenado á no verle, me siento desfallecer, quiero recobrar mis fuerzas y veo que todas las he gastado ya; dejadme morir, y no me acuseis de ingrata.

»—¿Qué te he de dejar morir? aún eres joven, tu malestar es pasajero, yo quiero que vivas, ¿oyes? yo lo quiero, eres algo que necesito, algo mío que no quiero perder y no lo perderé.

»Inmediatamente hizo venir á un médico anciano, en el cual tenía el gobernador mucha confianza; el sabio me miró fijamente y me dijo con voz sentenciosa:—Mujer, muy debilitado está tu cuerpo, pero más debilitada está tu alma. Yo curo cuerpos, pero no almas, yo te daré unas gotas maravillosas, que al tomarlas, hasta los

moribundos recobran sus fuerzas; no sé á tí qué efecto te producirán, mi deseo es que vivas, une tu deseo al mío.

»Sacó un botecito de oro y dejó caer en mis secos labios tres gotas de aquel licor precioso; cerré los ojos y al poco rato sentí en todo mi ser una sensación agradabilísima, mis miembros agarrotados se pusieron flexibles, un sudor abundante devolvió á mi piel su calor y suavidad, y emocionada y sorprendida abrí los ojos y miré al anciano que me miraba fijamente.

»—Estoy mejor, exclamé con alegría.

»—Estás curada, mujer, estás curada; yo lo sé, yo respondo de tu cuerpo sano, ¡así pudiera responder de tu alma! esa continúa enferma, y... dime, mujer, tú tienes ojos de iluminada, dime con lealtad si también te ha alucinado ese hombre prodigioso, que devuelve la vista á los ciegos, y el movimiento á los tullidos.

»—Alucinar no es la palabra, señor; yo no estoy alucinada, yo estoy convencida por los hechos de que ese hombre es superior á todos nosotros.

»—¿Dices que te han convencido los hechos? ¿y no sabes que los hechos también se prestan á engaño?

»—Los hechos á que me refiero no se

prestan á engaño, porque yo misma he tomado parte en ellos.

»—¡Tú!

»—Yo, si señor, yo, pensando en EL, pidiendo auxilio, he dicho á una niña tullida: ¡levántate y anda! y la niña se ha levantado loca de alegría.

»—¿Y qué medios empleas?

»—Mi voluntad unida á la de Aquel que habla de un solo Dios.

»—Ya sé que hay unas fuerzas desconocidas, y puesto que tú las posees, mañana vendrás conmigo y visitarás á una hermana mía, que sufre una postración que yo creo incurable.

»—Al día siguiente vino el anciano por mí, y muy reanimada me dirigí con él á su casa; por el camino él insistió en que yo debía curarme el alma, á lo cual le contesté:—Cuando el alma llora, no puede curarse á sí misma; las heridas del alma suelen ser incurables.

»—¿Y crees tú que otro pudiera curarte?

»—Sí; EL, porque yo idolatro sus ojos luminosos, el ambiente que le rodea, la magia de su voz, todo su ser; en fin, yo le adoro sobre todas las cosas, porque la luz está en EL, y EL es la luz!

»Llegamos á la morada del anciano, y

antes de entrar en el cuarto de la enferma, me dijo seriamente:—Te advierto que no quiero ningún procedimiento que se parezca al que emplean los Augures; no quiero palabras, quiero hechos como resultantes de fuerzas para mí desconocidas.

»Entramos en el aposento de la enferma y ví á una mujer anciana recostada en un diván rodeada de lujosos almohadones; en su rostro se retrataba el sufrimiento, á la vez que la resignación; abismada en sus pensamientos ni se volvió á mirarnos, y como mi acompañante me había prohibido hacer uso de la palabra, tuve que esperar largo rato para conseguir que la enferma me mirara y poderme aprovechar de su natural curiosidad. Yo, en tanto, sin pensar en nadie más que en la enferma, considerando lo bueno que sería curar á aquella mujer, por la clase á que pertenecía, empleé toda mi fuerza para que levantara la cabeza, y al mirar sus ojos, me sentí dominada por una fuerza inmensa, y olvidando el mandato del médico extendí mis manos hasta tocar ligeramente los hombros de la enferma y le dije:—¡Mujer! estás curada, *levántate y anda*, para que lo sepa todo el mundo.

»La mujer, con la docilidad de un niño, separó los almohadones que la sostenían y

se puso en pie; su hermano dió un grito queriendo sostenerla, pero ella lo rechazó sonriendo y anduvo por la habitación hasta dejarse caer en mis brazos llorando de placer.

»El médico me miró de hito en hito, y me dijo:—Dime la verdad ¿á qué Dios has pedido auxilio?

»—A ninguno, he llamado en mi auxilio, á mis fuerzas, á mi buen deseo, á un algo que presiento, que adivino, á una fuerza desconocida.

»—Fuerza que existe, es indudable, esa fuerza es la que tendrá el hombre-Dios; por encima del saber humano hay otro saber, ¡mujer! ¿quién te dará esas fuerzas? tú has conseguido en un minuto lo que no ha conseguido mi ciencia en tantos años, pero esto... esto... es un hecho aislado.

»—Pues de otro hecho reciente os puedo dar cuenta: ¿recordais el niño del gobernador?

»—A ese le curó la ciencia.

»—No es cierto le curé yo, mejor dicho, le curó EL, que á EL invoqué temblando de pavor.

»—¿Qué hiciste?

»—Lo que ahora, es decir, hoy no he llamado á nadie, si El está... ¡no le veo!... ¡que ya no le puedo ver!...

»La enferma se había sentado, escuchaba nuestro diálogo y levantándose de nuevo, dijo profundamente conmovida:

»—Mujer, me has dado la vida, y si das la salud pensando en EL, yo creo en EL, como tú crees, yo le amaré como tú le amas.

»El médico la miró con enojo diciéndole:—¿Cómo te atreves á olvidar el poder de los dioses?

»—Desde que su poder y tu ciencia han sido impotentes para mi curación.

»—Señor, sois un sabio, y por lo mismo debeis reconocer que hay fuerzas desconocidas, veis sus efectos, pues nadie está más obligado que vos á buscar su causa.

»—Tienes razón, mujer, pero los dioses...

»—Creedme, señor, los dioses caen cuando la ciencia se levanta. Y llena de vida y de esperanza salí de aquella morada donde cuando menos lo creía había sido útil con mi voluntad.

»Llegué á mi aposento porque necesitaba estar sola, no sabía lo que me pasaba; me causaba profunda extrañeza haber realizado aquella curación sin haber pensado en aquel instante en EL; yo reconocía mi pequeñez, no me creía capaz de nada bueno entonces. ¿Iría EL conmigo? ¿estaría

allí, en casa de la enferma? ¿estaría más cerca de mí de lo que yo me podía figurar? ¿velaría por mí sin yo saberlo? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡cuánta luz y cuánta sombra encontraba en mis pensamientos!... Al fin sentí aquel desvanecimiento, precursor del letargo que tantas veces había postrado mi cuerpo, reanimándose en cambio mi espíritu. No tuve tiempo más que para dejarme caer en mi lecho, y entonces sentí una voz dulcísima que me decía:

»—Mientras seas ingrata, nada verás ni oirás, y cuando obres y hagas el bien, irás viendo, irás oyendo, irás poniéndote en relación con los seres que amas.

»Aquella voz era muy dulce, pero no era la voz de EL, no; ¿era quizá la voz de mi conciencia?... ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¿habría perdido la razón? Yo quería ser buena, yo quería practicar el bien, pero necesitaba algo más de lo que tenía, y sintiendo lo que no me podía explicar, dije: —Señor, estoy muy sola, tengo sed de vida, sed de amor, ¿no habrá una gota de rocío para calmar mi sed de infinito? ¿no habrá una voz que me diga?...

En aquel instante, oí la voz de EL, que decía:—Mañana, después, en lo eterno, en lo presente, en todas partes tendrás mi protección.

»—¡Señor! ¡Señor! os oigo pero no os veo: ¡tened piedad de mí!

»—Pues mira al hombre, míralo bien.

»Miré... ¡y le ví! y tanto quería mirarle que no le veía; al fin le ví, le ví tan hermoso como siempre, como le veía en la fuente, con la hermosura del hombre, no con el resplandor divino que irradiaban sus ojos. Me sorprendió verle sin el atributo de su grandeza y le dije:

»—¿Eres el hombre? ¿el hombre nada más? ¿por qué no irradiaba la luz de tus ojos, como otras veces?

»Entonces EL se transformó, tomando sus ojos el estado lumínico con que le había visto siempre en mis sueños.

—»Mírame bien, dijo EL sonriendo dulcemente, sacíate de mirarme, que han de morir algunos hombres para que las generaciones piensen y sientan; la hora se acerca ¡mírame bien!

»—Os veré siempre, porque yo recogeré vuestros despojos. Al decir yo que recogería sus despojos EL se transfiguró de tal modo, que sin perder su naturaleza humana, se desprendían de todo su ser fosforescencias lumínicas de tal modo y en tal forma, que yo no encuentro frases para decir que EL todo era luz y que en torno suyo arcos iris luminosos se confundían con

su blanca túnica y todo era luz. Yo le miraba extasiada y EL me dijo:

»—Se recogen los cuerpos de los criminales y de los faltos de virtud; recoge tú el que te has comprometido á recoger, y no pases cuidado por recoger el mío, pues éste no necesita ya que haya quien lo recoja; su composición atómica revoleteará inmediatamente en vuestra atmósfera, cuando se rompa el lazo que une mi alma á mi cuerpo.

»—Pero Señor, si no puedo recoger el cuerpo del hombre ¿para cuándo me quedan mis esperanzas?

»—Mujer, replicó EL con la mayor ternura: recogerás uno por uno, todos los átomos de este cuerpo á su debido tiempo, será tuyo el hombre, y con ellos formarás el más hermoso galardón de tu fuerza humana y de tus virtudes y lo que tú desees para alcanzar la grandeza de tu espíritu, allá en los tiempos en los cuales tu espíritu llegue hacia mí, entonces y solo entonces me habrás comprendido. Mírame bien ahora, que las moléculas de mi cuerpo tardarás muchos siglos en recogerlas; no son los átomos los que yo cosecharé en la Tierra, son las virtudes de los hombres las que yo buscaré para con ellas iluminar un mundo que hoy dejaré en tinieblas.

»—Le ví elevarse, le ví perderse lentamente en un horizonte sin fin, dejando tras de sí una estela luminosa; me ví envuelta en aquella luz y con ella me sentía renacer; mis temores, mis ansiedades, mis angustias desaparecían ante la esperanza de que llegaría un día en que sería mío *el hombre*, aquel hombre tan amado; en cuanto á comprender la grandeza de su espíritu... creía que el tiempo con ser infinito, no me daría tiempo de comprenderle.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo.	5
I.	11
II.	13
III.	29
IV.. . . .	35
V.	43
VI.. . . .	45
VII.	73
VIII.	89
IX.	95
X.	113
XI.. . . .	121
XII.	173
XIII.	189
XIV.	207

ESPIRITISMO MODERNO

MARIETTA Y ESTRELLA

Páginas de dos existencias y páginas de ultratumba
Obra emanada de los valiosos espíritus de Marietta y Estrella

POR

DANIEL SUAREZ ARTAZU

Precio: 4 pesetas.

KATIE KING

Historia de sus apariciones, entresacada de los documentos ingleses
e ilustrada con grabados

Prefacio de GABRIEL DELANNE

Precio: 3 pesetas.

CORONA MISTICA

Inapreciable tesoro de santas oraciones, por virtud de las cuales
se alcanza gracia de Dios todopoderoso, para sanar todo género de
dolencias, así corporales como espirituales, extraídas de los PP. y
DD. de la Santa M. Iglesia, de la tradición sagrada y profana y
de la piedad de muchos y muy devotos cristianos

Precio: 1'50 pesetas.

Vuestras fuerzas y medios para utilizarlas

PCR

PRENTICE MULFORD

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

QUINTIN LOPEZ GOMEZ

Precio: 2 pesetas.

LA INFLUENCIA DE LOS ASTROS

ASTROLOGIA JUDICIARIA

Diálogos acerca de Astrología Judicialia, recopilados por Luz Alba
y prologados por el doctor D. Eugenio G. Gonzalo

Precio: 2 pesetas.